



Dic.
2018

Cazadoras furtivas en la sexualidad hetero-cis-patriarcal. Una etnografía sobre la agencia social de las adolescentes conurbanas.

Presentación de tesina para la obtención del título de Licenciada en Antropología Social y Cultural. Carrera de Antropología Social y Cultural. Instituto de Altos Estudios Sociales. UNSAM

Estudiante: María Belén López

Directora: Vanesa Vazquez Laba

Co-Directora: Natalia Ojeda



UNIVERSIDAD
NACIONAL DE
SAN MARTÍN

idaes

INSTITUTO DE
ALTOS ESTUDIOS
SOCIALES

CAZADORAS FURTIVAS EN LA SEXUALIDAD HETERO-CIS-PATRIARCAL. UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LA AGENCIA SOCIAL DE LAS ADOLESCENTES CONURBANAS.



Ma. Belén López
(AUTORA)

Vanesa Vazquez Laba
(DIRECTORA)

Natalia Ojeda
(CO-DIRECTORA)

Johana Kunin
(EVALUADORA)

RESUMEN

La presente tesina se basa en un estudio etnográfico sobre las representaciones sociales y prácticas en torno a la sexualidad en un grupo de adolescentes de una escuela secundaria del primer cordón del Área Metropolitana de Buenos Aires.

El trabajo tuvo como objetivo reflexionar sobre las relaciones sexo-afectivas de las/los adolescentes y las jerarquías que se conforman en base al sexo, el género y la sexualidad. Dentro de estas relaciones se identificaron “juegos de seducción” y prácticas sexuales como tácticas que las jóvenes emplean frente a la heteronormatividad. Asimismo, se identificaron y analizaron lo que se ha denominado como “referentes” y “anti-referentes” de la sexualidad para las adolescentes en estudio.

La investigación se basó en el método etnográfico; fundamentalmente se utilizó la técnica de observación participante durante un año y un mes en la escuela seleccionada, se realizaron jornadas en el marco de un taller de género organizado por la escuela como, así también, se hicieron notas de campo en actividades escolares, extra curriculares y almuerzos. También se realizaron entrevistas etnográficas que permitieron obtener otras dimensiones de análisis y circular por otros espacios por fuera de la escuela: los hogares, las plazas, la feria del barrio, la cancha del barrio.

El trabajo muestra las construcciones sociales y culturales de las adolescentes en torno al deseo, el placer, las prácticas y los peligros asociados a la sexualidad. Retomando el concepto de cazador furtivo de De Certeau (1996) y el de agencia social de Saba Mahmood (2008), evidencio las formas de accionar de las jóvenes en los intersticios de las lógicas hegemónicas con el apoyo de las amigas, las TICs y referentes de la escuela.

Como lo he mencionado, utilizo las figuras de referentes y anti-referentes para mostrar aquellos actores con los cuales las jóvenes se sienten, respectivamente, confiadas de compartir un diálogo en torno a su sexualidad y aquellos hacia quienes sienten una amenaza en la realización de dicho intercambio. Cruzando este análisis con uno de tipo espacial sobre los ámbitos por los cuales circulan las adolescentes en ese entramado de actores, problematizo la idea de la escuela como “panóptico”, proponiéndola más como institución “heterotópica”, que propicia ese diálogo. Aquí, la figura de la madre es la principal reemplazante del dispositivo de control panóptico, que opera de modo omnipresente, tanto en la escuela como en el centro de salud.

ÍNDICE GENERAL

Agradecimientos	5
Introducción	7
Problema de investigación y estado de la cuestión •.....	7
Aspectos metodológicos, cuestiones etnográficas y reflexividad •	11
Recorrido de la tesina a lo largo de los capítulos •	18
Capítulo 1: Representaciones sociales de las adolescentes sobre el deseo y la práctica sexual	20
Hetero-cis-normatividad en la práctica sexual •	21
El placer falocéntrico en la práctica sexual y su representación social •	26
La sexualidad en la sociabilidad adolescente •	33
Capítulo 2: Cazadoras furtivas en la práctica sexual, en los juegos de seducción y ante el escrache entre pares	38
Cazadoras furtivas en la práctica sexual •	39
La “espera” como herramienta en los vínculos erótico-sexuales de las adolescentes •	54
Evitar “el escrache” como agencia sexual •	60
Capítulo 3: Referentes y anti-referentes del mundo adulto	74
La madre como la anti-referente más temida •	75
La escuela como semillero de referentes aliadas •	89
Conclusiones	98
▪ Bibliografía citada	102
▪ Apéndice I	107
Tabla de registros de campo	107
▪ Apéndice II	109
Tabla de registros virtuales	109
▪ Apéndice III	110
Tabla de entrevistas.....	110

Agradecimientos

Todo conocimiento científico de una tesina se crea de manera colectiva en distintas dimensiones que no contemplan únicamente el estado del arte. Aprovecho esta página para mostrar y agradecer a la variedad de actores que me acompañaron en este proceso.

En principio quiero agradecer profundamente a la Universidad Nacional de San Martín, universidad pública que me proveyó de una formación de excelencia y que me otorgó también la posibilidad de convivir con diferentes realidades sociales en la cotidianeidad de las aulas. Muy particularmente agradezco a mi directora de tesis, Vanesa Vazquez Laba, quien me introdujo al pensamiento feminista, y, a mi co-directora, Natalia Ojeda. Ambas me acompañaron en cada uno de los pasos de la elaboración de la tesina, alimentando mi vocación en la investigación social con su conocimiento teórico, metodológico y práctico.

Agradezco a mi compañera del Taller de Género en la escuela, Catalina Arango, con quien mantuve diálogos reflexivos luego de cada jornada de trabajo en la escuela y que fueron aportes imprescindibles para la elaboración de este manuscrito.

También tengo un profundo agradecimiento a las estudiantes adolescentes con quien compartí horas de intercambios, risas, pintadas de uñas y de las cuales aprendí sobre sus mundos de vida. A las/los docentes, coordinadoras y autoridades que me permitieron indagar en su mundo cotidiano laboral con el deseo compartido de transformar nuestra sociedad.

Agradezco a mis docentes de la carrera de antropología, y muy especialmente a las docentes de etnografía y taller de tesis por el entusiasmo y el placer que me han transmitido por el oficio de la investigación y el método etnográfico. Mis compañeras y compañeros de carrera han sido fundamentales en mi proceso de formación ya que sus intervenciones fueron enriquecedoras a lo largo de todos estos años. Asimismo, también quiero agradecer al espacio de formación del IDAES, el Programa de Estudios de Sexualidades Géneros y Violencias, y a las lecturas minuciosas que allí hicieron mis compañeras/os a los avances de esta tesina.

No puedo dejar de agradecer a mis compañeras feministas de la Dirección de Género y Diversidad Sexual, quienes me acompañaron cotidianamente con sus lecturas y apoyo anímico.

También agradezco a mis (otras) gamigas con quienes tuve mis primeras reflexiones en torno a la sexualidad, y que nunca cesaron.

A mi madre, quien siempre me enseñó a entablar mis propios proyectos sin importar las adversidades; a mi hermano y a mi hermana también por el amoroso acompañamiento; y mi compañero de vida, Nicolás, quien diariamente acompañó mi pasión y dedicación por este

trabajo. Y también, especialmente, agradezco a mi prima Candelaria por ser de las primeras y más cercana con quien comencé este camino de reflexión social.

A todos y todas ellas les dedico mis gracias, porque sin cada uno de sus aportes esta tarea se hubiese vuelto imposible de concretar.

Introducción

Problema de investigación y estado de la cuestión ●

En el 2016, a la par de mis estudios en la carrera de grado de antropología me encontraba realizando la Diplomatura en Salud Sexual y Reproductiva con enfoque en Género y Derechos Humanos. La propuesta pedagógica era no sólo formarnos como promotoras en salud sexual y reproductiva, sino conformar un proyecto final que aporte a determinado espacio que seleccionemos para favorecer a su población. Al mismo tiempo, me encontraba buscando tema de tesis y campo para la etnografía, dado que el año anterior había comenzado a realizar un trabajo de campo en un ala de internación del hospital Elizalde, pero no logró interesarme para el estudio. Ese mismo año comencé a reforzar la línea de derechos sexuales de la consejería integral¹ del Programa contra la violencia de género de la universidad, donde trabajaba ya hacía un año.

En esa cotidianeidad transitaba ámbitos muy diversos que me llevaron a reflexionar en torno a la sexualidad durante la adolescencia. En mi trabajo de campo previo había convivido con las madres que cuidaban a sus hijos/as, y que añoraban su vida de “diversión” que la situaban siempre previamente a su maternidad, etapa en la cual se encontraban viviendo la mayoría de las personas que se acercaban a la consejería en mi trabajo. En la diplomatura se analizaba temas vinculados a la Educación Sexual Integral como, por ejemplo, identidad de género y sexualidades disidentes, maternidad adolescente y aborto, y me surgió la inquietud sobre la sexualidad en la adolescencia. De allí se desprenden los primeros interrogantes: ¿Qué pasa con el goce de esas adolescentes? ¿Qué influencia tienen las representaciones sociales en torno a la sexualidad?

Al final de la cursada de la diplomatura llegó la clase que añoraba, dictada por la profesora Paula Fainsod, quien argumentó y explicó la manera en la cual el adultocentrismo ha opacado esas preguntas y ha relegado la voz y las representaciones sociales que tienen los más jóvenes a un segundo plano a la hora de trabajar las problemáticas que los atraviesan. Con ese

¹ Espacio de atención que pertenece a la Dirección de Género y Diversidad Sexual de la Universidad Nacional de San Martín, que comenzó su trayectoria como Programa contra la Violencia de Género en el 2014.

puntapié me propuse dedicar mi investigación a darle lugar a esas voces para complejizar los análisis sobre sexualidades.

Ante esta inquietud, en esta tesina doy cuenta de las maneras en las cuales las representaciones sobre la sexualidad influyen en la sociabilidad y la vida sexual de las adolescentes, puntualmente, en los sectores empobrecidos -población observada e intervenida por las políticas públicas en salud sexual y derechos. Este ejercicio me fue posible gracias al trabajo de campo realizado entre un grupo de estudiantes de un Taller de género que coordiné, llevado a cabo en una escuela secundaria técnica del “primer cordón” del Área Metropolitana de Buenos Aires². La escuela se encuentra ubicada en el centro del partido en el que se situaba, pero posee una sede –la cual he denominado “la casita”-, que queda dentro de uno de los barrios de residencia de los estudiantes, y es donde realizan distintos eventos, actividades, y donde algunos cursos asisten a clases.

Como puntapié teórico, me interesa traer las reflexiones de Anthony Giddens (2012), quien a fines de los '80 escribía sobre los cambios en las relaciones sexo-afectivas, influenciadas por el movimiento feminista de la segunda ola y la aparición de nuevas tecnologías para el control de la reproducción humana. Lo que el autor denominó sexualidad plástica -separación de la función reproductiva de la práctica sexual-, y las nuevas demandas de igualdad de género llevaron a transformar las modalidades de afectividad ligadas, hasta ese entonces, al ideario de “amor romántico”.

Una década después, Paula Sibilia (2017), analiza la forma en la cual las nuevas tecnologías modificaron las formas de vivir y compartir la intimidad, pasando de personalidades introdirigidas a personalidades alterdirigidas. Si bien se tratan de procesos sociales de cambio prolongados, como bien indica la autora, en las últimas décadas se ha cristalizado esa transformación. Es así como el diario íntimo de la adolescencia entró en desuso a la luz de “la nube” y las redes sociales donde permanentemente se “exhibe” lo íntimo, con toda la complejidad que eso implica (Sibilia, 2017: 27).

Mi elección en torno al grupo etario tiene que ver con que la etapa adolescente, como bien sostiene Mario Margulis (2003), es un momento etario donde las transformaciones en las construcciones sociales entre la generación anterior y la próxima son “percibidas y apropiadas” por este grupo. A su vez me resultó impactante, durante mi comienzo de la carrera, la forma en

² Con motivo de resguardar la identidad de las actoras y los actores del campo estudiado, no indicaré con precisión los nombres de la institución, el partido al que pertenece, y los barrios donde residen, como también utilizaré nombres ficticios para referirme a cada uno/a de ellos/as.

la cual se representaba mediáticamente a las adolescentes de las periferias del AMBA en las que yo estudiaba. Es decir, con un sesgo clasista a partir del cual se las presenta como jóvenes irresponsables, asociadas a la vida nocturna, y descalificadas cuando así lo hacían (algo que aún persiste). Esta representación llegaba, y llega incluso, a culpabilizar a las jóvenes en situaciones en las que son víctimas de crímenes como lo es el femicidio³, algo que también me llevó a acercarme, al principio como voluntaria, a la Consejería Integral en Violencia de Género y Sexualidades de la universidad.

Retomando algunas perspectivas teóricas sobre el tema de investigación seleccionado, cabe indicar que aún existen perspectivas tradicionales de la sexualidad asociadas a marcos biologicistas (Giddens 2012; Firestone, 1976), que la entienden como algo dado, ligado a una corporalidad, deseo sexual y género, que devienen de tal o cual forma, en base a haber nacido con una determinada genitalidad.

En contraposición a estos postulados, existen diversos estudios desde las teorías sociales y feministas que problematizan dichos argumentos, desde el siglo pasado. En cuanto a la disciplina antropológica, los estudios de Margaret Mead (1973) en el sudeste asiático, fueron pioneros en cuestionar la idea de que exista una correlación natural en las formas de concebir y practicar la sexualidad. A partir de un estudio etnográfico en tres comunidades distintas de Nueva Guinea, la autora concluyó que la práctica de las relaciones sexuales y las valoraciones y emociones que los individuos poseen sobre ellas tienen que ver más con una construcción cultural. A su vez, Mead (1993) analizó las diferentes maneras en que se desenvuelven los pasajes de la niñez a la adultez, encontrando diferencias sustanciales respecto a la propia cultura occidental y entre las comunidades de Samoa. Esta perspectiva teórica fue puntapié para pensar la sexualidad de las adolescentes del conurbano como tema de investigación, indagando en las particularidades del grupo. Es preciso aclarar que, si bien a lo largo del texto utilicé el concepto de juventud como sinónimo al de adolescente, estos no connotan teóricamente a un mismo grupo etario-social (Chaves 2013)⁴.

Volviendo al análisis sobre las miradas biologicistas en torno a la sexualidad, es preciso señalar que suelen poner el foco en la reproducción, dejando de lado aspectos fundamentales para comprender la construcción integral de la sexualidad. Aquí es importante considerar la

³ Arduino, Ileana. “La mala víctima”, Revista Anfibia, <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-mala-victima/> último acceso: octubre 2018.

⁴ Para el propósito de esta tesis, estos conceptos referirán a un grupo etario de entre 13 y 18 años, que asiste a la escuela, y no posee un trabajo diario. Aunque muchas de las actoras del campo suelen realizar trabajo doméstico no pago, o realiza trabajos esporádicos para el aporte familiar como lo es el reciclado de materiales de los basurales, o servicio de limpieza.

obra de Michel Foucault (2014), a partir de la cual la práctica sexual ya no puede concebirse como un acto per sé, sino como un fenómeno histórico-social cargado de condicionamientos sociales y prácticas discursivas construidas y engendradas a lo largo de la historia. A su vez, los análisis de la teórica feminista radical Kate Millett (2010), dieron cuenta de la existencia de relaciones de poder y mecanismos de control que se ejercen en las relaciones sexuales basadas en un sistema patriarcal de dominación sexual. El puntapié para el análisis de Millett fueron las distintas novelas eróticas que rompieron con la prosa puritana –y que también fueron censuradas por ciertos períodos de tiempo-, donde ella detectó una dominación masculina y una sumisión femenina en la literatura de vanguardia de la época. Así, la autora desarrolló su tesis doctoral profundizando sobre el sexo como una categoría política, detectando cómo lo femenino se encuentra sometido en el acto sexual por lo masculino. De este modo, los aportes de Millett son fundamentales a la hora de comprender determinados condicionantes de la sexualidad y particularmente la idea de política sexual.

Desde una perspectiva marxista, y desde un contexto más actual, Anna Jonasdottir (1993) analiza la dimensión del amor que opera como fuerza física intelectual, siendo este alienado en las mujeres por parte de los hombres, así como el trabajo es alienado por el capitalista en la teoría de Marx. Si bien en esta tesina no indagué centralmente en la cuestión del amor, fue importante tener en cuenta esta perspectiva a la hora de analizar los vínculos sexo-afectivos de las adolescentes, y estuve alerta conceptualmente a la hora de analizar la manera en la cual el amor opera en la relación sexual y los juegos de seducción, algo que apareció en mi campo reiteradamente.

Es preciso señalar otros aportes que brinda la teoría feminista a estos temas. Por su parte, la antropóloga feminista Gayle Rubin (1984), entiende al patriarcado como una forma de organización social; ella analizó la influencia de las relaciones de poder en la sexualidad, estableciendo el concepto de *sistema sexo/género* organizado a partir de *jerarquías sexuales*. Para ello separó analíticamente “sexo” de “género”, para dar cuenta- sin negar las teorizaciones feministas sobre las relaciones de poder entre géneros- que la sexualidad no se deriva del género, sino que existe en la sociedad occidental un sistema de valoraciones que ordena jerárquicamente las distintas prácticas sexuales. En ese ejercicio estableció, por ejemplo, la superioridad jerárquica social de las relaciones heterosexuales por sobre las homosexuales, o a la sexualidad femenina como subsumida a la sexualidad masculina. Siguiendo a esta autora, detecté determinadas jerarquías sexuales que determinan qué prácticas conforman el “sexo bueno” o el “sexo malo” (Rubin, 1984) en las representaciones de las jóvenes. Con esta

perspectiva teórica detallé la manera en la cual las/los jóvenes conforman una jerarquía sexual hetero-cis-patriarcal⁵.

En cuanto a trabajos locales sobre estos temas, Daniel Jones (2010) realizó una investigación sobre sexualidad adolescente en un grupo de adolescentes de la ciudad sureña de Trelew. En su estudio, Jones detectó la conformación de *jerarquías sexuales* a partir de las cuales los y las jóvenes organizan tres aspectos relevantes de las relaciones erótico-sexo-afectivas: los distintos actos sexuales (coito, masturbación, consumo de pornografía), los sujetos que pueden tener actos sexuales (mujeres, varones, heterosexuales, gays, lesbianas, travestis, transexuales), o una conjunción entre ambas cosas (masturbación femenina, coito en homosexuales, entre otros). En ese sentido, mi trabajo de investigación indagó en las valoraciones de la sexualidad que subyacen en la construcción del “deber ser sexual” (el “sexo bueno”) de las jóvenes, tanto en los tres planos que indica Jones, como también en la forma en que lo manifiestan (o no) públicamente. Siguiendo esta línea, analicé sus efectos y de qué manera las concepciones sobre estas formas de relacionarse sexual y afectivamente condicionan, perjudican y/o favorecen el desenvolvimiento de su sexualidad y sociabilidad.

Teniendo en cuenta todas estas consideraciones teóricas y trayectorias, me propuse indagar en torno a las prácticas placenteras de la sexualidad y las jerarquías que se conforman en base al sexo, al género y la orientación sexual dentro del grupo adolescente. También busqué estudiar las dinámicas de los juegos de seducción llevados a cabo por las y los jóvenes, detectando las tácticas que las jóvenes emplean en torno a la sexualidad. Y a su vez, analicé los *referentes* y *anti-referentes* de sexualidad de las adolescentes -en referencia a las personas con quienes las jóvenes comparten o evitan compartir su experiencia sexual-, y los aspectos por los cuales las/los conforman como tales, teniendo en cuenta allí las representaciones sociales y culturales que tienen sobre la sexualidad.

Aspectos metodológicos, cuestiones etnográficas y reflexividad ●

Esta tesina se realizó en base a un trabajo etnográfico, y considero fundamental dar cuenta de mi ejercicio de reflexividad (Guber 2001). Siguiendo a Hammersley y Atkinson (1994), considero pertinente esta tarea dado que identificar el lugar que me fue asignado en el

⁵ Me refiero a esta categoría para señalar tres aspectos de la jerarquía sexual: “hetero”, por la estigmatización de las relaciones homosexuales en oposición a las heterosexuales (y normativas); “cis” por la prevalencia de los/las actoras sociales que se adaptan corporalmente a los estereotipos de género hegemónicos según el sexo asignado al nacer, en oposición a los cuerpos trans que desafían esa norma (Butler 2007); y “patriarcal” por las relaciones de poder que asignan una pasividad a las mujeres en este sistema sexo-género.

campo como aprendiz etnógrafa, el tipo de vínculo entablado con los actores sociales, y la forma en la cual lo he hecho, brinda información y conocimiento sobre el campo mismo.

El trabajo de campo realizado transcurrió entre junio del año 2016 y julio del año 2017, y constó de la utilización de la técnica de observación participante (Malinowski, 1986) en el taller, pero también en los almuerzos, otras actividades escolares, y algunas por fuera del cronograma escolar como lo fue un “baby shower” de una de las jóvenes organizado por compañeras y docentes de la escuela⁶. A su vez, apliqué la técnica de observación participante en el marco de la realización de entrevistas⁷, para las cuales asistí a las casas de algunas de las chicas, y frecuenté plazas a donde suelen ir con algunas de ellas por fuera del horario y calendario escolar. La utilización de la técnica de la observación participante fue central en mi tarea etnográfica, dado que como bien señala Guber (2001), me permitió acceder a la información desde la experiencia y la testificación en conjunto, y desde las reacciones de los actores del campo a las “trasgresiones” de mis traspies de participación “incorrecta” (Guber 2001, p. 61) a lo largo del trabajo de campo, que luego, apoyándome en el ejercicio reflexivo, fue de gran insumo para los análisis de la presente tesina.

En cuanto a mi vínculo etnográfico entablado con las adolescentes, cabe resaltar que no se dio de forma desenvuelta. Si bien mi interés inicial se basó en ingresar a la escuela para estudiar las formas en las que la sexualidad estaba presente en las aulas, la etnografía terminó cobrando otra modalidad con otro enfoque de investigación. Con esa intención inicial, me acerqué al Área de Extensión Universitaria del IDAES para consultar con qué escuelas podría hacerlo. En ese momento me indicaron que había una escuela que precisaba un taller de género y dada mi pertenencia a la carrera de antropología y a la Consejería Integral en Violencia de Género y Sexualidades, me preguntaron si me interesaba participar del mismo y accedí, comenzando mi trabajo de campo para mi proyecto de tesina a partir de la experiencia de Investigación Acción Participativa (Fals Borda, 2013). En ese sentido, me embarqué en un trabajo de campo con un doble rol, y por ende un doble ejercicio de reflexividad que, siguiendo a Da Matta (1999), implicó *familiarizar lo exótico*, dado que nunca antes había trabajado en una escuela o con adolescentes, y a su vez *exotizar lo familiar* dado que si bien entablo recorridos profesionales y trayectorias socio-económicas distintas a los diversos actores del campo, compartíamos la misma cultura nacional y local.

A su vez, este trabajo etnográfico comprendía aquel componente de la *etnografía colaborativa* que detalla Joanne Rappaport (2018), que apunta a una tarea antropológica donde

⁶ Ver Apéndice I

⁷ Ver Apéndice III

el objetivo no es la mera redacción de la misma etnografía, sino que también lo es el generar un aporte activista comprometido, en este caso, feminista. En ese sentido, mucho del material de investigación recabado fue reutilizado en las instancias lúdicas y pedagógicas del taller, así como también en la atención de la consejería. Cabe aclarar que, siguiendo a James Clifford (1988), considero que la autoría colectiva tiene que ver más con una utopía que con una realidad concreta antropológica, dado que quien toma las decisiones en torno a la investigación siempre termina siendo el/la etnógrafa. Entendiendo esto, adhiero a la propuesta de Clifford de realizar un uso consciente de la etnografía, reconociendo mi autoridad etnográfica, e intentando no abusar de ella.

Embarcada en esa tarea, comencé el trabajo de campo. Ni bien empezó la primera serie de reuniones con la escuela, se me aclaró que, dada la formación religiosa de algunos directivos de la secundaria, debería entablar un vínculo y dejar que me conozcan previamente a mi posicionamiento como etnógrafa aprendiz antes de comenzar mi campo de investigación. De esta manera luego de un mes y medio adentrada en el campo, empecé a contarles a las coordinadoras, profesoras, autoridades y estudiantes mi interés etnográfico. Así, les indiqué que estaba realizando un trabajo de campo, con las técnicas contempladas, en torno al tema que despertó mis primeros pasos en el campo: las representaciones en torno a la sexualidad de las adolescentes y cómo eso afecta a su desenvolvimiento en los distintos ámbitos en los que socializan. La primera respuesta que obtuve ante esta consulta fue en contra de esos prejuicios con los que entré al campo: tanto las coordinadoras y docentes con las que más hablaba se mostraron entusiasmadas con mi proyecto, e incluso me recomendaron algunas personas que podría entrevistar. Estas reacciones ante mi primer posicionamiento como estudiante de antropología en el campo me hicieron reflexionar en torno a la escuela como una institución heterogénea, donde los intereses del mundo adulto con el cual se relacionan las jóvenes no siempre las excluye. Es en ese contexto donde, como bien detallaré en el capítulo 3, las jóvenes encuentran referentes adultas para compartir sus experiencias sexuales y propiciar un diálogo con ellas en torno a la sexualidad.

Respecto al posicionamiento general que se hacía sobre mí en el campo, es pertinente traer las siguientes reflexiones, comenzando con un ejercicio reflexivo que hice en torno a dos registros de dos situaciones distintas, donde dos adolescentes tuvieron actitudes aparentemente seductoras o desafiantes conmigo. En el primer caso, en uno de los almuerzos donde me senté a comer con las chicas, compartía la mesa con Pancho y él preguntó en dónde se dictaba el taller que damos a las estudiantes mujeres. Le respondí y seguidamente me dijo “*te voy a ir a visitar*”. Yo le dije que podía venir cuando quiera, que sería importante que vengan varones. Luego

sonrió, me miró fijo y me dijo: “*sos hermosa*” (r.d.c. 15.6.17). En ese instante recordé aquello que algunas profesoras nos habían avisado a mí y a mi compañera de taller antes de comenzar con el mismo. Sostenían que es corriente que los jóvenes tengan actitudes desafiantes frente a las docentes mujeres, y principalmente las más jóvenes. Ellas nos comentaron que las profesoras que dejan pasar por alto estas cosas suelen generar una dinámica complicada, donde los chicos van quebrando cada vez más límites hasta que se torna en una relación bastante violenta que complica incluso el poder llevar a cabo una clase. Recordando esto, le respondí que ese comentario estuvo de más, y las chicas con quienes compartíamos el almuerzo se quedaron calladas mirando la situación. Él, sin contestarme, empezó a hacer chistes a otro compañero que justo pasaba por allí, y el tema se disipó. Algo similar sucedió con uno de los chicos, José, quien había presenciado un par de talleres, pero al ser de un curso donde en ese horario tenían otros talleres asignados no pudo sostenerlo por mucho tiempo. Él ya había sido padre y luego noté que las docentes estaban interesadas en que él asista al taller. Una tarde, luego del almuerzo, me quedé hablando con las chicas en el lado de afuera de la puerta de entrada de la escuela, esperando a mis compañeras de taller. De repente escucho que José, quien estaba con un grupo de compañeros, ubicados a unos metros hacia la derecha de la puerta de ingreso, me grita algo, y pensé que me llamaba por algún motivo. Cuando llego me pregunta “¿*qué hacés, mi amor?*”, y yo le contesté que no era su amor. El me retrucó preguntando a quién pertenece ese amor, alegando que se pondría celoso, y agregué, seria: “*no soy el amor de nadie, solo el mío*”. Me respondió sonriendo: “*bueno, profe, era un chiste*”, y paralelamente Alma me miró, también seria, y me dijo: “*bien respondido profe*” (r.d.c. 11.5.17). A partir de un trabajo reflexivo, y a raíz del análisis de distintos registros como estos, puedo concluir que mi lugar en el campo era de profesora, adulta, pero también, de mujer.

En cuanto a mi vínculo con las adolescentes, más allá de que sabían que me encontraba realizando un trabajo para mis estudios de la universidad sobre ellas, e incluso en aquellas situaciones donde la presencia del grabador o mis anotaciones marcaban fuertemente mi lugar como estudiante de antropología, ellas codificaban siempre mi presencia como “la profe”. Cabe destacar que mi rol docente en la escuela no se trataba de una modalidad tradicional de educación. Por un lado, en un taller se suelen dar dinámicas más desestructuradas, a partir de las cuales se crea un vínculo educador-estudiante bien distinto al de una clase tipo. Por otro lado, los contenidos tratados en el espacio desafiaban las lógicas curriculares rutinarias de la escuela, al menos hasta ese entonces donde, según me indicó mi compañera de taller quien había participado de otras instancias, hubo un solo intento similar que no prosperó.

Los temas a trabajar en el espacio que conformamos (al principio en conjunto con las coordinadoras y autoridades) estaban relacionados a la sexualidad. Infiero que este fue uno de los aspectos que habilitaba a que las jóvenes se vinculen conmigo en un sentido distinto al cual lo hacían con otras/os docentes. Es preciso señalar aquí que el ejercicio de proximidad etnográfica que se construye con determinados actores del campo también operó como un factor fuerte para generar una confianza que me permitió acceder en cierta medida al plano íntimo (Herzfeld 1997) de las adolescentes. Como bien señala Michael Herzfeld (1997), ese acceso a lo ‘íntimo’ es producto del trabajo etnográfico que busca determinada cercanía para con los actores del campo estudiado, y que brinda información y datos que pueden ser considerados poco prescindibles para quien nos los brindan, pero que para el propósito antropológico resultan luego de suma importancia.

De todas formas, uno de los aspectos que también operaba en la apertura de confianza en las jóvenes, algo que considero un hallazgo muy importante de este trabajo, tenía que ver justamente con mi rol como “docente”. Aquí es importante realizar una breve descripción de la dinámica escolar y el vínculo entre la institución educativa y las familias.

La escuela plantea una pedagogía popular, donde se trabaja en conjunto con las familias del estudiantado, se organizan asambleas con los y las adolescentes para atender a sus demandas y fomentar el diálogo con la institución. El equipo docente suele realizar actividades en los barrios de los jóvenes, reuniendo a familiares y vecinos, y las autoridades prestan las instalaciones de la escuela para actividades recreativas extracurriculares que las y los chicos quieran realizar.

Existen aspectos conflictivos que tienen que ver con la construcción de ese rol participativo de las familias para con la escuela. Así, algunos de los encuentros que señalaba anteriormente se dan en los hogares de algunos/as estudiantes, y los almuerzos que brinda la escuela son también ofrecidos para cualquiera de los miembros familiares de los adolescentes que los pasen a buscar. Si bien el vínculo de la institución con los familiares de las alumnas posee resultados beneficiosos como bien señalaban las autoridades, en términos pedagógicos y educativos para el estudiantado, el cuidado de ese vínculo se puede ver amenazado por el tabú que despiertan los temas vinculados a la sexualidad, generando una ruptura con las familias.

En ese contexto, desde que ingresamos a la escuela notamos, junto con mi compañera de taller, un fuerte interés por parte del plantel docente por trabajar las temáticas que propusimos para las actividades del espacio: violencia de género y salud sexual. Tanto la coordinadora, como algunas docentes y la vice directora, dedicaron parte de su tiempo para

guiarnos en cómo construir ese espacio y aprovechaban esas instancias para comentarnos sobre los problemas que observaban cotidianamente o que algunas estudiantes les transmitían: embarazos no deseados, desconocimiento sobre la menstruación o sobre la utilización del método anticonceptivo, violencia en la pareja, violencia intrafamiliar (y otras) de las chicas. Sentí que esas charlas con las referentes de la escuela eran instancias de catarsis. Esto se vinculaba a que también manifestaron que se estaban encontrando con una demanda a la cual no sabían cómo responder, y allí aparecía la familia como una de las figuras que las ponía en aprietos. Esta explicación no sólo dio pie para interesarme por la figura familiar en la sexualidad de las jóvenes e indagar en las complejidades de *referentes* y *anti-referentes* que analizo en el último capítulo, sino también en mi figura como “profe” en ese entramado.

Tanto las chicas como los varones estudiantes me identificaban de esta manera. En el caso de los chicos, mi relación era más distante debido a que el taller que dictamos era sólo para las chicas. Esta decisión fue tomada en base a recomendaciones de los coordinadores, quienes señalaban que era preciso un espacio donde las chicas puedan hablar sobre su experiencia sexual con más soltura. En la presente tesis mostraré como esta recomendación cobra sentido entre las jóvenes, principalmente en el segundo capítulo, donde intentaré explicar la forma en la que las adolescentes configuran a los pares varones como *anti-referentes*. Cabe resaltar aquí que, en cuanto a los recortes de campo realizados a lo largo de mi tarea etnográfica, me vi obligada a restringir mi vínculo etnográfico con las chicas, excluyendo a los varones del mismo. Si bien compartía los almuerzos con ellos, y también algunas actividades extracurriculares, y solían acercarse durante el taller para entrar y curiosear un poco, había determinados aspectos detallados anteriormente que también me alejaban de ese vínculo.

Cabe aclarar aquí que debido a que trabajé con el método etnográfico, no utilicé la herramienta del consentimiento informado, aplicando el resguardo de confidencialidad a partir de la utilización de nombres ficticios y evitando indicar datos precisos de ubicación de los espacios frecuentados y las residencias de las jóvenes. Como bien sostiene Gustavo Lins Ribeiro (2004) la particularidad de la etnografía consta en el vínculo de confianza establecido entre el/la antropólogo/a y el/la informante, y la utilización de instrumentos como el consentimiento informado rompe con ese vínculo de confianza que el/la etnógrafo/a debe construir, y condiciona la investigación etnográfica en cuanto los contenidos a tratar. A diferencia de estudios de investigación médica, donde los estudios se realizan *en* los sujetos a estudiar y no *con* ellos, como cuando de ciencias sociales se trata (Ramos 2004), en la antropología no podemos establecer con certeza anticipada el tipo de información que

utilizaremos para el análisis, y un consentimiento informado constaría más para cuidar las inversiones más, que para efectivamente garantizar un resguardo verdadero y confiable⁸. En el caso de las adolescentes, quienes, como bien analizaré en el capítulo 2, resguardan con sumo temor la información sobre su experiencia sexual, seleccionando con mucho cuidado a referentes con quienes compartir su experiencia sexual, la construcción del vínculo de confianza etnográfico, en mi caso, no podía correr ningún riesgo. De esta forma, el propio método etnográfico, y los vínculos establecidos en el mismo –a partir del cual fui explicitado a las actrices sociales mi voluntad de escribir sobre su mundo vincular y social- evidencian la certificación de la aprobación de las jóvenes para escribir esta tesina.

Otro aspecto interesante a resaltar es que, en cuanto a la sexualidad, cumplir 15 años apareció en el campo como un límite cultural que entraba en tensión con la edad jurídica, los 18 años, marcados como dos umbrales con connotaciones diferentes. Al hablar de edad cultural y edad jurídica, me refiero a ambas como dos marcos etarios distintos vinculados a concepciones sociales de la juventud, que son múltiples dependiendo del contexto socio-histórico en el cual se sitúa el grupo, y del aspecto social desde el cual se la establece como tal (Margulis & Urresti, 1998). En cuanto a la segunda calificación etaria del grupo estudiado, me refiero a una construcción socio-cultural de la edad que se basa en lo pautado por las instituciones judiciales y aquello establecido por la legislación estatal argentina⁹. Y en el caso de la primera, implica la conformación social de la edad desde los ámbitos de sociabilidad más primarios de las jóvenes (familia, vecino/as, amigo/as).

Para ejemplificar un poco esta primera conformación de la edad, muchas celebraban el cumplimiento de los 15 años con una fiesta multitudinaria, donde utilizaban vestidos de gala, se alquilaba un espacio para realizarla y se compraba bebida y comida para quienes asistían. Se trataba de celebraciones donde también suelen darse encuentros sexuales y amorosos entre los y las jóvenes. Antes y después de la fecha se hablaba de lo que iría a suceder o de lo que pasó aquella noche, oficiando esta celebración como un ritual de pasaje para las jóvenes. Y para quienes no habían realizado la fiesta, cumplir los 15 años implicaba de todas formas un cambio

⁸ Para más bibliografía sobre este tema leer C. Vítora, R. G. Oliven, M. E. Maciel, & A. P. Oro, *Antropología e ética: O debate atual no Brasil*. Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense.

⁹ La Convención sobre Derechos de los Niños, incluida en la reforma de 1994, señala que se es niño/a hasta los 18 años. La Ley 26.061 sobre Protección Integral de los derechos del Niño lo ratifica. Hay algunas salvedades legislativas que corren ese margen jurídico para asignar responsabilidades y habilidades civiles a menores de edad. Por ejemplo, un joven es punible a partir de los 16 años, también pueden votar a esa edad, y, si es mujer, casarse. A sus 14 años ya es considerado un ciudadano “consciente”, pero recién a los 21 obtiene la emancipación definitiva (y con ella la condición real para las acciones civiles). Por eso, más allá de tratarse de una construcción socio-jurídica, yo la denominaré jurídica para el propósito de la tesina.

en sus vidas. En el caso de Rocío, por ejemplo, quien no realizó una celebración de este tipo, el cumplir la quincena de edad implicó que su padre le permitiera ir a bailar a un boliche. A su vez, las jóvenes señalaban ese umbral etario como presión para tener relaciones sexuales en distintos sentidos.

Como última salvedad metodológica, me interesa señalar la utilización que realicé de la etnografía virtual (Hine 2004). Como bien indiqué anteriormente a partir de las reflexiones de Paula Sibia (2017), hoy en día Internet se vuelve un plano fundamental en la sociabilidad en general, y, agrego, en la adolescente en particular –algo que podrán apreciar en el capítulo 2-. En ese sentido, a partir de los primeros materiales recopilados en el campo, el indagar en Internet y los usos de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs), me resultó necesario para la tarea etnográfica. De esta forma, complementé la etnografía con datos recabados en el plano de lo virtual, navegando en las redes sociales de Facebook y WhatsApp de las jóvenes¹⁰ para obtenerlos. Si bien las chicas utilizaban otras redes como YouTube, Snapchat o Instagram, estas últimas no eran las más utilizadas por las jóvenes del taller.

Recorrido de la tesina a lo largo de los capítulos •

En el primer capítulo desarrollo las representaciones sociales y prácticas sexuales que tienen las adolescentes en el marco de lo que denominé “hetero-cis-patriarcado” y “placer falocéntrico”. Por un lado, indago sobre las ideas, creencias y sentido común de las adolescentes en torno a la sexualidad y, por otro lado, la presencia de una perspectiva falocéntrica (Irigaray 2007) del placer en sus representaciones sociales y prácticas sexuales. Otro punto del capítulo trata sobre la forma en que construyen esas representaciones sociales a partir de la sociabilidad entre pares.

En un segundo capítulo, despliego las dimensiones analíticas a través de las cuales llego a la conclusión que las jóvenes actúan como *cazadoras furtivas*, tomando el término de De Certeau (1996), y observo a partir de lo que me cuentan prácticas sexuales de agencia social entendido como lo define Sabba Mahmood (2008). Es decir, identifico en mi trabajo de campo intersticios donde las adolescentes provocan acciones, haciendo frente a la hetero-cis-patriarcalidad. Particularmente destaco dos grupos de tácticas, en términos DeCertaussianos, que

¹⁰ En cuanto a la utilización del material recopilado en estas redes, no mostraré las páginas de los muros para preservar la confidencialidad de mis informantes. Ver Apéndice II

emplean las adolescentes para obtener un marco de acción y selectividad en sus prácticas sexuales, tanto en la relación sexual misma, en los “juegos de seducción” y otra, ante la imagen pública para evitar los “escraches”.

En el tercer y último capítulo, doy cuenta del modo en que la sexualidad se encuentra tensionada constantemente por la mirada adultocéntrica, que recae sobre las adolescentes y sus primeras vivencias como sujetas “independientes”. Con este objetivo busqué caracterizar el tipo de vínculo que las jóvenes establecen con los distintos adultos con quienes se relacionan, y cómo esto influye en la conformación de espacios de escucha y diálogo en torno a la sexualidad.

Por último, finalizaré el trabajo con las conclusiones sobre los hallazgos esbozados a lo largo de la tesina y sus aportes, la bibliografía y los apéndices.

Capítulo 1: Representaciones sociales de las adolescentes sobre el deseo y la práctica sexual

Más allá de los esfuerzos y conquistas del activismo LGBTTIQ, y el movimiento feminista, persisten hoy en día jerarquías y ordenamientos en torno a las prácticas sexuales, quiénes las llevan a cabo, y entre quiénes se practican. Esto se da, como he analizado en la introducción, de forma diferenciada según el grupo generacional y el contexto sociocultural en el cual se sitúa. Para empezar a indagar en la sexualidad de las adolescentes que componían el campo estudiado, comenzaré con describir las particularidades de las representaciones sociales que tiene el grupo de jóvenes en torno a la práctica sexual, y la sexualidad en general. Así, detectaré las jerarquías sexuales (Rubin 1984) a partir de las cuales ordenan socialmente sus prácticas.

En términos macro-sociales, si nos avocamos a algunos datos recabados por el Estado Nacional en la encuesta llevada a cabo en torno a la sexualidad en el año 2013¹¹, podemos observar que el promedio de la población encuestada indicó que el comienzo de sus relaciones sexuales se dio entre los 15 y los 17 años -si se abarca todo el país-. En el Gran Buenos Aires, en el área metropolitana- zona donde residen y circulan las adolescentes que he estudiado-, la media de edad de iniciación sexual arrojada la encontramos en 17,3 años de edad. Sin embargo, si observamos los datos de forma detallada encontramos un descenso de la edad en las primeras experiencias sexuales entre los distintos grupos etarios, dado que en el grupo de encuestadas que rondan entre los 40 y los 49 años de edad, el promedio etario es de 17,9 años.

Estos datos se acercan a la experiencia del grupo estudiado, que poseía entre 13 y 18 años, de las cuales solo 3 manifestaron no haber tenido relaciones sexuales. Al mismo tiempo, todas aportaron valoraciones y significantes sobre el deseo y la práctica sexual en distintas ocasiones. Por tanto, este capítulo se dedica a describir y analizar esas valoraciones en torno a la sexualidad.

¹¹ La Encuesta Nacional sobre Salud Sexual y Reproductiva 2013, fue realizada en el marco de un convenio entre el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), el Ministerio de Salud de la Nación, a través de la Secretaría de Promoción y Programas Sanitarios, y las Direcciones Provinciales de Estadística: https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/enssy_r_2013.pdf

Un aspecto a partir del cual jerarquizan la práctica sexual gira en torno a la orientación sexual. Por ejemplo, la idea de estar con otra mujer no sólo genera en muchas adolescentes reacciones negativas, sino que despiertan debates en torno a lo “correcto” y lo “normal”. Dentro de los parámetros normativos aparece la heterosexualidad, que es posicionada por parte de los y las adolescentes como opuestos a la homosexualidad.

En uno de los primeros encuentros, Camila, una integrante del taller, se mostraba reticente al hablar sobre el vínculo sexual entre dos mujeres. Ella era la más chica de sus 7 hermanos, todos varones, y algunos asistían a la escuela. Vestía siempre ropa deportiva, jugaba al fútbol en un club muy importante de C.A.B.A., y a comienzos del taller no había cumplido 15 años aún. En los pocos días que asistió, era quien más participaba, y aclaraba que ella no necesitaba concurrir al taller dado que por el momento no lo requería. Su justificación era el hecho de que no salía con nadie y que nunca había tenido sexo. Dejó de asistir al taller luego de un par de encuentros, pero en aquellos que presenció era la primera en tomar la palabra ante cada tema. Cuando hablamos de las lesbianas, dijo: *“para mi está mal, porque Dios no lo mandó así (...) aparte, ¿cómo hacen para tener hijos?”* (r.d.c. 13.6.16). Sofía, otra de las jóvenes del taller, comentó algo similar, al igual que Clara, una de las estudiantes más tímidas. Sofía, a quien las coordinadoras y docentes tildaban de líder, preguntó cómo hacen las lesbianas para tener sexo, y Clara retomó su pregunta agregando: *“Claro, porque no tienen pene”* (r.d.c. 13.6.16).

Aquí se superponen dos aspectos que ubican a la práctica sexual entre personas del mismo género como inconcretable. Uno de ellos se vincula a una perspectiva falo-centrista del sexo (la cual esbozaré más adelante con más detalle), a partir de la cual se entiende que el mayor placer sexual se obtiene en base al pene. En ese sentido, el sexo entre dos mujeres no es comprendido generalmente por las jóvenes como un acto que resulte muy placentero. A su vez, la utilización de términos que refieren a la homosexualidad como “torti¹²” o “puto¹³”, entre otros, son empleados por adolescentes para burlarse entre ellos/as. A esto se le puede sumar una observación realizada por mi compañera de taller, quien al haber realizado un dispositivo similar el año anterior, en la misma escuela, notó que dejó de asistir a la institución una chica de pelo corto a quien sus compañeros y compañeras la categorizaban peyorativamente como

¹² Variante de la palabra “torta”, utilizada para referirse peyorativa y coloquialmente a las lesbianas.

¹³ Término coloquial y peyorativo utilizado en Argentina para referirse al homosexual varón.

lesbiana, en base a su apariencia (r.d.c. 13.6.16). El segundo aspecto tiene que ver con la idea patologizante de la homosexualidad.

Joaquín, un estudiante de cuarto año, que se escabulló en uno de los talleres, realizó una pregunta que refleja esta cosmovisión a una profesora que nos acompañaba ese día. Ella le preguntó al joven qué pensaba de las lesbianas y luego de pensar, él dijo que padecían de una enfermedad. Asimismo, una de las adolescentes que cursó tercero y cuarto año a lo largo de mi trabajo de campo, Rocío, contó en una entrevista que su hermana (dos años menor que ella) mantenía relaciones sexo-afectivas con otras chicas del barrio. Rocío pertenece a una familia integrada por dos hermanas- una mayor y otra menor que ella-, dos hermanos mayores, su padre y su madre. Según señaló una de sus coordinadoras en uno de los almuerzos, mientras estábamos solas en la cocina, sus hermanos suelen estar en situaciones complicadas (vinculadas al consumo de drogas), y ella - a diferencia de sus otras dos hermanas que suelen escapar a estos problemas- acciona como sostén de la madre que es quien más atiende estas problemáticas dado que el padre trabaja todo el día y está muy poco tiempo en su casa (r.d.c. 27.9.16). Es una de las jóvenes más participativas del taller y se muestra muy abierta para relatar sus experiencias sexuales. En cuanto a la homosexualidad, muestra cierta reticencia y en diversas ocasiones intentó demarcar su heterosexualidad. Una de ellas sucedió en el marco de un taller cuando un joven que irrumpió en el mismo¹⁴, quiso hacerle burlas diciendo que la vio a ella darse un beso con una chica la noche del sábado. En esa situación Florencia sonrió, a diferencia de Rocío quien gritó “¡no! qué asco”, la miró a Florencia, y le dijo que el joven “*está diciendo cualquier cosa*”. Luego se quedó pensando en silencio con las cejas fruncidas y moviendo la cabeza de un lado al otro como si estuviera negando algo (r.d.c 6.9.16).

En el caso de la entrevista, cuando se refirió a la afinidad sexual de su hermana, lo señaló como un aspecto de su vida que cambiaría con los años, y con un tinte patologizante. Su justificación se basaba en que, si bien la considera en edad para llevar a cabo libremente su sexualidad, asumía que su hermana “es muy chica” para consolidar su identidad sexual, y acordaba con la decisión de sus padres de enviarla a terapia psicológica con el supuesto de que ello erradicaría, o “corregiría”, sus prácticas lésbicas:

“R: No, porque a mí me pasó con mi hermanita. Ella tiene 12 años. Bueno, ayer cumplió 13. Y es como que ya está grande como para pensar lo que realmente quiere. Porque, bueno, ella se

¹⁴ Cuando un varón entraba al curso, la dinámica solía romperse (como bien mostraré en el próximo capítulo), adquiriendo ese varón interruptor la mayor parte de la atención.

metió con la chica ésta, que es lesbiana, de acá a dos cuadras. Yo casi me la como viva, casi le pego a la piba. ¡No! estaba... enloquecida. Me la quería comer viva... que le decían-estábamos todos re mal en mi casa, corte, todos nos sorprendimos, todos. Mis papás, todos. Yo me las quería comer vivas a las dos juntas (...). Pero con el tiempo, la llevamos a la psicóloga. Yo nunca me llevé bien con ella eh, no. Nunca. Nos agarrábamos a piñas, nos odiamos, siempre.

(...)

Yo: ¿la llevaron al psicólogo?

R: sí, y mi mamá le dijo, "se ve que no te hace bien. Vas con la psicóloga y te hace peor", porque no, no, nada..." (Entrevista a Rocío, 11.6.17, 15 años, 4to año)

El mismo día en que Joaquín, quien sostenía que la homosexualidad era una enfermedad, hizo una pregunta que resulta interesante para reflexionar en torno a estas cuestiones: “¿si a los hombres les gusta que dos mujeres se den un beso, a las mujeres les gusta que dos hombres se den un beso? ¿por qué no les gusta?” (r.d.c. 13.6.16). Aquí, el adolescente infiere el supuesto de una escala jerárquica con dos contrapuestos: las prácticas lésbicas, que son entendidas como eróticas, y las prácticas sexuales entre dos varones, que no lo son. En una entrevista donde surgió hablar sobre la diversidad sexual con Rocío, compañera de Joaquín, la joven realizó un comentario que refuerza esta idea: “(...) ¡o dos chicos! es que a mí, corte¹⁵, ver a dos chicas besándose no me da cosa, pero de ver a dos hombres es algo como que no...” (entrevista a Rocío, 11.6.17, 15 años, 4to año).

Otro caso que da cuenta del marco de normas sociales en el cual las adolescentes ubican la sexualidad, lo dieron Florencia y Rocío, cuando las fui a entrevistar a su barrio. Florencia era compañera del curso de Rocío, y ambas estaban juntas la mayor parte del tiempo. Como bien me comentaron cuando llegamos a su casa ese día, son vecinas de la misma manzana, y desde la ventana de la casa de Florencia puede verse la casa de Rocío. Incluso, comentaron, pueden llegar a la casa de la otra a través de las terrazas (que se encuentran vinculadas con el techo plano de otra edificación), y se sienten hermanas luego de vivir tanto tiempo juntas. Ese día antes de llegar a la casa de Florencia pasamos por un almacén a comprar masitas. En el camino nos cruzamos con Juani, una chica trans del barrio que se encuentra en proceso de transición. Tiene el pelo rubio largo y utiliza remeras y jeans apretados como el resto de las chicas del barrio. Las dos jóvenes empezaron a indicarme quién era y comenzaron a realizar comentarios

¹⁵ Es una expresión que utilizan las y los adolescentes de este grupo como sinónimo de “por ejemplo”, o como muletilla que indica que seguidamente realizará una explicación.

en torno al poder de atracción que tenía su vecina en el boliche. Según indicaron, Juani solía conquistar a muchos varones en las noches de baile. En ese momento Florencia se empezó a reír diciendo:

*F: ¿Te imaginás? El pibe la ve de atrás, va y cuando se da vuelta se quiere matar...
R: ¡Ay sí! (ríe), debe ser re feo eso” (r.d.c. 11.6.17)*

Como se puede observar, las y los adolescentes conforman una representación hetero-cis-normativa en la cual ordenan socialmente las prácticas sexuales. Utilizaré la categoría hetero-cis-norma, para señalar la conformación de una estructura social que implica tres aspectos de la jerarquía sexual: “hetero”, por la estigmatización de las relaciones homosexuales en oposición a las heterosexuales normativas (Rubin 1984), y “cis” por la prevalencia de los/las actores/as sociales que se adaptan corporalmente a los estereotipos de género hegemónicos según el sexo asignado al nacer, en oposición a las personas trans que desafían esa norma (Butler 2007).

A su vez, de estos registros de campo se desprende que los y las jóvenes entienden, en cierta forma, la relación sexual desde un punto de vista biologicista y utilitario, que no la vislumbra por fuera de la reproducción. Esta conceptualización, que une el sexo con la función reproductiva, fue fuertemente criticada por las ciencias sociales y la teoría feminista de los '70, dando cuenta que escondían presunciones vinculadas a jerarquizaciones sociales de los géneros y la sexualidad. Foucault (2005) ha señalado que la sexualidad no es más que una construcción social e histórica, advirtiendo que todo aquello con lo cual se la relaciona tiene un anclaje social, poniendo en cuestión aquel supuesto natural del acto sexual y sus reglas. Retomando esta línea, Giddens (2012) conceptualiza la *sexualidad plástica*, entendiendo la misma como “descentrada” y “liberada de las necesidades de la reproducción” desde los momentos en que se empieza a controlar el número de miembros de una familia a fines del siglo XVIII (p.12) y más fuertemente con la aparición de los anticonceptivos (D’Emilio en Plummer, 1995). Autoras feministas como Shulamite Firestone (1976), buscaban resaltar la manera en la cual esta asignación histórica de la función reproductiva ha recaído desigualmente sobre las mujeres, siendo la procreación, y principalmente la maternidad, una condición de opresión que los teóricos marxistas no habían trabajado.

Siguiendo el concepto de sistema sexo-género de Rubin (1984), los adolescentes valorizan el mantener prácticas sexuales con una persona del mismo sexo de forma diferencial y jerárquica, no sólo respecto a la práctica heterosexual, sino también según el género del que

se trate. Aquí retomo la reflexión de Jones (2010) en torno a la detección analítica de la yuxtaposición entre las distintas jerarquías sexuales, que en este caso se puede percibir entre la sexualidad y el sexo-género. La conjunción sugerida por Jones, destaca cómo las jerarquías no estructuran de forma escindida los distintos actos sexuales y los sujetos que practican esos actos, sino que estas variables también se cruzan. De esta forma, se elaboran ordenamientos valorativos en torno a qué actores sociales se les asigna mayor o menor legitimidad para concretar determinadas prácticas (Jones 2010). En los registros que detallé, puede observarse como la homosexualidad masculina es puesta en un rango jerárquico por debajo de la femenina. Posee un rechazo mayor, y cabría preguntarse si esto no entra en vinculación con el hecho de que, al no poseer falo, como bien señaló Clara, no es considerado una práctica sexual en sí, a diferencia de la práctica sexual entre dos varones. Esto no quita, desde ya, que las relaciones sexuales lésbicas estén marginalizadas por las jerarquías sexuales que conforman las adolescentes, como bien he detallado anteriormente las representaciones que afloraron en el taller cuando hablamos de la lesbianidad.

En este punto es importante señalar la manera en la que se infantiliza el lesbianismo y se lo asocia a la abyección. Estas dos inferencias que desprenden los actores y actoras sociales del lesbianismo tienen una fuerte vinculación socio-histórica. Como bien señala Foucault la sexualidad infantil fue construida socialmente como abyecta en la época victoriana, donde el control parental era central para la regulación y reafirmación de su anormalidad (Foucault 2007). El control de esta abyección fue siendo regulada a su vez por la institución médica, incluida luego la psiquiatría. Aquí podemos observar la manera en la que la familia de Rocío regula, como desarrollaré con más profundidad en el tercer capítulo, a las jóvenes heterosexuales, en este caso a través de la institución médica. Si bien la mayoría de las adolescentes se encuentran con el constante control de sus familias sobre su sexualidad, en el caso de la hermana de Rocío, su control giraba en torno a una desviación que debería “corregirse”. Ninguna de las jóvenes es derivada al psicólogo por su familia luego de que esta tome conocimiento de su práctica hetero-sexual. En el caso de quienes practican su sexualidad con personas del sexo opuesto, la institución que más aparece es la médica para regular principalmente la reproducción. Pero en el caso de que las prácticas sean lésbicas, la regulación recae en una presunción de anormalidad psíquica, que debe ser rectificada a tiempo, dado que se la considera una práctica infantil y que, por ende, se encuentra en un estado maleable. La práctica heterosexual, en cambio, es signo de maduración, aunque también sea regulada por el mundo adulto: las jóvenes se convierten en potenciales madres.

De esta manera, las adolescentes realizan sus prácticas sexuales en un marco hetero-cis-normativo, que marginaliza normativamente las homosexualidades infantilizando y patologizándolas, y vinculando este accionar con la perspectiva biologicista de antaño que vincula la práctica sexual con la reproducción. A su vez entrecruzan en el ordenamiento de la jerarquía sexual tanto orientación sexual y género, y rechazan los cuerpos trans como cuerpos deseados sexual y afectivamente, tal como lo plantea Violeta Alegre (2017) en el texto “De qué hablamos cuando hablamos de amor trans”.

El placer falocéntrico en la práctica sexual y su representación social ●

En cuanto a las diversas prácticas sexuales que las adolescentes manifestaron realizar, y las representaciones que tienen sobre ellas, la relación sexual está fuertemente ligada al coito. Situaban el placer en torno al pene de su pareja sexual y son los varones quienes adquieren un rol central en los relatos de las chicas sobre sus experiencias sexuales, sus preferencias, y las ajenas.

A partir del trabajo de campo realizado, sostengo que existe entre las jóvenes una perspectiva del placer heterosexual falocéntrica. Hay un desconocimiento conceptual de las modalidades de placer femenino por parte de las jóvenes y siempre se sitúa en el cuerpo masculino. Por ejemplo, bromean con que el placer lo obtienen dependiendo del tamaño del pene de su pareja sexual. Ya he señalado cómo algunas jóvenes no vislumbraban la posibilidad de que los actos sexuales entre dos mujeres sean gozosos por la ausencia del falo, y aquí enumeraré ocasiones donde las jóvenes hacen alusión al pene como el motivo más relevante para la obtención de placer.

En uno de los talleres hablamos sobre las situaciones que suelen darse en las primeras experiencias sexuales. Julia, una de las coordinadoras con quien más confianza tienen las jóvenes, intervino diciendo que, en su opinión, las primeras experiencias sexuales no son placenteras dado que desconocemos como actuar, y que llegar a generar prácticas placenteras pueden llevar tiempo y experiencia. En ese momento Rocío rió y, bromeando sarcásticamente, dijo que cuanto más grande es el pene de su pareja sexual, más lo disfruta (r.d.c. 13.10.16).

Algo similar se puede inferir de uno de los chistes que, en otro de los encuentros semanales, le hicieron a Alma, una de las estudiantes de tercero (el curso menos adelantado que

presenciaba al taller) pero que ya tenía 15 años. Ese día las chicas empezaron a contar experiencias que habían vivido en torno a eventos presuntamente sobrenaturales, como la aparición de familiares muertos que nunca habían conocido, o movimientos de objetos que ocurrían de forma inexplicable en sus casas. De estas historias, se desprendió la descripción detallada de distintos aspectos de su entorno socio-familiar. En ese contexto, Alma describió la composición de su hogar, indicando que vive con su cuñada, cuyo hijo -suponen entre los familiares de la adolescente- es hijo biológico de su fallecido hermano, quien cometió un suicidio. Según relató, su presunto sobrino tiene un enorme parecido con su hermano, quien padecía de depresión. El suicidio ocurrió, contó Alma, luego de que la cuñada le comunicara a su hermano que estaba enamorada de otra persona, y que el hijo que esperaba había sido producto de esa infidelidad. En este punto del relato, Sofía y Morena (una amiga y compañera de curso de Alma que ese día se sumó al taller), bromearon con que la cuñada abandonó al hermano de Alma por el pequeño tamaño de su pene (r.d.c. 20.10.16).

A su vez, es importante resaltar el desconocimiento que las jóvenes expresan en torno al placer clitoridiano, y la centralidad que adquieren el coito en las representaciones sociales de las adolescentes. Presentaré a continuación algunos datos que lo evidencian. Uno de ellos lo obtuve en uno de los talleres en el cual mi compañera hizo referencia al sexo oral. Esto despertó curiosidad en algunas asistentes, como Rocío, quien preguntó qué significaba el término. Mientras les explicaba que el sexo oral es una forma de tener sexo con la boca y el genital de la pareja sexual, las chicas escucharon atentas. Como algunas indicaron no terminar de comprender lo que explicamos, culminé la charla diciéndoles que es un sinónimo de lo que se le suele llamar “pete¹⁶”. En el momento en que nombré la palabra todas empezaron a reír a carcajadas, excepto Sofía, quien re-preguntó qué significa el término “pete”, dado que siempre utiliza la palabra y nunca supo qué significaba exactamente. Ese mismo día, cuando nos íbamos de la escuela rumbo a la estación de tren las chicas conversaban sobre el sexo oral, y reían. Algunas hacían gestos repulsivos o decían “*qué asco*” (r.d.c. 13.10.16). A partir de este registro puedo inferir que las jóvenes hacían uso en su lenguaje coloquial de estas palabras o frases referidas a prácticas no coitales, pero desconocen su significado. Indagar en el mismo despertaba curiosidad, y al mismo tiempo cierto rechazo.

Otro dato que considero pertinente exponer, si bien mi foco de análisis no fueron los varones adolescentes, tiene que ver con ciertos aspectos observados a lo largo del campo que

¹⁶ Forma coloquial de llamar al sexo oral en Argentina.

despertaron el interrogante sobre si ese conocimiento sobre el placer clitoridiano está presente entre ellos. En un encuentro donde se realizó una dinámica lúdica de preguntas y respuestas, para trabajar sobre mitos en torno a la sexualidad, las chicas manifestaron no saber qué era el clítoris. El único que mostró saberlo fue Daniel, un adolescente que se había sumado ese cuatrimestre a los encuentros. Al ver cómo respondía con desenvolvimiento, las jóvenes se sorprendieron y le preguntaron cómo obtuvo esa información¹⁷. Este registro lleva a una pregunta sobre la posibilidad de que exista una forma diferencial de acceder a la información del placer corporal, propio y ajeno, entre mujeres y varones adolescentes. Tal vez tenga que ver con otras prácticas que se dan entre los jóvenes. Pero ahondar en este punto implicaría otra investigación que profundice sobre los adolescentes hombres y hasta qué punto poseen el conocimiento señalado. Pero los datos dan cuenta de una diferenciación valorativa que realizan las mismas jóvenes entre el tipo de prácticas que no les despertaba repulsión-como el sexo coital- y las que sí.

Otro dato que aporta a esta cuestión y que construí a partir de la entrevista y la observación participante, como por ejemplo en la entrevista con Rocío y Florencia, es que desconocen el clítoris. Ninguna de las dos era virgen, y habían dejado de serlo hace aproximadamente un año. Aunque a diferencia de Florencia, quien había tenido relaciones sexuales con al menos tres chicos, Rocío había estado únicamente con su último ex novio. De todas formas, ninguna de las dos había escuchado hablar del clítoris.

A su vez, como bien se profundizará en el próximo apartado, se dan situaciones en la cotidianeidad de los talleres y la vida escolar en general donde se bromea en torno a la sexualidad, y muchas veces la figura de la mujer se muestra subsumida a la de los varones en las relaciones heterosexuales. Es importante considerar aquí que en el grupo estudiado la idea de “compulsividad sexual” (Giddens 2012) es situada siempre en el varón, presumiendo que éste difícilmente se niegue ante una posible práctica sexual.

Un ejemplo del lugar subsumido en la sexualidad que ocupa lo femenino en la práctica sexual concreta fue brindado por Florencia. Luego de haberles pedido que me describan lo que era tener sexo durante la entrevista, las jóvenes me dieron la siguiente respuesta:

¹⁷ Considero importante resaltar que el adolescente solía ser descripto como virgen no sólo por ellas, sino también por el plantel docente (r.d.c. 4.5.2017), y quedaría analizar si esto tiene vínculo con el asombro de las jóvenes ante el conocimiento que poseía el chico en torno a la sexualidad en general, y la femenina en particular.

F: y ¡no sé! (reímos) Es como que se acuestan... ¡sin ropa! (reímos) Y se sube arriba.

B: ¿quién se sube arriba?

F: y a veces el hombre y a veces la mujer.

R: a veces la mujer.

B: ¿siempre igual?

F: sí, a mí me da, no me gusta subirme arriba

R: ¡si a mí tampoco! (ríen)

B: ¿no? ¿por qué?

R: no, a mí no. No me gusta

B: ¿por qué?

*F: es como que siempre **lo dejo al hombre**, no sé por qué.” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año).*

De esta forma, Florencia “deja” al hombre ser quien lidera el acto sexual, posicionando el saber práctico en el rol masculino. Siguiendo esta línea, el acto de ubicar discursivamente a la mujer en una posición desigual respecto del varón, puede observarse en los relatos de las adolescentes sobre sus propias experiencias donde se auto-identifican con ese rol subordinado en la práctica sexual:

*F: ¡Ay! a mí, lo que yo odio, es **que te pongan en cuatro**...es la peor que te puede pasar*

B: ¿en cuatro...?

*F: osea, **que te den** por atrás.*

R: sí

B: por la cola...

*R: no yo todavía **no pasé esa sesión**” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año)*

Aquí, Florencia se refiere a un tercero masculino que es quien toma en su imaginario el cuerpo femenino aparentemente inactivo en la supuesta secuencia sexual. Este se vincula con lo señalado anteriormente, donde observé, en uno de los encuentros semanales, donde mi compañera de taller nombró el sexo oral, y esto despertó revuelo en las asistentes. Esta situación da cuenta, nuevamente, de una diferenciación valorativa que realizan entre el tipo de prácticas que no despiertan esa repulsión demostrada por las jóvenes -como el sexo coital- y las que sí. Y reitera el posicionamiento del varón como aquel que tiene dominación sobre la práctica sexual en general.

Esto se relaciona con otro ejemplo que recopilé aquel día que fuimos con Sofía a una plaza cercana a su barrio para entrevistarla. La adolescente dijo que una amiga suya había sido “usada” por su pareja. Al preguntarle qué significaba para ella que el chico haya “usado” a su amiga, ella respondió: *“Corte, que estuvo con ella, así, porque, no sé... para estar con ella. Para tener, así, relaciones. Y después la dejó”* (entrevista a Sofía, 4.3.17, 15 años, 4to año). Aquí, el deseo y la acción de tener relaciones sexuales es situado en el varón. La mujer adolescente queda relegada a un rol pasivo, su deseo no aparece en el relato, y llega a ser objetivada por su amiga: el chico la “usó”. De todas formas, habría que indagar mejor en estas situaciones, si es que realmente hubo una utilización del varón, algo que podría ser probable.

En ambas situaciones, tanto Florencia, como Rocío y Sofía sitúan al varón como aquel que tiene el control en la relación sexo-afectiva, siendo la mujer quien es guiada en la relación sexual, y hasta “utilizada”, por él.

Otra situación a destacar aquí es una experiencia que relató Alma en el marco de una entrevista, donde el varón no sólo es quien guía la práctica sexual, sino que avanza sobre la negativa corporal que expresó la joven. Alma era una de las pocas chicas de su curso que asistía al taller, pero era de las jóvenes que lo hacía con mayor frecuencia. Antes de explicarme que ella posee un carácter fuerte, agresivo y una personalidad que se muestra constante y presuntamente insensible ante la mirada de los demás- en sus palabras “re amarga”-, algo que intenta demostrar constantemente en los talleres, relató la siguiente experiencia sexual:

B: ¿Y cada cuánto era más o menos (que tienen relaciones sexuales)?

A: No, no sé. Cuando pintaba, no sé. Cuando veníamos a la plaza... nos veíamos. Como una vez me invitó a la casa. “Bueno”, dije yo. Corte nunca, nunca, nos habíamos dado un beso. Nunca nada... Y fui a la casa, y como que estábamos solos, y yo me quedé como re sorprendida porque era mi amigo... se supone que era mi amigo.

B: ¿Y pero vos querías?

A: No...

B: ¿lo hiciste igual?

A: Y lo hice igual. Porque no sé... como que no sé...

B: ¿Y él qué te decía?

A: Él no me dijo nada...pasó. Y yo corte, me quedé así dura...porque no sabía qué hacer y cuando él me preguntaba “¿qué te pasa?”-“nada ¿por qué?”-“por qué tenés cara de culo”-“es mi cara”, le digo. Y no sé...

B: ¿Y después qué hiciste?

A: Después nada, me vine a mi casa y no le hablé nunca más, te lo juro ¡nunca más le hable! (ríe). Y ahí nunca más, nunca más. Y además porque... el pibe no se cuidó. Y ahí me agarró mucho miedo, pero mucho miedo, mucho miedo. Tenía miedo posta. Pero igual no pasó nada, pero..." (entrevista a Alma y Florencia 11.2.17, 15 y 14 años, 3er y 4to año)

En este caso Alma atraviesa una situación angustiante donde sin consentir ni negar el acto sexual verbalmente, lo hace físicamente. A su vez la estudiante habla de la protección del preservativo como una opción que debe tomar el varón ("el pibe no se cuidó"). Esto es lo que Osborne (2009) denomina *acoso sexual grave*, dado que implica indicadores, presentes en este caso, como lo son los besos no deseados, tocamientos, acorralamientos. En esta situación la estudiante afirmó que no deseaba tener sexo y el joven avanzó por sobre sus señales no verbales de ello, algo que se diferencia de otra ocasión donde utilizó el término de violación para relatar una situación que atravesó cuando era pequeña con un amigo vecino de la familia. El acto de su amigo no fue denominado de esa forma, ni bajo esos términos.

Todos los registros y testimonios dan cuenta de aquello que Raquel Osborne (2009) llama *modelo androcéntrico de sexualidad*, un esquema coitocentrista del placer, en el cual se posiciona al deseo sexual masculino como central (p. 70-71). En ese sentido, la antecesora Carla Lonzi sostuvo en su *ensayo La mujer clitorica y la mujer vaginal* que el "modelo de placer vaginal" prevalece frente a otros. Lonzi (1981) concluyó que, para satisfacer el placer del hombre, la mujer se vuelve complementaria a él y pierde su autonomía. La autora, reflexionó analíticamente sobre la estructura física de los órganos reproductivos señalando dos potencias corporales, la reproductiva y la de generación de placer, que en el hombre se encuentran juntas (ejemplificando el orgasmo del pene), mientras que en la mujer están- sostiene Lonzi- corporalmente separadas. Luego, contrasta este aspecto con el hecho de que a la mujer se le ha "impuesto una coincidencia que no pertenece a su fisiología" y lo denomina como un "acto de violencia cultural" (Lonzi 1981).

Desde esta recopilación del trabajo de campo puedo inferir que existe, en general, un desconocimiento del placer clitoridiano entre las jóvenes, y aquí opera fuertemente, como bien señala Monique Wittig, la "mente hetero". Wittig (2006) dio cuenta que el sexo es una categoría socialmente construida, basada en la idea de dos sexos opuestos y complementarios. Así, la heterosexualidad funciona como régimen político y establece una relación social obligatoria entre hombres y mujeres. Siguiendo esta línea, Preciado (2011) también argumenta que el

placer se ha reducido social e históricamente a determinados cuerpos y determinadas zonas erógenas. Este proceso se dio de forma permeada por las relaciones de poder de género y de sexualidad, ligando determinadas sensaciones eróticas a ciertas prácticas y excluyéndolas de otras. Se refiere a la construcción de la diferencia sexual como una “operación tecnológica de reducción” (p. 18), donde se asignan determinados significantes sexuales a partes puntuales del cuerpo: “la arquitectura corporal es política” (Preciado 2011). Con ella, se designan ciertos géneros, sexos, y partes del cuerpo como “no-sexuales”, oponiéndose a lo que se naturaliza como sexual (p. 23).

Así, entre los datos recabados las jóvenes manifiestan poseer un desconocimiento del cuerpo y sus procesos sexuales y de placer. Esto puede entenderse desde el concepto de *falogocentrismo* de Luce Irigaray (2007), quien sostiene que lo femenino siempre fue pensado como espejo- como lo negativo o lo opuesto- a lo masculino. De esta forma, el deseo sexual de las mujeres se encuentra demarcado, como bien sostiene la autora, en el marco del placer masculino. Siguiendo a Irigaray, se torna comprensible que las jóvenes desconozcan su propio cuerpo a la hora de pensar en su placer sexual, y es interesante analizar la forma en la cual estas encuentran su placer en esa matriz falogocéntrica en la que se encuentran enmarcadas socialmente.

El enfoque en el falo que, como bien se puede observar a partir de los registros, es central en las representaciones del placer de forma generalizada entre el grupo de adolescentes, ubica a la sexualidad femenina en posiciones sociales desiguales respecto a la masculina, en una representación donde el placer es androcéntrico. Pero este aspecto no es el único. El hecho de mantener prácticas sexuales influye, de por sí, negativamente en la forma en que la adolescente es sexualmente señalada, por sus familiares adultos y hasta por sus pares, como bien se indagará en el capítulo 3. Retomando el concepto de *modelo androcéntrico de sexualidad*, Osborne (2009) señala que a esa centralidad que este esquema de ideas concede al coito y al placer masculino, se le agrega la no aceptación y la carencia de respeto al deseo sexual femenino, que adquiere un tinte negativo (p. 70-71). A su vez, la autora señala que el único placer femenino aceptable es propiciado y guiado por el varón, imposibilitando una autonomía sexual femenina. Este concepto es importante a la hora de analizar determinadas representaciones de las mismas jóvenes en torno a su sexualidad, como lo es el ejemplo que dio Sofía sobre su amiga “usada” por un varón con quien salió.

Si bien los parámetros esperados de conducta sexual de las mujeres se alejan de los modelos de mujeres “virtuosas” (Giddens 2012), en el imaginario adolescente persiste la idea de las mujeres como sujetas pasivas y sumisas en la sexualidad. Cabe resaltar que, como bien analizó Anthony Giddens, el cambio social en torno a la idea tradicional de mujer fue producto de un proceso de transformación de la sexualidad femenina a partir de la aparición de la *sexualidad plástica* (Giddens 2012, 12). Pero entre este grupo de adolescentes, la sexualidad plástica se da de forma matizada, como demostraré en el próximo capítulo. Por lo general, son los varones quienes tienen el saber y la experiencia de la práctica. Y a diferencia de lo que sucede con ellos, la divulgación de toda actividad sexual de una joven puede desembocar en su difamación. Esto último fue señalado por el movimiento feminista de la segunda ola hace décadas, denunciando que la liberación sexual no incluía de la misma manera a hombres y mujeres (Millett 2010), pero aún persisten las desigualdades en torno a las sexualidades no hegemónicas¹⁸.

La sexualidad en la sociabilidad adolescente ●

Esta perspectiva hetero-cis-normativa y androcéntrica de la sexualidad permea, como pude registrar a lo largo del trabajo de campo, en la sociabilidad entre pares adolescentes. Uno de los aspectos que me llamó la atención de los datos recabados en el campo es el hecho de que, en la iniciación del juego sexual-erótico, existe un temor de las chicas al rechazo cara a cara luego de tomar la iniciativa con alguien con quien desean tener una relación sexual y/o afectiva. Esta actitud se diferencia respecto de la masculina ya que los varones salen “ilesos” si su seducción fracasa *in situ*.

Rocío, por ejemplo, solía ser muy extrovertida durante los talleres que dictábamos, era quien más solía intervenir para hablar y quien más desafiante se mostraba hacia las adultas que presenciábamos el espacio, sin embargo, esa actitud cambiaba en entornos con otros grupos por ejemplo en los almuerzos¹⁹. Allí, como bien sucede en otras instancias sociales de los jóvenes,

¹⁸ En términos locales, las recientes coberturas mediáticas en torno al femicidio de adolescentes del conurbano, como Melina Romero o Araceli Fulle, con un sesgo de clase social respecto a otros femicidios de chicas de clase media, se culpabilizó a las víctimas dado a su vida sexual. Me refiero a una actividad sexual más acercada a la sexualidad plástica, que desde estas perspectivas fue peyorativamente señalada. Esto permea en la población en general, y la adolescente en particular, y alimenta los imaginarios sociales regionales.

¹⁹ Nota de campo: si bien, como tallerista, no tenía la obligación de presenciarlos, me resultaba de suma importancia etnográfica hacerlo. Durante estas instancias escolares, todos los cursos bajaban en tandas, completando una fila que culminaba en la mesa donde los y las cocineras servían los platos, y cada cual iba

la sociabilidad se basaba en chistes que solían tener connotación sexual. De hecho, los chicos y las chicas no se saludaban hasta que alguien realizaba una broma de este tipo, o ni siquiera se miraban al hablar hasta que aparecía el chiste. Volviendo a Rocío, ella solía estar mucho más serena y callada en esos momentos, y acotaba por lo bajo. Cuando algún chico la escuchaba, la insultaba con un chiste. Recuerdo que una de sus reacciones más aventuradas era revolear los ojos mientras comía, e instantáneamente miraba para abajo, sin comentario alguno (r.d.c. 30.6.16). Estos hechos despertaron un interrogante sobre la posibilidad de que el silenciamiento constante de las jóvenes por parte de sus compañeros varones- del cual hablaban los docentes al describir la cotidianeidad con la que se encuentran las chicas-, entren en vinculación con la sexualidad y el hecho de que mostrar una actitud activa al respecto implique alejarse de la norma.

Siguiendo esta línea, estas escenas fueron esclarecedoras para algunos testimonios recabados en las entrevistas, que se referían a los modos de acercarse a aquellas personas que les atraía sexo-afectivamente. Rocío indicó que los varones son “más caraduras” para hacerlo cara a cara, argumentando que los chicos podrían tomar iniciativa de manera presencial con la persona que desean. En cambio, una chica, sostuvo, corre un riesgo de padecer una situación “horrible” si ella toma la iniciativa *vis a vis* y el chico la rechaza (entrevista a Rocío, 9.1.17, 15 años, 4to año). La desigualdad que se les presenta a las jóvenes en esta instancia guarda relación con lo señalado por Kate Millett (2010) sobre el lugar pasivo que ocupa la mujer en torno a la sexualidad. La autora trabaja el concepto de “dominación sexual”, considerándolo como uno de los aspectos más naturalizados en nuestra sociedad. Millett fue una de las pioneras en sostener, durante los años ‘70, que el sexo opera como una categoría política, detectando cómo lo femenino se encuentra sometido en el acto sexual por lo masculino. Siguiendo a la autora, el hecho de que las jóvenes se muestren activas sexualmente- como sucedería si ellas comenzaran el juego de seducción- las aleja del marco normativo de “lo femenino”, y las opone al ideal de mujer.

A su vez Anne Moore (2006) apunta que los idearios culturales de desigualdad de género entran en acción a la hora de tener relaciones sexuales. Como bien analiza a partir de su investigación, el comportamiento de la mujer en la práctica heterosexual debe siempre ser pasiva y mostrarse resistente en el juego de seducción más allá de desear al sujeto en cuestión.

sentándose en una de las mesas rectangulares que se colocaban en el patio principal. Allí había unas seis mesas largas, donde se sentaban unas 100 personas. Constaba de un momento de encuentro entre cursos, estudiantes que a su vez son vecinos/primos/hermanos, docentes, autoridades, coordinadores, personal no docente, e incluso familiares a quienes se les ofrecía un plato antes de retirar al adolescente.

En términos de normativa social, esto ubica a las jóvenes en un lugar comprometido en los juegos de seducción, que como bien señala Rocío, pondría en aprietos a la adolescente que se muestre “caradura” a la hora de comenzar un juego sexo-erótico con el chico que desea. Mostrarse activa en el juego de seducción pone en evidencia, entonces, que la joven se encuentra violando esa normativa social.

Aquí, las reflexiones de Carole Vance son claves para adentrarme con los debidos recaudos conceptuales en la cuestión de los riesgos que implica la sexualidad femenina. La teoría feminista la ha analizado desde múltiples perspectivas, muchas veces encontradas. Las disputas pugnaban entre atender el peligro y la denuncia en torno a las adversidades que atravesaban y atraviesan las mujeres, versus poner el foco en fortalecer el placer sexual femenino. Para la autora estas miradas no deben necesariamente ubicarse en polos opuestos, sino que sería provechoso tratarlas como parte de luchas complementarias. Según Vance, las desigualdades de género en torno a la sexualidad no se dan sólo en la violencia que reciben las mujeres, sino también en un “internalized control of women's impulses”²⁰ que afectan los deseos sexuales de las mujeres (Vance 1984; 4). De esta forma, concluye que tanto el peligro como el placer se encuentran en constante tensión en la vida de la mujer y que no son aspectos fijos. En distintos momentos de su vida, una mujer puede estar con una u otra mirada en torno a la sexualidad, dependiendo del momento que esté viviendo.

Dicha tensión se encuentra presente en la sociabilidad de las jóvenes frente a los varones. Los próximos registros de campo, recabado en una ocasión en la que acompañé a Sofía hasta su casa luego de la escuela, refleja este aspecto. Me tomaré el atrevimiento de desarrollarlo en gran parte de su extensión porque creo que abona en buena medida a la reflexión en torno a cómo la sexualidad se encuentra en el seno de la sociabilidad adolescente, pero de forma diferenciada entre varones y mujeres.

Situación etnográfica 1: Ese día fui a almorzar y le pregunté a varias chicas si podía acompañarlas a su casa para entrevistar a alguna madre. Sofía accedió y partimos de la escuela con un grupo de cuatro compañeras amigas suyas y un compañero de otro curso, Ian. En la esquina se encontraba un grupo de chicos del curso de aceleración²¹ entre los cuales estaba el joven que le gustaba a Sofía. Al pasar por al lado de ellos, el grupo comenzó a caminar atrás

²⁰ En español: “un control internalizado de los impulsos de las mujeres” (mi traducción).

²¹ Este curso se trata de un espacio pedagógico de nivelación para jóvenes que han tenido dificultades en la integración de instituciones escolares por diversas problemáticas sociales que atraviesan: jamás han ido a la escuela, han salido recientemente de un Instituto de menores a raíz de un delito cometido, o han desertado la escuela y luego de unos años desean retomar, entre otros motivos.

del nuestro, encarando el camino hacia la estación de tren. Las chicas con las que yo estaba empezaron a reír y a susurrar cosas entre ellas. Ian quería saber de quién estaban hablando, les preguntó a quién se referían y como no obtuvo respuesta empezó a bromear en voz alta con que uno de esos chicos era el novio de Martina. Ian gritó fuerte para que los chicos lo escucharan y las chicas empezaron a reír diciendo “¡no, de Martina no!”. Noté que Sofía se puso nerviosa y me dijo que se quería separar del resto de los chicos porque no tenía ganas de caminar con ellos. Cuando nuestro grupo cruzó la calle, ella me indicó que no crucemos, y fuimos caminando hacia la estación en la vereda paralela a aquella por la cual transitaba el resto.

Situación etnográfica 2: Cuando llegamos a la estación, nos encontramos con un estudiante de la escuela, Pancho, de un curso mayor al de Sofía que estaba esperando el tren con su bicicleta. Mientras esperábamos el tren, hablaba con nosotras y llegaron otras dos estudiantes de la escuela. Una de ellas era Majo, una compañera del 3ro B, a quien las chicas solían tildar de “atorranta” y quien había tenido una pelea con Alma por haber salido con su primo a la vez que salía con otro chico. Junto con Majo estaba Emilia, una chica que había ingresado recientemente. Ni bien llegaron, Pancho empezó a decirle a Majo: “*Qué linda que sos, sos muy linda Majo*”. Se lo decía una vez, luego seguía hablando con nosotras, y repitió este accionar unas tres veces. Majo no lo miraba, pero mientras se reía. Pancho tampoco la miraba a Majo cuando lo decía, pero noté que miraba de reojo a Emilia. Presentí que su fin constaba en llamarle la atención a Emilia, y no a Majo. La tercera vez que lo hizo, Majo lo miró, y le respondió como si lo mirara desde arriba, como intimidándolo: “*vos también sos tan lindo, lindo*”. Pancho le contestó rápidamente: “*pero si yo soy re feo*” y nuevamente retomó la charla con nosotras. Al rato se vuelve a dirigir a las chicas, pero esta vez puntualmente a Emilia: “*vos sos re fea Emi*”. Emilia se ríe sin mirarlo, y Majo le indica: “*vos respondele que él también es un feo. Eso le tenés que decir*”. En ningún momento se estaban mirando. Luego se vuelve hacia nosotras para seguir hablando. Al rato le vuelve a decir a Emilia que es linda y Emilia le responde que él es “*un feo*”, y ambos sonríen.

Aquí, pude observar la forma en la que una joven como Emilia es iniciada por su amiga, desviando ese encuentro “cara a cara”, que como bien señalé anteriormente expondría a la joven. Y, a su vez, se puede apreciar la manera en la que Sofía evita confrontar una situación donde quede evidenciado su interés por el joven, en presencia de sus amigos varones, dato empírico ejemplificador para el interrogante que despertó mi tarea etnográfica en torno a la exposición de la experiencia y deseos sexuales de las jóvenes. Este aspecto, según pude recopilar a lo largo de la tesina, se encuentra imbricado con otro que aparece aquí de forma

tangencial y sutil en las recomendaciones de Majo a Emilia, y tiene que ver, como bien desarrollaré en el próximo capítulo, con la importancia que dan las jóvenes a la espera y cómo van gestionándola para ir adquiriendo cierta agencia en estos marcos que las subsumen.

En ese sentido, considero importante resaltar que, como se puede observar, existe un orden normativo hetero-cis- patriarcal que permea en las prácticas y que expone a las adolescentes a este tipo de situaciones donde se las violenta. El cese de estos actos comprendería una transformación social mucho más extensa y profunda que abarca a los distintos actores sociales implicados, análisis que excede el alcance de esta tesina. De todas formas, el caso de Majo y Emilia operó como puntapié analítico para adentrarme en la pregunta por los dispositivos que emplean ellas para posicionarse socialmente como actoras sociales intentando sostener el respeto de sus pares ante esa norma social.

A lo largo del trabajo de campo fui observando a partir de la escucha atenta que las adolescentes despliegan gestos y prácticas sexuales que se salen de las acciones esperadas en el marco hetero-cis patriarcal. Sin embargo, identifiqué de forma recurrente que estas acciones mostraban puntos de fuga, en términos de Foucault (2005). Por lo tanto, me interesó indagar con profundidad este aspecto, desarrollando en el próximo capítulo lo que considero uno de los aspectos más importantes de la tesina.

Capítulo 2: Cazadoras furtivas en la práctica sexual, en los juegos de seducción y ante el escrache entre pares

“Tampoco me sentí que, no sé, como...puta, o algo de eso. Porque nadie lo sabía. Tampoco él le contó a nadie. Bah, que yo sepa... y no, fue como algo que quedó entre nosotros dos nomas”
(entrevista a Florencia, 11.2.17).

Tanto en la escuela como en otros espacios de sociabilidad de las y los adolescentes, las formas en las que se relacionan sexo-afectivamente se basan en las jerarquías sexuales del sistema sexo-género (Rubin 1984) analizadas en el capítulo anterior. Como bien esboqué, las representaciones sociales en torno a la sexualidad son hetero-cis-normativas y patriarcales, es decir, que en la sociabilidad adolescente, el juego erótico y la práctica sexual, permea la idea de lo femenino como sometido a lo masculino (Lonzi 1981, Millett 2010). En este capítulo, analizo cómo estas valoraciones están presentes y se ponen en juego entre sus pares, y evidencio las tácticas que emplean las jóvenes para obtener un marco de acción y selectividad en ese contexto. Lo que pude detectar desde el trabajo de campo es que las adolescentes, inmersas en un contexto normativo que las sitúa socio-históricamente como sexualmente “subordinadas” respecto al género masculino, tienen una agencia social (Mahmood 2008) con la que se mueven en los intersticios hetero-cis-normativos. Es pertinente aclarar que al hacer referencia a la agencia social, retomo la perspectiva teórica de Saba Mahmood (2008) quien señala, criticando a las teóricas feministas occidentales, que la acción social de las mujeres no se encuentra únicamente en los mecanismos de resistencia al orden patriarcal²².

Así, en esas prácticas que realizan en la experiencia sexual, entiendo que las adolescentes actúan como *cazadoras furtivas*. Este concepto que utilizaré a lo largo del capítulo lo tomo de la teorización de De Certeau quien realiza en su análisis una relectura sobre el concepto de “puntos de fuga” que Foucault (2005) demarcó como a aquellos intersticios donde el poder no llega. El autor sostiene que es en esos “detalles de lo cotidiano” (De Certeau 1996) donde las y

²² Mahmood estudió a un grupo de mujeres islámicas, que, quienes combatieron el advenimiento del liberalismo en Egipto desde la cotidianidad y organización de las mezquitas, provocando transformaciones sociales profundas. Destaca que, en el islam, conocido por su dominio masculino, las mujeres obtienen agencia social sin por ello derrocar los órdenes establecidos, y reproduciendo a la vez su propia dominación. De esta forma la agencia social no implica resistencia ni actos revolucionarios de emancipación, pero sí cierto ejercicio del poder de las mujeres: “la capacidad de agencia social está implicada no sólo en aquellos actos que producen cambio (progresista) sino también en aquellos cuyo objetivo es la continuidad, la estasis y la estabilidad” (p. 184).

los actores sociales accionan cual “cazadores furtivos” de manera tal que, oportunistamente, cobran cierta agencia en una estructura donde no ocupan lugares privilegiados:

“(...)la práctica cotidiana es relativa a las relaciones de fuerza que estructuran el campo social como el campo del conocimiento. Apropiarse informaciones, ponerlas en serie, editarlas a su gusto, es cobrar poder sobre un conocimiento y dar vuelta, de esa forma, a la fuerza de imposición de lo ya hecho y ya organizado” (p. 263)

El autor llamó “tácticas” a esas acciones que ejercen quienes no poseen el poder de conformar la estructura, y sostuvo que éstas no transforman radicalmente las relaciones de poder, pero sí que las erosionan a su gusto y preferencia: “(la táctica) Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos ‘ocasiones’ (...) tiene como forma no un discurso, sino la decisión misma, acto y manera de ‘aprovechar’ la ocasión.” (De Certeau 1996; p. L).

En este capítulo desarrollo las distintas tácticas empleadas por las jóvenes al conllevar la práctica sexual y los juegos de seducción en un marco normativo heterosexual y patriarcal de la sexualidad, y ante el riesgo inminente del escrache.

Cazadoras furtivas en la práctica sexual •

Como bien detallé en el primer capítulo, las adolescentes entablan sus prácticas sexuales en un marco hetero-cis-normativo, sobre el cual, ante una “desviación” de la norma, aparecen rechazos, exclusiones y correctivos. Sin embargo, las y los jóvenes llevan a cabo prácticas placenteras que se comprenden por fuera de la heteronorma, y que se solapan con aquellas representaciones que responden a la sexualidad hetero-cis-normativa.

Si bien, como he demostrado, las jóvenes jerarquizan sexualmente a las mujeres heterosexuales por sobre aquellas que tienen sexo con otras mujeres, algunas de ellas mantienen prácticas lésbicas. Aquí retomaré el caso descripto anteriormente sobre la hermana menor de Rocío. Puntualmente me interesa recopilar la manera en que la hermana menor le responde a Rocío cuando conversaron sobre el romance que mantenía con una vecina:

“Y ella lloraba y decía ‘no, yo, a mí me gusta ella. Me gusta ella, no quiero a nadie que no sea ella’ (...) Y hasta yo le hablé, y le dije una banda de cosas: ‘vos sos chica todavía’, no sé qué... Ella como que estaba re encaprichada, y eso: ‘a mí me gusta ella, sólo ella’. Y yo le decía, ‘¿pero te gustan las chicas? ¿o es ella?’, me dijo ‘es ella’ dijo, ‘sólo ella’. Y... corte, era como muy, que te diga, así... después con el tiempo como que se le pasó un poco. Pero igual yo me

enteré que se ha dado besos con otras chicas. Pero le gustan los chicos también. Se ha dado besos con otros chicos.” (Entrevista a Rocío, 11.6.17, 15 años, 4to año)

Aquí la hermana de Rocío mantiene prácticas sexuales con otras chicas, sin por ello identificarse socialmente con la identidad lesbiana o bisexual. Es importante traer nuevamente el despliegue de problemas que le implicó exponer su práctica sexual, donde además de la discusión con su hermana y la negación de su familia ante su deseo sexual, se ejerció una batería de acciones para “corregir” su accionar, sin considerar sus deseos.

Otra práctica sexual concretada entre dos mujeres que merece ser detallada fue relatada por Sonia, la integrante más grande del taller, de 17 años y que en mi período de observación participante cursó 4° y 5° año. Si bien era una de las integrantes de mayor edad del taller, el trato de sus compañeras y plantel adulto de la escuela hacia ella solía infantilizarla. Es la más grande de su familia -algunas de sus hermanas asisten a las escuela-, y alude tener algunas complicaciones físicas y mentales a raíz de que su madre era golpeada por su padre en el período de su gestación (r.d.c. 22.6.17). Ella suele ser agresiva en el trato con sus compañeras y compañeros, grupo en el cual no se encuentra muy integrada y donde suelen discriminarla en base a su personalidad. Para insultar a alguien utiliza términos como “puto de mierda”, y siempre mostró desprecio y desagrado ante las personas que desafían el régimen heterosexual hegemónico. Ella había terminado una relación de noviazgo con Joaquín, con quien tenía un trato agresivo-amistoso, jugaban a los golpes, haciéndose bromas e insultándose. Al finalizar uno de los talleres, nos interceptó- a mí y a dos estudiantes universitarias que estaban colaborando con actividades del taller- en la puerta de entrada de la Escuela. Ese mismo día también comentó que había vuelto a hablar con su ex pareja, y sentí que buscaba hablar sobre ello, pero le urgía hablarnos de otro tema. Con una voz más baja que su tono normal, nos relató una situación donde accedió a darle un beso a una ex compañera. La charla con la adolescente se dio en un contexto donde la mayoría de sus compañeras de taller se habían retirado. Nos explicó que en un principio no le gustó el beso con su ex compañera, pero después de mantener el acto por un rato “*no me pareció tan mal*” y le terminó agradando (r.d.c. 15.6.17).

A su vez, durante la entrevista que realicé mientras compartíamos mate, un domingo cuando la familia se encontraba de paseo, Florencia contó un caso similar al de Sonia en cuanto a prácticas sexuales que son contradictorias respecto a las representaciones que tienen las y los adolescentes sobre la sexualidad hetero-cis-normativa. Según relató la joven, una amiga del barrio se encontraba en pareja con un chico, quien, si bien no se auto-identificaba como

homosexual, buscaba mantener prácticas sexuales anales con una adolescente trans de su barrio. Ella lo puso en las siguientes palabras:

“F: El novio de una amiga, ¿viste? él no... no es puto. Vos lo ves y es normal, es un chico normal. Pero a él le gusta que le colen los dedos por el... por el... ¿culo? ¿viste?, le gusta que le den por ahí. Y él a veces paga, a putos, así como el que vimos recién, ¿viste? ¿a Benja? (se refiere Juana, la vecina trans que vive a la vuelta de su casa). Le paga a gente así para que, para que... porque dice que le re gusta. Pero él tiene novia, porque él está de novio con la piba esta, con mi amiga.

Yo: ¿y tu amiga sabe?

F: Si sabe. Ella dice que lo quiere ayudar, todo, pero...

Yo: ¿Pero ella cuando está con él está todo bien? ¿la pasa bien? ¿o no?...

F: Sí, sí. Pienso que sí. Porque ella sabe, sabe que...

Yo: Porque viste que puede ser que sea bisexual o que sea homosexual... o simplemente le gust-

R: Es que se ve que no le gustan los hombres, solo le gusta que le den por ahí.

F: Eso. Es como que vos nunca lo vas a ver a los besos con un pi- o te va a demostrar que le gustan los pibes... no. A él le gusta que le den por ahí.

Yo: Nunca le gustó ningún chico...

F: No. Aparte no es- no está con pibes. Suponete, vos lo ves a él y es normal, un chico normal.

R: Está con chicas, tiene su novia, pero le gusta...

F: Pero le gusta, o sea, no sé. La Juani está así, con pelo largo, se viste como mujer, todo. Pero tiene... tiene pito. Bueno, él les paga a chicas, pibas así, que tienen pelo largo, todo. Pero, para que... le den por ahí.” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año)

Nuevamente sucede que, si bien las prácticas sexuales pueden ser consideradas como prácticas sexuales no normativas, la heterosexualidad de la persona que las realiza puede permanecer intacta en el ámbito social. Florencia inscribe al novio de su amiga en la heterosexualidad a pesar de sus prácticas. Gozar de estas prácticas, asignadas a sexualidades diversas a la hegemónica, no es interpretado por las jóvenes como un corrimiento de los parámetros sociales “normales” de la sexualidad. Aquí, la práctica sexual no define la identidad sexual de la persona; para las adolescentes él sigue siendo heterosexual.

La conversación con Florencia me recordó a un comentario que realizó en una ocasión Adriana, coordinadora de uno de los cursos, en torno a su sospecha de que algunos estudiantes de la escuela no eran heterosexuales. Ella, si bien tenía algunas resistencias respecto a algunos

temas tratados en el taller vinculados al placer, acompañó los primeros encuentros con recomendaciones y observaciones. Al finalizar el primero, se acercó y hablando sobre la sexualidad de los jóvenes sostuvo que algunos chicos de la escuela “por ahí están dudando, pero igual soy machito para el resto” (r.d.c. 9.6.16).

Volviendo a la práctica sexual en sí descrita por Florencia, Carlos Fígari (2008) utiliza el término de *heteroflexible* para referirse a heterosexuales (en su caso de estudio, hombres) que “alteran, de algún modo, el canon de las metáforas genéricas de diferenciación y caracterización erótica dentro de la matriz heterosexual hegemónica” (p. 97). Esto tiene correlación con la connotación siempre negativa que tiene la sexualidad alejada de la heteronorma, entre los adolescentes del grupo. Aquí las prácticas sexuales adquieren, entre la población adolescente, un formato donde a pesar de que quienes las realizan no se consideren homosexuales, lesbianas o bisexuales, las llevan a cabo desafiando los márgenes de la hetero-cis-normatividad, y solapándolas con las representaciones sociales en torno a las jerarquías sexuales. Sonia no se identifica como lesbiana, tiene prácticas que podrían asociarse a esta categoría, pero rechaza ese tipo de vínculos discursivamente. Y aquel momento en el cual lo expresó, se dirigió únicamente a quienes habíamos instalado el tema en el taller, manteniendo los cuidados necesarios para que nadie más de la escuela la escuche.

La antropóloga Olga Viñuales (2006) estudió los movimientos lésbicos en España y los debates en torno a su identidad. Salvando las diferencias existentes entre estos grupos y los colectivos lesbianos regionales, destacó un aspecto de la lesbianidad que puede ser iluminador a este punto. Ella sostiene que el identificarse como lesbiana “tiene que ver más con lo que un individuo *siente* que con lo que realmente es” (p. 53). Esto quiere decir, según argumenta la autora, que el ser lesbiana implica un vínculo entre cuerpo, *autoidentidad* y normas sociales, y el *coming out* comprende la adhesión de quien se comienza a identificar como lesbiana a un colectivo determinado. Otro aspecto importante que destaca Viñuales tiene que ver con las incertidumbres hacia dentro del propio colectivo lesbiano respecto a qué determina que una persona sea o no lesbiana. Describe las dificultades existentes dentro de las mismas organizaciones sociales para delimitarlo y destaca que hay solo un factor común: los sufrimientos compartidos en sus trayectorias. A su vez, destaca algunos interrogantes irresueltos: el hecho de que nada estaba establecido en torno a las prácticas sexuales propias de una relación lésbica, o si efectivamente existe una “sexualidad lesbiana” o qué es lo que establece que existe una relación sexual (Viñuales 2006, p. 107-108).

En torno a estas ambigüedades, podría inferirse que Sonia conlleva prácticas sexuales que pueden inscribirse en la lesbianidad, pero no queda atada a ella ya que esto implicaría circunscribirse a un colectivo determinado. Ella conlleva la práctica sexual, comprende el riesgo social que ello implica, pero no se auto-identifica como lesbiana. Esto no significa que no lo vaya a realizar en un futuro, y que se encuentre en un momento previo al *coming out*, que implica una carga de emotividad importante y una ruptura de reglas que traería consecuencias en los distintos ámbitos y relaciones sociales de su vida. Pero no fue algo que se observó en el trabajo de campo que he realizado. Lo que quiero destacar aquí es que las y los jóvenes experimentan actividades sexuales por fuera de la hetero-cis-norma, sin por ello correrse, en un sentido táctico, cual *cazadoras furtivas*, del rol socio-normativo privilegiado que brinda la heterosexualidad.

De esta forma, los registros recabados muestran que, si bien en las representaciones las adolescentes presentan una muy marcada hetero-cis-norma, encuentran los intersticios del dispositivo y ejercen prácticas sexuales que no lo corroen pero que se desdican de esa normativa.

A su vez, otras tácticas que emplean las jóvenes tienen que ver con las representaciones sociales en torno al deseo falocéntrico descrito en el capítulo anterior. Estos aspectos, que delinean un deseo patriarcal entre las adolescentes, que las subsume a una posición desfavorecida, las privan del conocimiento sobre el placer, y, así, de cierto poder (siguiendo una línea foucaultiana), no impiden que las chicas adquieran cierta agencia social en sus prácticas.

La antropóloga feminista Carole Vance (1984), identificó a principios de los '80 que determinados sectores del movimiento feminista que denunciaban las situaciones de riesgo y violencia por la cual atravesaban las mujeres en torno a su sexualidad, tenían un sesgo puritano y esquivaban una tarea muy necesaria: explorar el placer sexual femenino. De esta forma, criticando algunos posicionamientos como el movimiento anti-pornográfico, sostenía que tanto el peligro como el placer se encuentran en constante tensión en la vida de la mujer y que no son aspectos fijos, ya que en distintos momentos de su vida una mujer puede estar con una u otra mirada en torno a la sexualidad. Así como el enfoque en el placer no contempla a veces las pautas patriarcales en las que la mujer lo busca, el “better safe than sorry” ha llevado, según Vance (1984), a que las mujeres consideren/experimenten sus propios impulsos sexuales como peligrosos, dejándolos en el plano de lo oculto, y recortando las posibilidades de que las mujeres

se vuelvan actrices sexuales (p. 1). De esta forma, la sexualidad femenina se encuentra constantemente en tensión y es importante detallar las instancias donde las adolescentes adquieren cierta agencia social en torno a su sexualidad, sin dejar de lado los marcos heteropatriarcales en los cuales lo hacen.

En ese sentido me parece importante retomar aquella circunstancia donde, durante la entrevista con Florencia y Rocío, intenté explicarles lo que era el clítoris luego de que me indicaran que desconocían a qué me refería con el término. Con ese propósito, dibujé en una hoja una vulva ubicando la vagina, la uretra y el clítoris, pero sentí que aún no comprendían de lo que les estaba hablando/ilustrando. Decidí, entonces, utilizar un ejemplo más relacionado a la experiencia y Rocío dio una contestación interesante para analizar este aspecto:

B: ¿vieron que, por ejemplo, a veces, cuando el cuerpo está más pegado a la de la otra persona, gusta mucho más que si estoy separada? Como que nosotras tenemos un... Esto que tenemos acá (señalo el clítoris dibujado), donde empiezan los labios, este es el clítoris-
R: -(me interrumpe la explicación)¿sabés que a mí me pasa lo mismo?

B: ¿qué cosa?

R: eso, lo que vos me decías... cuando estamos más pegados. Que yo lo disfruto más así.
F: yo también...” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año)

Es decir, que si bien las chicas desconocían conceptualmente una zona erógena tan importante para la sexualidad y el goce femenino como lo es el clítoris, lo percibían corporalmente en la práctica sexual misma.

Otro aspecto de la experiencia sexual de las jóvenes que registré en el trabajo de campo, y que se solapa llamativamente a la representación falocéntrica del placer es el hecho de que resalten otras partes del cuerpo (que no son ni el pene ni la vagina) como protagónicas de determinadas prácticas que describen como placenteras. Por ejemplo, Rocío sostuvo que practicarle sexo oral a su pareja puede ser gozoso para quien lo ejerce (entrevista a Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año). Aquí aparece la boca como otro foco de placer, algo que se reitera en escenas ya citadas como el caso de Sonia, quien manifestó el goce que le generó el beso con su ex compañera, o en el ejemplo que dio Joaquín al referirse al beso de dos mujeres como una práctica que le generaba placer. El ano, o trasero, es otro foco erógeno que remarcan las jóvenes. Esto se puede observar en el caso que describió Florencia sobre el novio de una amiga que mantiene prácticas *heteroflexibles* (Fígari 2008), donde reconocen el ano como foco posible de placer. Pero también en otras experiencias de campo, como bien pude registrar en

una ocasión donde trasladé a un grupo de adolescentes mujeres de la escuela hasta el campus de la universidad, y las chicas empezaron a gritarle a una pareja heterosexual de adolescentes. En un principio tanto Natalia, como Clara y Martina, le gritaban frases al chico como “ay, ¡mi amor!” o “¡dejá a la cornuda esa!”, y luego, entre todas, empezaron a conversar en voz alta en torno al trasero del joven, indicando que les gustaba mucho (r.d.c. 6.7.2017).

A partir de un punto de vista reflexivo, desde la pregunta sobre el clítoris que ellas conocen únicamente de forma cognitiva, despertó un interrogante sobre la sexualidad de las adolescentes: ¿es posible que el cuerpo sexual femenino esté despojado del placer en las representaciones sociales –enfocadas en el placer del cuerpo masculino-, y que a su vez las adolescentes encuentren formas sutiles de obtenerlo? Este interrogante funcionó como un disparador y me llevó a situar nuevamente a las adolescentes como actrices desde una perspectiva teórica DeCerteauiana. Siguiendo las reflexiones de este autor, pienso que es posible encontrarme con las prácticas señaladas, donde las jóvenes emplean tácticas para obtener placer que no proviene del discurso hegemónico del goce sexual.

Una primera respuesta se puede encontrar en la teorización de Preciado (2011) sobre la configuración normativa del deseo sexual. Las prácticas, géneros, sexos y partes del cuerpo, que no se ajustan a estos procesos de poder en torno a la sexualidad, y que deconstruyen el sistema sexo/género impuesto, son definidas por Preciado como *contrasexuales*. Considero importante retomar esta reflexión teórica ya que las jóvenes han dado cuenta que tanto ellas, como otras adolescentes que conocen, ejercen prácticas ligadas al placer que se alejan de ese discurso hegemónico del goce.

De todas formas, encontrar entre las chicas “mujeres clitoricas”, en términos del planteo de Lonzi (1981), me resulta una tarea conceptualmente compleja de llevar a cabo. Es cierto que, por un lado, pude observar un desconocimiento y manifestación de repulsión en torno al clítoris y las prácticas sexuales que lo estimulan. Pero, por otro lado, he detectado que las adolescentes poseen ciertas formas experienciales de conocimiento del placer que se contraponen, en la práctica, a ese supuesto desconocimiento. Esto no significa que en ese accionar sexual las jóvenes se alejen de la norma y la rompan. Pero evidentemente las adolescentes, al encontrarse con el cuerpo masculino no lo hacen únicamente para la penetración, sino que exploran otras prácticas sexuales.

Como se puede observar en algunos registros detallados, existen prácticas que se dan en la experiencia sexual de las jóvenes sin la necesidad de obtener un conocimiento teórico sobre

las mismas, como bien sucede con el conocimiento y goce del clítoris, corporalidad que no conocen conceptualmente pero sí la perciben corporalmente en la práctica sexual. Uno de los estudios antropológicos que puede echar luz a estas escenas aparentemente contradictorias es el de Thomas Csordas (2011) quien, desde la teoría fenomenológica, se posiciona entre la idea de percepción de Merleau Ponty y la teoría de la práctica de Pierre Bourdieu. Analizando su etnografía comparada de los rituales de sanación entre los católicos carismáticos y los médiums espiritistas puertorriqueños, llega a la conclusión de que las sensaciones corporales no son sensaciones sobre objetos (el cuerpo) aislados, sino que tienen que ver con “prestar atención a la situación del cuerpo en el mundo” (p. 87). Es decir, que no se trata de subjetividades construidas de forma limitada dentro de las fronteras corporales de cada individuo/a, sino que somos subjetividades compartidas con otros. Csordas las describe como *modos somáticos de atención*, que se construyen a partir de una matriz cultural donde “los modos en que prestamos atención a y con nuestros cuerpos, e incluso la posibilidad de prestar atención, no son ni arbitrarios ni biológicamente determinados, sino que están culturalmente constituidos” (p. 88). Es interesante pensar el caso de Rocío y Florencia, comprendiendo la percepción del clítoris, no como producto de un conocimiento meramente social, sino como una manera cultural y corporal de prestar la atención. Aquí surge el interrogante sobre si se trata de un *modo somático de atención* situado en una matriz patriarcal frente al cual las jóvenes buscan encontrar réditos propios y obteniendo, al aprovechar corporalmente ciertas instancias efímeras, cierta agencia social.

A su vez, es preciso tener una perspectiva teórica del cuerpo no sólo como un objeto con signos, sino como un cuerpo que tiene protagonismo por sí mismo en la conformación social. Es por eso que creo pertinente retomar a Michael Jackson (2011), quien, a partir de un trabajo reflexivo sobre su práctica antropológica concluye que el cuerpo no es inerte, pasivo, estático en los procesos de conocimiento y significación. Sostiene que la triangulación ideas-experiencias-prácticas del cuerpo puede romperse y que “patrones alterados del uso del cuerpo pueden inducir a nuevas experiencias y provocar nuevas ideas” (p. 72). Aunque esas nuevas experiencias y nuevas ideas, reflexiona Jackson, no pueden salirse tan fácilmente de las normas sociales dado que los actores sociales siempre se encuentran sujetos al hábitus en el cual se enmarcan. Jackson resalta que la libertad se vincula a un “darse cuenta” y un “experimentar el propio potencial” en esos marcos. Si bien es cuestionable sostener que el hábitus no es modificable indefinidamente en los procesos históricos (es decir, procesos sociales de

transformación más extensos y profundos), esto da pie a comprender cómo las adolescentes encuentran su libertad, sin por eso cambiar las reglas del juego rotundamente.

Así, las jóvenes manifiestan conocer determinadas prácticas y búsquedas de placer sexual que se solapan con un desconocimiento del cuerpo y sus procesos. Considero que estos factores son parte de la agencia social (Mahmood 2008) que adoptan las jóvenes en sus prácticas.

Por último, me gustaría detallar otro conjunto de registros que muestran que, a partir de determinadas tácticas, las adolescentes hacen lugar en los intersticios del marco patriarcal del placer para obtener agencia social allí. Me refiero, en este caso a datos del campo que evidenciaron la forma en la cual las jóvenes hacen uso de la negativa sobre la práctica sexual y cómo limitan tácticamente el cariño frente a sus parejas erótico-sexo-afectivas.

Retomando el caso relatado por Florencia en el capítulo anterior, donde alega que “lo deja al hombre” liderar el acto sexual, resulta llamativa la manera en la cual, sin dejar de estar en los marcos normativos patriarcales, Florencia toma una posición decisiva: “*lo dejo al hombre*” (entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año). Si bien esto se puede relacionar con el deseo hetero-patriarcal, el ejemplo es útil como punto de partida para ahondar en un aspecto característico del grupo de adolescentes: ellas se posicionan como dueñas de la decisión de habilitar o negar ciertas prácticas. Siguiendo a De Certeau, una forma de *cazadora furtiva* que las adolescentes adoptan en cuanto a su sexualidad, es capitalizando la negativa.

Retomaré otros registros de campo para analizar en torno a esta agencia social que las jóvenes encuentran en el “no”. Por ejemplo, Florencia me indicó en una de las entrevistas que nunca mantendría relaciones sexuales por la cola. Su exnovio le sugirió un día hacerlo, ella le dijo que no, y luego de ese momento jamás volvió a suceder. Cuando les pregunté qué prácticas les gustaban más, en esa misma entrevista, Alma –amiga de Florencia y estudiante de otro curso- respondió: “*Eso sí, saben (las personas con las que está) que culo y teta no*” (entrevista a Alma y Florencia 11.02.17, 15 y 14 años, 3er y 4to año).

En este caso las adolescentes adquieren cierta autonomía en el negarle a su pareja sexual, en este caso varón, la concreción de distintas prácticas. Es decir que en un contexto social donde ellas se encuentran en una posición desigual respecto al hombre en la jerarquía sexual que legitiman y (re)construyen, y donde no pueden plantear aquello que desean o les gusta, las chicas encuentran una veta a partir de la cual suman agencia social.

A su vez, las adolescentes evidencian en sus relatos que se adjudican la capacidad de frenar una práctica sexual, en contraposición al ideario masculino de compulsividad que no les permite tener tal habilidad. Por ejemplo, traeré el caso que Daiana señaló en una entrevista que le realicé, luego de un almuerzo. Mientras caminábamos a la plaza, luego de masajearse los brazos quejándose del dolor le pregunté si se encontraba bien, y respondió que sí, que el problema fue haber estado jugando con los guantes de boxeo de su pareja, golpeándolo hasta que le sangró la boca, y eso le generó dolor en los brazos. Continuamos hasta sentarse en una plaza y me advirtió antes de hacerlo que “*mirá que me puedo sarpar²³ con lo que te cuente*”. Le dije que podría contar lo que ella desee y comenzamos con la charla. En cuanto al uso del freno ante un acto sexual, Daiana señaló que en dos ocasiones fue ella quien cortó con el mismo. Una de ellas se dio a raíz de una infidelidad que cometió luego de una pelea que tuvo con su pareja, que fue fruto, alega, de la ira que le generó. La situación se dio en una ocasión que estaba con una amiga en la calle, cuando un grupo de chicos les gritó desde una moto que se dirigía hacia el interior de su barrio. Al verlos retornar, ella los llamó, el joven le pidió besarla, ella accedió y comenzaron a hacerlo. Daiana indicó que, al no poder dejar de pensar en su novio, ella lo apartó, y si bien el joven quería seguir besándola (Daiana contó exclamando que “no me quería soltar”), ella se puso firme, dejaron de hacerlo y cada cual retornó con sus respectivas amistades.

La otra situación se dio una noche, cuando luego de beber mucho alcohol, terminó “*arracando²⁴*” con el primo de una amiga. Estaban en la casa de su amiga y las circunstancias se desencadenaron de esta manera:

Belén: ¿Pero qué cosas hacían? ¿por qué decís que casi te lo cogés?

Daiana: porque estuvimos en lo de mi mejor amiga, y la mamá de mi mejor amiga no estaba. Estábamos solos en la casa. Entonces...quedé en la cama de mi mejor amiga, porque ella tiene una cama arriba y abajo (bosqueja una cucheta con las manos). Yo dormía con mi mejor amiga y el primo dormía arriba. Yo ese día quería dormir con él. Él decía, bueno, que él tenía miedo, que quería que yo lo abrace. Y bueno...yo quería (se sonroja). Y bueno eso...

B: ¿y en dónde la cortaste?

D: cuando mi mejor amiga dijo que basta, porque iba a llegar la mamá y si nos llegaba a ver

²³ Se refiere a un accionar atrevido y/o excedido.

²⁴ Término utilizado que alega al beso entre dos personas que se desean sexualmente.

acostados juntos iba a pagar ella, así que no. Entonces yo ahí me rescaté²⁵, y, bueno, me acosté.” (entrevista a Daiana, 13.12.16, 15 años, 3ero)

Otro ejemplo de freno lo dio Sofía, quien indicó en un taller que al principio de la relación ella no quería mantener relaciones sexuales con su pareja. Cuando el novio le insistió, le respondió que si tanto lo deseaba podía tener relaciones sexuales con una prostituta. El relato de su experiencia surgió a partir de una conversación que tuvimos al finalizar un cortometraje con el cual se pretendía debatir en torno al consentimiento mutuo a la hora de experimentar prácticas sexuales. La conversación que se desató luego de ver el film, fue impulsada por Rocío y otra compañera de 4to año, Natalia, quienes si bien consideraban importante tener relaciones sexuales sólo si así lo desean ambas personas, el ser abandonadas por el varón luego de rechazarles el coito sexual les generaba una sensación angustiosa. El “*le dije que vaya con una puta, si quiere eso*” de Sofía surgió como una alternativa que se le ocurrió que podría ayudar a sus compañeras en esas circunstancias (r.d.c.13.10.16). El habilitar determinadas prácticas puede exponerlas a ciertos peligros de difamación, como ser tildadas como “cornudas”²⁶, pero las jóvenes encuentran alternativas desde la negativa que les permiten decidir en torno a su sexualidad.

A su vez, cabe resaltar que la capitalización de la “negativa” que las adolescentes parecen conformar tiene, en determinadas circunstancias, un punto de apoyo en el grado de afectividad que entablan con las parejas sexuales. Florencia, por ejemplo, indicó en el marco de una entrevista que dado que no deseaba “encariñarse” con un chico con el cual salía, le puso freno a la relación. El escatimar el cariño hacia su pareja sexual es visto por las jóvenes como un punto de fortaleza. Perder el control y enamorarse supone por lo general un riesgo eminente para las adolescentes. En cierta forma se relaciona al testimonio de Sofía brindado anteriormente, donde la joven señalaba cómo un varón había “utilizado” a su amiga. Al haber afectividad de por medio la joven cede ante el deseo del varón, y aparece el peligro del embarazo, de ser objetivadas, violentadas y/o abandonadas:

“Mi amiga, yo me saqué la virginidad primero que ella. Y ella me decía que también lo quería hacer, porque ya ni la hermana, ni nadie era virgen. Y ella era la única. (Me dijo) que quería

²⁵Es utilizado para situaciones donde alguien se calma ante algún suceso tenso, y/o aguanta las ganas de generar determinada acción.

²⁶ Palabra utilizada para referirse a las personas que se encuentran en una relación monogámica consensuada y son engañadas por sus parejas con otros/as amantes.

hacer qué se yo y perder la virginidad con uno que... bueno, se encariñó, pero el pibe le pagó re mal. Terminó siendo re maldito con ella. Y ahora se arrepiente tanto de haberlo hecho. Aparte no saben, porque la llevan y no piensan en cuidarse ni nada de eso. Y quedan embarazadas al final. Porque no...” (entrevista Florencia 11.2.17, 14 años, 4to año)

Según la interpretación de Florencia, su amiga se precipita para tener relaciones y el error recae en el haberse encariñado con el chico con quien lo realizó, lo que desencadenó una serie de desgracias y no proveyó un *contradon* (Mauss 1979) adecuado.

Por su parte, Clara proyecta su plan de vida, administrando su afectividad en torno a eso. En el marco la entrevista, sostuvo que no deseaba tener una relación afectiva hasta que finalice sus estudios. Lo que no quita, indica Clara, que pueda realizar citas, darse besos o tener sexo con alguien (entrevista a Clara, 6.12.16, 14 años, 3er año). Esto lo relacionó con el miedo al embarazo. Me atrevo a inferir que además de los aspectos que trabajaré en el último capítulo, este factor se agrega entonces el temor al abandono del varón y la importancia que las jóvenes asignan a la espera en una relación sexo-afectiva. Temas que trabajaré más adelante, pero que se vinculan fuertemente con estos temores, principalmente en relación a la espera. Esta aparece, como indagaré más adelante, como otra manera de obtener agencia social, sin corroer los marcos hetero-normativos, ni sacar la masculinidad del centro de la sexualidad. El empleo de tácticas como estas permite a las jóvenes obtener cierta agencia cual *cazadoras furtivas*. Es decir, que en la puesta en práctica de las estrategias del dispositivo hetero-patriarcal que opera en la sexualidad, las jóvenes responden con determinadas tácticas (De Certeau 1996) que las fortalece como agentes sociales.

Retomaré, como otro aporte ejemplificador del campo, los relatos de Florencia y Rocío donde parece preocuparles la forma de suministrar el cariño. Rocío sostenía que ella jamás se sintió presionada para mantener una relación sexual y que nunca fue obligada a realizar prácticas sexuales que no le agradaban. Esto fue señalado por ella en la primera entrevista que le realicé en una plaza cerca de su casa hacía 5 meses, y lo volvió a afirmar en esta ocasión. A su vez, indicó otra situación que atravesó donde, sin sentirse presionada u obligada, sintió desdoblado su consentimiento:

“R: A mí lo que me pasó es como que yo iba, corte: (pensando hacia sus adentros) “no, no quiero, hoy, estar con él”, no se qué... “no, esta vez no voy a tener”... y corte, en el momento, entre esto y esto, pasa. Como que después no te das cuenta. Yo, a veces, me pasaba que (me) decía: no, no lo voy- esta vez no. Y siempre, cuando me acuerdo, ya estamos (y sonrío).

B: ¿Pero tenías ganas en el momento?

R: Sí en el momento sí, pero corte yo cuando después lo pensaba, (me) decía: “ah, no, si yo no quería”. Pero después, corte, en el momento sí (quería)” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año)²⁷

Luego, Florencia refuerza la explicación de Rocío con su experiencia. Ella había señalado, que tenía una relación “informal” con un vecino. Aquí cabe resaltar que no todas las relaciones sexuales que conllevan las jóvenes se dan entre parejas formales. Florencia tuvo su primera relación sexual con un conocido de su barrio con quien no tenía compromiso afectivo alguno (entrevista a Florencia 11.2.17, 15 y 14 años, 3er y 4to año), y luego mantuvo lo que ella denominaba una relación de “*amigos con derecho*” con su vecino. Es decir, que tenía relaciones sexuales con un joven con quien tenía un vínculo que ligaba más a la amistad que a un noviazgo. Para explicar esto, la joven señalaba que “*cada cual hacía la suya*”, y cuando se veían tenían sexo. Indicó que al principio no estaba convencida de ese vínculo, se arrepentía luego de tener sexo, pero luego eso dejó de suceder. Resaltaba que la pasaba bien con él y que mantenían conversaciones sobre su vida como lo hace con el resto de sus amigos. Esto era posible, según ella, dado que no le tenía ningún cariño al chico, más allá de que en los principios de esa relación, esto no estaba claro y ella no perdía sus esperanzas.

“F: Sí, a mí también me pasó una vez. También, lo mismo de ella. Yo no- ¿viste que yo te decía (lo que pasó) con Bruno? que no... no quería, no quería... y cuando yo estaba allá, en la casa, era como que ahí sí me daban ganas. Y después me arrepentía.

B: ¿Y por qué te arrepentías?

F: Y porque yo fui con la intención de no hacerlo, y lo terminaba haciendo.

B: ¿Pero tenías ganas en el momento?

F: Sí en el momento sí, pero corte yo cuando después lo pensaba decía “ah, no, si yo no quería”. Pero después. Corte, en el momento sí.

B: ¿Y qué es lo que te genera malestar que lo hiciste igual?

F: no sé...(se queda en silencio unos segundos)

B: ¿Por qué no lo querías hacer? ¿no tenías ganas?

F: Yo no lo quería hacer porque quería saber si él me quería de verdad. O si quería estar conmigo porque quería o si sólo quería eso. Por eso yo (me) decía: “no lo voy a hacer” y...

B: ¿y si quería sólo eso?

F: Es que quería sólo eso, después me di cuenta.

²⁷ El subrayado es mío.

B: ¿Y qué es lo malo de eso?

R: Que venía con su chamuyo para engancharte y después te dejaba.

F: Pero lo bueno es que yo nunca me enganché con él.” (Entrevista a Florencia y Rocío, 11.6.17, 14 y 15 años, 4to año).

En cuanto a la privación del cariño, se desprende un aspecto interesante de los registros dado que brindan la posibilidad, no sólo de poner a prueba a su pareja sexual (algo que como veremos más adelante se vincula con la espera), sino también porque se diferencia de las relaciones caracterizadas por el *amor romántico* (Giddens 2012), muy presentes en el grupo de jóvenes estudiado cuando se trata de experimentar la práctica sexual. De todas formas hay aspectos del modelo de *amor confluyente* que bien se pudieron detectar a lo largo del campo²⁸. Además del caso descrito sobre la amiga de Florencia a quien no le preocupa sostener la monogamia del vínculo cuando su pareja tiene relaciones sexuales con Juana, la misma Florencia señaló obtener goce con una pareja sexual con quien no tiene vínculo formal, desafiando la “identificación proyectiva” apuntada por Giddens. Es por ello que podríamos hablar de estos dos modelos como representaciones que se encuentran solapadas y en tensión en la práctica.

Yendo a un análisis más marxista, en su etnografía en torno a las relaciones de poder de la población Baruya, Maurice Godelier (2004) sostiene que la legitimidad de las mujeres frente a las relaciones sociales desiguales de su población que las violenta de distintas formas no es “total, ni unánime”, ni tampoco “permanente o constante”. El antropólogo francés argumentó que las oprimidas baruyenses esbozaban distintas prácticas de resistencia en lo cotidiano, a esas relaciones de poder que las subsume socialmente, negando conllevar actos sexuales a sus parejas, o cesando las tareas de cuidado doméstico. Así, en el análisis de las experiencias cotidianas de las jóvenes en torno a sus prácticas sexuales, si bien infiero que en este caso no se trata de acciones que denotan lo que sería una resistencia, esta reflexión lleva a prestar atención a aquellos aspectos de lo cotidiano donde ellas adquieren cierto accionar.

²⁸ Aquí es importante resaltar que existe un imaginario de placer vinculado al ideario de *amor romántico*. Como bien sostiene Giddens, el *amor romántico* depende de la “identificación proyectiva”, que las personas se deseen como pareja y luego se “liguen mutuamente” y se conozcan; importa la persona especial, más que la “relación especial”; piensa a la mujer como una “heroína” que ablanda y modifica al hombre haciendo posible la “afección mutua”; el placer sexual es supuestamente garantizado por la “fuerza erótica” que este tipo de relación produce. A diferencia del *amor romántico* descrito anteriormente, en el caso del *amor confluyente* el foco no está puesto en la persona con quien vincularse sino en la relación en sí; no se requieren sacrificios implícitos, se trata de abrirse el uno al otro pudiendo o no llegar a una identificación proyectiva. El *ars erotica* está en el núcleo de la relación, el placer sexual recíproco deviene en la relación y no al revés.

En aquellas circunstancias donde el placer prima entre las y los jóvenes que protagonizan el acto sexual, el poder de recapacitar y poner un freno, parece recaer en manos de las adolescentes. En el caso de Daiana, la iniciación de la práctica sexual se dio bajo consenso y deseo mutuo, y ese freno fue respetado por quien se encontraba posicionado socialmente por encima en la escala jerárquica de la sexualidad. Aquí surge otro interrogante en torno a cómo las jóvenes se re-apropian de esos significantes cual *cazadoras furtivas*. O, retomando a Sabrina Calandrón, las formas en las cuales las adolescentes ejercen una sobre-agenciación (Calandrón 2014)²⁹. En esa línea, me pregunto si las chicas hacen uso de ese lugar más racional ante el placer, inmersas en la visión sobre la sexualidad femenina, tomando decisiones en torno a la duración, tipo de acto sexual, posición y corporalidades que ponen en juego en sus experiencias sexuales.

A su vez, me parece propicio retomar el trabajo que realizó Kristi Anne Stolen (2004) y su análisis crítico en torno a dos conceptos centrales de los estudios mediterráneos sobre masculinidad: la femineidad enfatizada y la masculinidad hegemónica. Estos hacen referencia a una toma de posición de poder por parte de los hombres en relación a las mujeres, que no se desarrolla a través de la represión sino a través de la aceptación de las mujeres a su subordinación, priorizando los intereses y deseos de los hombres por sobre los suyos. La autora, complejizó el concepto de opresión, sosteniendo que había encontrado en su campo, ciertas resistencias a la norma que no buscan la ruptura de las estructuras de desigualdad de género: las mujeres no se encuentran completamente oprimidas, y tenían cierta “voz influyente”. Se alineó más con la idea gramsciana de hegemonía, basada en el consenso que sostiene las estructuras de poder y no tanto una cuestión represiva que se ejerce desde las mismas, conceptualizando una idea ambigua de la opresión. Existen allí “transcripciones ocultas” (p. 34), es decir, maneras sutiles y poco disruptivas con el orden hegemónico de criticar el poder sin derrocarlo. Es por ello que se puede entender a la masculinidad, no como un aspecto dominante y opresivo, sino como un carácter hegemónico, consensuado por los distintos actores de la comunidad, en cuyos intersticios las jóvenes encuentran la manera de conformar su agencia social sin hacer estallar el marco normativo.

²⁹ Calandrón dio cuenta cómo las policías mujeres aprovechaban las distinciones sociales de género para desplegar estrategias en sus tareas laborales que les permitía ampliar los márgenes de acción que se les concedía, en un ámbito tan masculino como la Policía. Así, retomaban y se reapropiaban de la cosmovisión del uso de la fuerza como cosa de hombres- omitiendo, minimizando o resignificando el ejercicio de la violencia de las mujeres-, para adjudicarse ciertas libertades a la hora de ejercer el uso de la fuerza física (Calandrón 2014: 55).

Siguiendo estas consideraciones en torno a los registros recabados, interpreto que las tácticas empleadas por las jóvenes *cazadoras furtivas*- la práctica sexual *heteroflexible* la búsqueda del goce femenino en la práctica (más allá del desconocimiento teórico sobre el mismo) y el empleo de la negativa y la capacidad de frenar el acto sexual de las adolescentes- les permite despegarse de los estigmas que trae trasgredir las normas, adquiriendo una agencia sexual en los rincones desdibujados que exponen los dispositivos que las subsumen socialmente.

La “espera” como herramienta en los vínculos erótico-sexuales de las adolescentes●

A partir de los siguientes registros analizados, mostraré cómo el empleo de la espera en las vinculaciones sexo-afectivas por parte de las adolescentes tiene que ver con encontrar tácticamente (De Certeau 1996) un lugar desde donde poder ejercer cierto poder.

Los análisis de Pierre Bourdieu (1999) en torno a la espera dieron crédito a los estudios de la misma dado que, como bien señala el autor éstas hablan de un punto de encuentro entre el tiempo y las relaciones de poder. Para Bourdieu quien no espera, y/o hace esperar posee en ese acto un determinado poder (Bourdieu 1999, p. 302). Un estudio reciente realizado en torno a la espera en las relaciones amorosas heterosexuales de clase media, da cuenta de ese poder en determinadas situaciones y escenas de la pareja. Aquí, la/los autores, Martín Boy, Maximiliano Marentes y Mariana Palumbo (2017), dan cuenta de la forma en la cual quien “hace esperar” posee un poder sobre el otro, sin que esto se trate de un poder en términos estáticos. Es decir, que quien hace esperar hoy, puede encontrarse del lado de la espera en otra ocasión futura. Siguiendo esta reflexión, el “hacer esperar”, en el caso de las jóvenes del campo estudiado, aparece como una herramienta de poder que no necesariamente las vuelve dominantes en términos sociales.

Pero antes de adentrarme en este uso que realizan las jóvenes en torno a la espera, indagaré en la figura del varón adolescente como anti-referente. Retomando el ejercicio reflexivo realizado en la introducción en torno a mi posicionamiento en el campo como mujer, hay un aspecto que aún no mencioné y me llamó la atención. A diferencia de las chicas, yo respondía con una actitud contestataria, y esto me llevó a preguntarme por el, o los, motivos por los cuales las jóvenes tenían un tipo de accionar distinto al mío.

Para buscar respuestas a este interrogante decidí alejarme de las perspectivas adultocéntricas, donde todo se relacionaría con mi posicionamiento como adulta. Esto no significa desconocer que el paso del tiempo acarrea una acumulación de experiencia y una conformación subjetiva distinta a la que se posee en un pasado, cuando se es más joven. Pero quedarme con esta respuesta correría del eje la perspectiva antropológica, donde lo que interesa es *exotizar lo familiar* (Da Matta 1999), y comprender las formas de construcción de lazos sociales en su particularidad y contexto socio-histórico. En ese sentido, me interesa indagar en las representaciones y reglas del grupo estudiado, y cómo influyen en las interacciones sociales cotidianas entre pares. Puntualmente, adentrarme en qué es lo que se pone en juego para las jóvenes en estas circunstancias, que no se presenta como peligro para mí. Aquí me refiero, al intentar realizar un ejercicio metodológico reflexivo, a lo que ellas interpretan como peligro, diferenciándose de aquello que, desde mi percepción adulta, que transcurrió la adolescencia en un contexto generacional y social distinto, interpreto como riesgo. Y a su vez, tratar de dilucidar otras formas de contestación que tal vez no se den cara a cara, sino que adoptan otros formatos que les permiten obtener cierto margen de acción.

Entonces, para analizar esas tácticas empleadas por las jóvenes, es pertinente señalar la gravedad que perciben en referencia a exponer su experiencia sexual con sus compañeros y amigos varones. En una jornada del Taller de Género estábamos debatiendo un cortometraje, en el cual muchos/as adolescentes hablaban sobre las presiones que pueden surgir a la hora de tener sexo. Natalia tenía en ese momento 15 años y cursaba tercer año. Era de las personas que menos compartía información sobre su propia experiencia sexual, tanto en los espacios de taller como en los almuerzos, recreos, y otras instancias de esparcimiento que compartí con ella. En uno de los talleres donde se indagó sobre los temores en torno a la práctica sexual, la joven señaló que ella no contaría a nadie que tuvo relaciones sexuales dado que los chicos “se ponen re pesados”. Sostenía que esto se daba porque “*te dicen puta y se piensan que porque te acostaste con alguien te querés acostar con ellos también*” (r.d.c. 13.10.16).

El concepto de cultura de Mary Douglas (1973), incluye la noción de peligro. La autora señala que la cultura es una suma de normas delineadas socialmente que median las experiencias de los individuos, y analiza el modo en el que esas categorías establecidas pueden ser revisadas, pero corriendo ciertos riesgos. En el caso de Natalia, romper con esa norma cultural de la mujer como alguien pasiva, cauta y reservada en torno a su sexualidad, la pone en la situación riesgosa. Al quebrantar lo que Mary Douglas llama “valores públicos” (Douglas 1973), aparecen los peligros que bien detalló Natalia.

Hablar de la propia práctica sexual implica un riesgo muy alto de ser tildada de “puta”. Como bien sostiene Norma Fuller, este tipo de términos asociados a la prostitución son utilizados de forma peyorativa reflejando el carácter regulador social en torno a la actividad sexual libre de las mujeres (Fuller 1995). Este hecho no se trata de un acto aleatorio, sino que implicó una construcción socio-histórica en el tiempo en torno a la prostitución que fue adquiriendo una connotación negativa a partir de la llegada de la corona española al continente. Donde en algunas regiones la prostitución era asociada a la mujer “alegre”, la regulación de la prostitución del virreinato fue empapando la profesión con el estigma de la mujer de “la mala vida” (Lamas, 2017). Es ese mismo estigma el que recae en las jóvenes e influye en su sociabilidad constantemente.

La coordinadora T es la trabajadora social que acompaña el desempeño de las y los estudiantes de uno de los cursos a los que pertenecen algunas integrantes del taller, que en los primeros acercamientos que tuvimos en la escuela solía darnos recomendaciones a quienes organizábamos los talleres. En uno de los primeros encuentros nos explicó, que cuando una chica se acuesta con un chico y la comunidad estudiantil se entera, “pasa a ser una puta para el resto” (r.d.c. 9.6.16). Este calificativo las expone a distintas series de situaciones incómodas y violentas como acosos por parte de sus compañeros, ser silenciada constantemente con un “callate puta”, y “escraches”³⁰, que llegan hasta las familias: el peor ámbito que una adolescente se puede imaginar. A su vez, se trata de un estigma que manifiesta el dominio del ámbito público por parte de los varones que utilizan esos descalificativos para referenciar a sus compañeras y la institución, si bien reconoce el problema, no emplea límites y desconoce las formas adecuadas para hacer frente a ello.

Es importante establecer qué se comprende por la categoría “puta” (y sus variantes que aparecieron en el trabajo de campo: “mema”, “chupabolas”³¹) por parte de las jóvenes. De esta manera indagué sobre las trasgresiones de las reglas, y por ende pude dilucidar las lógicas en las que las jóvenes enmarcan su actividad sexual. Tal como sucede en el estudio realizado por Daniel Jones en torno a un grupo de adolescentes de la ciudad sureña de Trelew, suele catalogarse de “puta” a una chica que: entabla prácticas sexuales con más de un chico en un corto período de tiempo, no ejerce resistencia a la iniciativa sexual de un varón (algo que la signa como “siempre dispuesta”), tiene poca selectividad con sus parejas, y/o mantiene

³⁰ Término utilizado por las jóvenes relacionado, en estos casos, a la divulgación de su vida íntima en las redes, particularmente sobre su experiencia sexual.

³¹ Ambas expresiones están vinculadas al sexo oral.

relaciones sexuales con personas con quien no entabla vínculos afectivos (Jones 2010). Si bien estos cuatro aspectos por los cuales se difama a una joven son cuestionados por las mismas chicas (quienes en su mayoría han “trasgredido” esos límites), presentan bastante similitud a aquello que se da entre el grupo de adolescentes estudiado. El primer punto puede verse en el conflicto relatado anteriormente entre Alma y Majo. El enojo de Alma con su compañera no se basó simplemente en que Majo haya tenido relaciones con su primo, sino porque, como bien remarcó Alma, estuvo con otra persona en el mismo período de tiempo. Lo que padeció la joven no constó únicamente en los golpes de Alma, sino en un acuerdo colectivo de sus compañeros y compañeras de que era una “atorranta”. A su vez, el hecho de acostarse con distintos chicos es entendido por las adolescentes como una pérdida en la decisión de tener relaciones sexuales. Quienes así accionen quedan definidas socialmente como mujeres con una disponibilidad sexual a priori e inconsulta para con cualquier chico que la desee. La misma Alma ejerce y cuestiona estas actitudes. Ella misma contó en uno de los talleres que, en la fiesta que había asistido el fin de semana, se besó con más de un chico y que no es algo que debería estar mal. Pero a su vez critica a las mujeres que lo realizan, advirtiendo las consecuencias que eso trae:

“...porque también está la típica de esa piba que es la que todos se garchaban, que es todo amigos, y todos terminan con la misma piba. Y como que queda mal eso. Queda re mal. (...) porque, para ellos como que queda re puta. La piba. Corte, juguetito de ellos porque saben que cuando ellos quieren, la van a tener. Y, corte, está re mal eso” (entrevista a Alma 11.2.17).

Es importante resaltar que uno de los sentidos que las jóvenes dan a “la espera” se relaciona con este estigma latente en su sexualidad. Cuando me refiero a “la espera”, señalo aquel paso de cierto tiempo para tener relaciones sexuales con su pareja, que es remarcado como algo conveniente por las jóvenes. Hay una separación de las esferas sexo y afectividad por parte de las chicas donde juntarlas connota peligro. Esto es señalado por ellas también por el temor a quedar embarazadas, y como medio para la obtención de una cierta confianza con su pareja. Pero también se vuelven una herramienta importante para correrse de los estigmas sociales.

Esto me retrotrae a uno de los registros de campo donde estábamos confeccionando el guión de un cortometraje que haríamos en el taller. El guión fue elaborado por las jóvenes y por Daniel, el joven que se sumó tardíamente al espacio. La historia era protagonizada por una joven, maltratada por sus compañeras/os y su madre, que conoce a un joven “de la esquina”³²,

³² Un “pibe de la esquina” es entendido socialmente tanto por las y los chicos, como por las/los docentes y familiares, como un joven que se encuentra en situaciones problemáticas. Ya sea por un consumo excesivo de drogas o por pertenecer a redes de prácticas clandestinas (robos, tráfico de drogas, etc).

con quien mantiene relaciones sexuales, y al quedar embarazada él la abandona. En uno de los talleres donde terminábamos de redactar la escena donde la protagonista y el joven se conocen, una de las chicas se puso a pensar cómo realizaríamos la escena donde tienen sexo. En ese momento Clara detuvo la conversación, sorprendida, preguntando si la historia implicaría que en el primer encuentro la protagonista accedería a tener sexo con él. Todas dijeron que no, y rieron. Natalia dijo que de todas formas puede haber alguna chica que hace eso. Pero considerando este hecho como una excepcionalidad, quedaron todas de acuerdo que la historia no sería así (r.d.c. 1.6.17). La espera aparece, entonces, como uno de los pasos previos fundamentales a la concreción sexual.

Esto se puede apreciar también en conversaciones que tuve en privado con algunas jóvenes. En una entrevista que le realicé a Sofía, ella resaltó la importancia de la espera luego de que le pregunte qué consejos suele darles a sus amigas que comienzan a salir con un chico:

“Que vayan despacio, que se vayan conociendo...porque ahí hay... otras amigas que yo tengo, que fueron muy rápido y eh...en una relación con un chico. Y ahora están embarazadas. Corte, fueron muy rápido. Corte que el pibe la re ilusionó, así, diciendo que la quería, que todo eso. Y solamente la usó. Y ahora ella está embarazada y el pibe, corte, ni cabida³³” (entrevista a Sofía, 4.3.17, 15 años, 4to año).

En otras situaciones las jóvenes señalaron la importancia de la obtención de confianza, que como bien esbozó Sofía es relacionado por las muchachas con el supuesto de que los varones “usan” a las jóvenes para tener sexo. En ese sentido, el hacer esperar al otro funciona como herramienta para evaluar cuánto puede o no confiar en la otra persona. Alma también resaltó esto, al explicarme consejos que habría de hacer a sus amigas que están saliendo con alguien:

“Que demuestre que lo quiere al pibe, pero que no tanto. Que espere. Porque si no él se va a abusar de eso y la va a usar, y ya saben, como todo eso. Que no demuestre que es tan... tan como es. Lo mismo que finja ser una persona, porque la persona cuando pasa el tiempo se va a dar cuenta y no le va a gustar. Pero que... que no sea tan ella. Que después cuando haya más confianza capaz... porque después no sé” (entrevista a Alma 11.2.17)

Incluso, en casos donde las jóvenes logran comenzar una relación sexo-afectiva con alguien, el pasado sexual suele darse a conocer de forma desigual entre varones y mujeres. Por ejemplo, tanto Florencia como Rocío contaron que antes de comenzar a salir con sus recientes

³³ “ni cabida” implica no prestarle atención, cortar el vínculo, o no preocuparse por algo o alguien.

ex novios, ellas mantenían una relación de amistad con ellos y sabían cómo estos cometían múltiples infidelidades con su pareja de turno. Pero, al hablar sobre los recaudos que se debe tener cuando se comienza a entablar una relación sexo-afectiva con alguien, Rocío remarcó que no es recomendable contarle a la persona si ha estado con muchas otras anteriormente o si ya tuvo relaciones sexuales. Esto puede desencadenar en que el sujeto deseado piense que ella es una pareja infiel de antemano (entrevista a Rocío, 9.1.17, 15 años, 4to año). De esta forma se puede observar cómo las jóvenes se encuentran en una constante tensión entre sus deseos y vivencias de su sexualidad en forma activa, y el peligro de que les recaiga el estigma de “puta”.

Aquí me parece pertinente indagar en la diferencia entre lo que se espera de la sexualidad femenina y lo que se espera de la sexualidad masculina, dado que explica en parte qué se juega en la contraparte el “hacer esperar”. En la conversación que tuvimos en la plaza con Alma y Florencia, Alma “confesó” una experiencia sexual trunca que tuvo con un ex novio. Teniendo en cuenta la reflexión realizada en el capítulo anterior, sobre cómo la práctica sexual es representada centralmente por la penetración coital, la posición activa y siempre predispuesta de los jóvenes pareciera ser condición de conquista. En este punto es importante detallar la manera en la cual se conforma una idea de lo que Giddens denomina “compulsividad sexual masculina” (Giddens 2012) vinculada a una idea de la sexualidad masculina que se relaciona al desarraigo y la conquista persistente de parejas sexuales. A partir de su estudio analítico sobre distintos trabajos cuantitativos y cualitativos realizados sobre la sexualidad, este autor concluye que esta característica del hombre es construida como una característica ventajosa, a diferencia de lo que sucede con la sexualidad femenina: “no existe la equivalencia masculina de la mujer fácil, el hombre sexualmente exitoso es frecuentemente apreciado, especialmente por los demás hombres” (Giddens 2012, 79). En ese sentido, el hacer esperar al hombre implica un doble esfuerzo para las mujeres en términos de representaciones y cosmovisión sobre el procedimiento de los juegos de seducción, entre el lugar activo que supuestamente debería adoptar un varón y el rol pasivo que se configura socialmente para las adolescentes mujeres.

Para ir concluyendo este apartado del capítulo podría inferir que las jóvenes hacen uso de dos tipos de “espera”. Uno de ellos se da durante el juego de seducción o cortejo, que implica una espera necesaria para no recaer en el estigma de “puta”. El segundo se emplea mientras están saliendo, y tiene que ver con una instancia evaluativa, en la cual la espera tiene que ver con dejar pasar un tiempo de relación formal hasta concretar el acto sexual.

A la vez que las chicas buscan emplear la espera, en las ocasiones que consiguen hacerlo -que como bien vimos en el capítulo anterior, no siempre funciona-, están pendientes de otras acciones que motorizan la estigmatización de su sexualidad activa: el “escrache”. Para las adolescentes, el peligro de quebrantar la norma de pasividad sexual se encuentra fuertemente vinculado a la divulgación. El sentirse trasgresoras no aparece en la práctica misma sino en conocimiento público. Florencia lo esbozó claramente en una de las conversaciones que tuvimos en torno a su primera experiencia sexual coital, citada al principio de este capítulo.

Antes de adentrarnos en la cuestión del “chisme” y el “escrache” en torno a la sexualidad cabe señalar una particularidad que se diferencia con los estudios de Jones en el sur. Mientras que años atrás, en la ciudad de Trelew, el “chisme” entre los jóvenes se centraba en la infidelidad, el aborto, y la relación sexual casual o múltiple, en este grupo social en estudio el “rumor” y su divulgación radica puntualmente en la práctica sexual activa de las jóvenes y cómo trasgreden las normas. Además, su forma de circular es centralmente a través de la difusión pública en las redes sociales, además del “boca en boca”. Es por eso que considero que las diferencias entre el grupo que estudió Jones y este grupo de adolescentes radican tanto en la clase socioeconómica, la espacialidad, los procesos socio-históricos que atravesaron las distintas ciudades, la edad, pero también en el tiempo en el que nacieron y crecieron en cuanto a su tecnología.

En el caso de Jones, los jóvenes estudiados fueron adolescentes en 2003-2005 y se encuadrarían en la clasificación de *nativo digital* que Joaquín Linne clasificaría dentro de la categoría *jóvenes 2.0*. En cambio, el grupo en torno al cual se realizó la presente etnografía se relaciona con la generación de *adolescentes 2.0* al cual refiere el autor (Linne 2014). A diferencia del primer grupo, los *adolescentes 2.0* son nacidos y criados con las TICs (Tecnologías de la Información y la Comunicación). En cambio, los primeros se adentraron en las mismas únicamente en su adolescencia. De esta forma, asevera Linne, el entendimiento de su intimidad se convierte en una “multitud”. Es decir, que estos *adolescentes 2.0* vuelcan sin tapujos sus sentimientos individuales y personales a las redes virtuales. Si bien esta conclusión posee cierto sesgo adultocentrista, considerando que generaciones “más adultas” hoy en día también comparten su intimidad en la nube, aporta una distinción que se ve reflejada en el grupo de jóvenes estudiado.

También resulta clave citar las reflexiones de Paula Sibilia (2017) en torno a la *extimidad*, término que utiliza para hablar sobre el fenómeno de la exhibición de la intimidad en las redes virtuales. La autora hace una comparación entre éste y el diario íntimo propio de la época moderna donde los individuos volcaban reflexiones íntimas y autobiográficas, siendo parte de las dinámicas de la privacidad de épocas anteriores. Concluye que, si bien hay una similitud entre la exposición de la intimidad en internet y los diarios íntimos, que radica en que ambos se escribían en soledad, en el caso de los tiempos de extimidad actuales, la escritura de lo íntimo roza la publicidad, siendo la distancia en tiempo y espacio con quienes leen la intimidad ajena, mucho más chica. Ya no se espera, por ejemplo, a que se muera el protagonista para leer su autobiografía, sino que se da de manera inmediata. De esta forma la autora trabaja la idea de un cambio en las formas de compartir y vivir la intimidad, atravesado por la utilización de las nuevas tecnologías de comunicación. Algo que se ve exacerbado en la actualidad por el mayor acceso que proveen los dispositivos celulares a la nube, y por otras redes sociales que no estaban presentes cuando la autora publicó el libro, como Instagram, Snapchat o WhatsApp.

De esta manera, infiero que, a diferencia del grupo de adolescentes sureño de una generación atrás estudiado por Jones, el “secreto” que se revela entre los *adolescentes 2.0* de esta etnografía no queda atado al “de boca en boca”, sino que se ancla en la materialidad audiovisual de un video o foto que circula en las redes, o por los dispositivos celulares de amistades, vecinos y vecinas, familias y profesores. A su vez, ese “secreto” no da lugar a la sospecha. Como bien sostiene Sibilia, atravesamos una época donde, por un lado, se busca el registro de lo cotidiano (la “no ficción), a través de herramientas que congelan esos momentos como lo hace la fotografía que adquiere “más realidad que aquello que en algún momento de veras ocurrió y fue fotografiado” (p. 40). Y por otro, señala que el acortamiento de tiempo y espacio que propician las redes de internet, y, puntualmente, en cuanto a la actividad diaria que se comparte allí constantemente, tienen una influencia en la subjetividad, en las relaciones interpersonales, y en la manera en la que nuestra imagen llega al resto del mundo: “día tras día, hora por hora, minuto a minuto, con la inmediatez del tiempo real, los hechos reales son relatados por un *yo real*, a través de torrentes de palabras que de manera instantánea puede aparecer en las pantallas de todos los rincones del planeta” (p. 83). De esta forma, la imagen implica evidencia por sí misma, y el secreto de las adolescentes, que antes podía circular como chisme sujeto a probación, circula en estos casos como “escrache” dado que queda implícito que existe evidencia fehaciente que lo comprueba. Asimismo, ese “escrache” resulta digno de

ser estudiado dado que todo aquello que circula en el “rumor” y en el “chisme” se encuentra relacionado fuertemente con las normas sociales del grupo (Elias y Scotson, 2000).

Por consiguiente, resulta importante para comprender cuales son las “trasgresiones” sociales que las jóvenes temen que se difunda en las redes sociales. Este temor a que se exponga su actividad sexual, se apoya en las representaciones anteriormente desarrolladas donde quienes estarían trasgrediendo una norma serían sólo las chicas. Las adolescentes marcan esta diferencia que existe con sus pares varones quienes, por ejemplo, al subir una foto mostrando su actividad sexual, reciben halagos y ovaciones. En una ocasión la contacté a Florencia para sacarme algunas dudas que habían surgido a lo largo del trabajo de campo. Ella sugirió que fuésemos a tomar unos mates a su casa un domingo, y ese día me recibió junto a Rocío, con quien mantienen una amistad no solo por la escuela sino porque desde chicas viven en la misma manzana del barrio. Y durante la charla, indagamos sobre el problema del “escrache”:

“Es como que las mujeres quedan re mal pero los hombres se sacan banda de fotos. Yo tengo un amigo viste, que se sacó una foto que: no se le ve la cara (a ella); la piba estaba en tanga y toda desnuda, ¿viste?; y él sacándose una foto, así, de atrás. Y es como que él se siente re ganador, pero la piba queda re puta.” (entrevista a Florencia, 11.6.17, 14 años, 4to año)

Aquí, Florencia resaltó la imagen negativa que adquiere una mujer adolescente al aparecer en una fotografía donde se la muestra como sexualmente activa. De esta manera, bajo el tamiz de la representación desigual entre la actividad sexual masculina y femenina, la joven quedó “escrachada” en el muro de su amigo. Esa tarde las jóvenes relataron otras formas de exposición de la sexualidad que asociaban al “escrache”. Algunas de las situaciones que describían implicaban el consentimiento de la joven fotografiada/filmada (o el video/la fotografía misma era tomada por ella). Esto muestra que la desigualdad en torno a la posición sexual activa entre varones y mujeres, es reproducida por las mismas jóvenes que la cuestionan. Pero en otros casos comentados por ambas, se trataban de capturas auditivas y/o visuales, de chicas a las cuales no se les pidió permiso para divulgar la foto.

En el primero de los casos me estoy refiriendo al señalamiento que hicieron ambas respecto al uso de TICs para lo que se conoce como “sexting”³⁴. En este caso tanto varones como mujeres intercambian las imágenes ya sea por WhatsApp, Facebook u otras aplicaciones.

³⁴ Término que refiere a la auto-captura de imágenes eróticas que se envían en privado a otra persona a quien se desea generar placer

Se trata de una práctica que conlleva un acuerdo implícito de no compartirlo públicamente por las redes, pero el riesgo de que esto suceda siempre está latente.

Respecto a las otras situaciones, constaban de imágenes o videos que se divulgan entre los jóvenes o abiertamente en internet, sin el permiso de la persona que aparece en las mismas. Pongamos por caso, el chisme que Rocío contó a Florencia durante la charla, donde un amigo suyo grabó a una adolescente vecina del barrio realizando sexo oral a otro chico. En este caso, la imagen fue difundida *in situ*: según me explicaron las chicas, la persona que realizó la captura le fue mostrando el video a distintos allegados, y luego se corrió la noticia de lo sucedido. Rocío señaló no haber visto la imagen, a diferencia de muchos de sus amigos y amigas, pero dijo que si así lo deseaba seguramente podría acceder al material. Es decir, que estas formas de “escrache” no son necesariamente difundidas de forma directa, pero ello no le quita veracidad para quien accede al chisme. Este punto podría ser importante a la hora de trabajar sobre situaciones que pueden llegar a ser traumáticas para la vida de una joven, dado que quitar la imagen de la web no implica que los jóvenes entiendan este hecho como el cese de la divulgación. De esta forma, infiero que existe un imaginario que percibe la divulgación de la propia práctica sexual como una circulación tensionada entre lo público y lo privado, y que deviene, una vez registrado en el lente de la cámara, como un material que puede caer en manos de cualquier persona cercana o ajena a su círculo social.

En ese contexto las jóvenes tejen distintas tácticas, en términos de De Certeau, para poder ejercer su sexualidad sin ser “escrachadas”. En lo concreto, las TICs juegan un rol importante para poder elegir con quienes hablar sobre su sexualidad sin que se enteren las personas que se encuentran alrededor de ellas al hacerlo, y para poder tomar la iniciativa en los juegos de seducción. Para desarrollar esto, debo detallar antes el uso que realizan las y los adolescentes de las TICs.

Los dispositivos tecnológicos virtuales, Internet, y las redes sociales tienen un rol fundamental en la cotidianeidad de la vida del grupo de jóvenes, según he podido observar desde que ingresé al campo. Es habitual que al entrar a alguno de los espacios donde se encuentran- ya sea en el aula, el patio, el espacio de almuerzo u otro sitio- ver a alguno de ellos mirando o escribiendo en su celular, alguien con los auriculares puestos que se conectan a algún dispositivo, utilizando su computadora de Conectar Igualdad para ver videos de YouTube (entre otras actividades) o sacándose una “selfie”³⁵. Si bien los estudiantes de la escuela provienen de

³⁵ En el idioma inglés una *selfie* refiere a una fotografía que se saca una persona a sí misma. Este término se traspoló al castellano, y es utilizado bastante por las adolescentes.

familias con situaciones socio-económicas desfavorecidas, la mayoría tiene celulares inteligentes. Algunos tienen internet en su casa, cargan datos de red en su celular, o utilizan la red de internet inalámbrico de la escuela³⁶.

En la entrevista que le hice a Clara en diciembre del año 2016, cuando le pregunté qué otra actividad realizaba además de ir a la escuela, respondió que le gustaba salir a la plaza o “*estar con el celular*”. En otra ocasión Sofía dijo, en uno de los almuerzos anteriores al taller, que ella no asistiría al encuentro debido a que tenía mucho cansancio por haber estado toda la noche “viciando”³⁷ en Facebook y WhatsApp hasta las 6 de la mañana (las clases comienzan todos los días a las 8 a.m.). Algo similar pasó con Rocío, en uno de los talleres de septiembre. Ese día, dijo repetidamente, antes, durante y luego del taller que estaba muy cansada. Cuando le pregunté el motivo, indicó que había estado toda la noche “chateando” con su novio. De hecho, en uno de los encuentros de fin de año del 2016 realizamos una actividad teatral donde las chicas debían hablar sobre un día común y corriente de una joven, mientras otra estudiante actuaba la escena. Alma ofició de guionista de la actividad y detalló un momento del día de la protagonista, luego de haber ido a la escuela, vuelto a su casa, y hablado con su madre, donde la joven chateaba con su novio antes de cenar e irse a dormir.

El vincular la actividad de “chat”³⁸ virtual con la pareja no es un hecho aislado. Las y los jóvenes utilizan las redes en los juegos de seducción. Tal como lo ejemplificó Rocío, quien realizó un punteo de pasos en uno de los talleres para explicar una fórmula efectiva para salir con un chico. Esta constaba, primero, en agregar el usuario de la persona al Facebook dependiendo si esa persona le parecía linda o no. Es decir, se fija entre las solicitudes de amistad que tiene pendiente, o busca personas en la red, y selecciona a quien le parece atractivo/a. Este hecho me sorprendió, dado que suponía que, al ser menores, sus usuarios estarían en modo privado y/o bajo supervisión adulta. Al iniciar mi trabajo de campo, algunas de las estudiantes me agregaron como “amigas” de mi propio usuario de Facebook, y a partir de la actividad virtual y la interrelación entre los usuarios de estas y otros/as de la red llegué a acceder a los muros de casi todas y todos los adolescentes del grupo que poseían un portal en esa red social.

³⁶ La población estudiantil suele utilizar la computadora no solo para actividades escolares sino también en momentos en los cuales se aburren, o lo utilizan como forma de abstraerse en otras instancias. Estos pueden ser durante el almuerzo, en momentos de recreo, y durante clases o el taller. También utilizan el celular para sacarse fotos durante y fuera del taller constantemente, algo que pude evidenciar presencialmente y a través de visualizar múltiples estados de WhatsApp diarios. Se toman fotografías con docentes de la escuela, amigos y vecinos. A su vez, la utilización de los dispositivos y las redes sociales puede representar un momento particular en la vida de las chicas y chicos, e incluso situarla como una actividad prioritaria ante otras.

³⁷ Término con el cual se refiere a un uso constante e intensivo del dispositivo virtual.

³⁸ Aplicaciones que permiten tener conversaciones en privado con otra/os usuario/as de redes virtuales.

Aquí es importante resaltar que la mayoría de las y los jóvenes tienen usuarios públicos. Lo relevante del proceso que relata Rocío para entablar relaciones sexo afectivas en las redes, cobrará más claridad en el próximo capítulo donde se indagará en las formas de control adulta sobre la sexualidad adolescente, y como la red escapa a estos dispositivos. Pero por ahora, el hecho de que las y los jóvenes mantengan usuarios públicos en las redes me permitió inferir que, de esta manera, cualquier persona que puede acceder a su muro, ver y leer sus publicaciones es un potencial objeto de seducción. Esto tiene que ver con aquello que señala Sibilia sobre el cambio social que se fue generando en torno a la intimidad, la cual pasa en la actualidad a anclarse en el ámbito de lo público a partir de las redes sociales. A su vez, la autora retoma a Foucault (2014) y sus estudios sobre “el secreto” de la sexualidad, que lejos de tratarse de una represión y callamiento al respecto, constaba en un acto de confesión por parte de las personas respecto su sexualidad en distintos ámbitos, instituciones, y dispositivos de poder, señalando algunos cambios sociales que percibe en torno a este fenómeno. Así, indica que de la expertise médica y pedagógica, “la técnica de la confesión aparece con toda su pompa en las pantallas mediáticas” (Sibilia 2017, p. 88).

Volviendo a estas dinámicas de atracción erótico-sexuales que se dan en las redes de los/las adolescentes, retomaré uno de los registros tomados del muro de Facebook de Alma. En él, ella escribe lo siguiente en uno de sus estados públicos, el cual fue contestado por más de 80 usuarios:

“Comenta "Te" y te respondo con:

*Te chapo/ Te amo ♥/ Te caigo/ Te odio/ Te doy / Te banco/ Te quiero 😊/ #Comenta”
(Muro de Facebook de Alma, 31.3.17)*

Este tipo de publicaciones aparecía en repetidas ocasiones en los muros de Alma, Rocío, Sol, Morena, Ivana, entre otras. La frase más frecuente que se da en gran parte de las publicaciones es “Mg³⁹ y te firmo”, garantizando gran cantidad de reacciones (ya sea con me gusta, me encanta, o me divierte), en comparación a otras publicaciones con tonos y contenidos distintos. En el caso de Alma, estas publicaciones eran comentadas, en su mayoría, con nombres masculinos, por lo general contestados por Alma con un comentario o con una reacción.

El paso siguiente consta, continuando con el relato de Rocío, en que, luego de agregar a la persona deseada, se empieza a entablar una conversación y esa conversación devendría en

³⁹ Siglas que resumen la frase “me gusta”, en referencia a la reacción más conocida de Facebook, que suele ser representada con la imagen de la mano con el pulgar levantado para arriba.

una cita. La joven explicó la efectividad de esta seguidilla de pasos contando una experiencia propia donde un chico que le envió una solicitud de amistad a su usuario, y luego de aceptarlo empezó a conversarle por el canal de chat, le indicó que era el primo de una conocida, la invitó a la plaza, se juntaron y comenzó a salir con él (r.d.c. 6.9.16). Florencia señaló algo similar aquella vez que fuimos a la plaza junto a Alma, contando que un montón de chicos le hablan por Facebook, hecho que le ahorra el tener que dar, ella, el primer paso. Aunque, en este caso, no lo consideró como una iniciativa propia como sí lo hizo Rocío. De todas formas, para Florencia, conocer personas con quienes entablar relaciones sexo/afectivas en Facebook era una facilidad que le ahorra el riesgo (si consideramos lo descripto anteriormente en torno a la iniciativa “cara a cara”), de tomar la iniciativa en persona.

En cuanto el uso de otras redes y TICs para la conquista sexo-afectiva, Clara contó una situación de juego de seducción vía WhatsApp, aquella vez que la entrevisté luego de un almuerzo. Esto se dio luego de que alguien, a quien no conocía, la agregó a un grupo de usuarios de WhatsApp que simpatizaban con el equipo de fútbol del Club Atlético Boca Juniors. A partir de su participación virtual en ese grupo, tomó el número de teléfono de uno de los integrantes que la atraía y empezó a hablarle por privado. En este caso, Clara nunca se encontró con él dado que vivía muy lejos de su partido de residencia.

Este aspecto es un tema que preocupaba a algunos docentes. Antes de ingresar a uno de los talleres, Julia me comentó nerviosamente que otra de las jóvenes, Martina, se encontró en C.A.B.A. con un “*chico desconocido*” que contactó por Facebook y que no supo qué hacer en esa situación. Señalaba que conocen “*a cualquiera*” por las redes y luego están todo el día “*prendidas al celular*”, pero que nunca se había enterado que se vean con esa persona hasta ese momento (r.d.c. 4.10.16). Este tipo de situaciones no fueron presentadas como riesgosa por parte de las estudiantes, siendo el “*escrache*” el peligro prioritario.

Así, los peligros referidos por las jóvenes distan de aquellos que como demostraré en el próximo capítulo, son demarcados por el mundo adulto. Este hecho no debe dejar de alarmar la utilización de perfiles falsos por parte de quienes se aprovechan para tejer recorridos que llegan a destinos concretamente dañinos, como el abuso, la trata, y el femicidio de las jóvenes⁴⁰. Pero me interesa distinguir entre aquellas cuestiones vinculadas a los juegos de seducción que las chicas mismas consideran amenazantes, para poder indagar en el peligro de la sexualidad

⁴⁰ Debo aclarar que este hecho no fue pasado por alto como adulta en el espacio de taller. La información a la cual logré acceder desde la tarea de investigación fue incluida y trabajada en los encuentros de taller con gran adhesión de las jóvenes, como bien señalé en la introducción, incluso para tratar temas relacionados al ciberacoso.

femenina como categoría etnográfica. De esta forma, es importante considerar el riesgo en general, y en torno a la sexualidad en particular, como una construcción socio-cultural e históricamente situada. Este ejercicio reflexivo me permitió detectar las amenazas que perciben las jóvenes en torno a su sexualidad, alejando el sesgo adultocéntrico de otros aspectos que no son señalados por el mundo adulto, como sucede con este, tan clave para las chicas.

Creo pertinente aquí retomar la reflexión de la antropóloga Carole Vance sobre la doble cara de la sexualidad femenina. La autora infiere que la misma comprende dos aspectos coexistentes. Uno de ellos refiere a los peligros que conlleva la sexualidad de las mujeres en base a su posición en la relación de poder sexo-genérica: “poder cohesivo, peligro y temor”. El otro tiene que ver con sus deseos y goces: “éxtasis, deseo, intimidad, reciprocidad y placer” (Vance, 1984; 29). Recordemos como destaca la manera en la cual el “better safe than sorry” llevó a que las mujeres perciban el riesgo en la propia iniciativa sexual, algo que puede detectarse en los registros ya desarrollados anteriormente.

De esta forma, es importante preguntarse por esta doble habilitación que pueden generar las redes, tanto como riesgo de que quienes estén detrás de ese usuario “desconocido” escondan otras intenciones para con las chicas, pero también como vía para que las chicas puedan tener iniciativa a la hora de relacionarse afectiva y/o sexualmente con alguien, instalando sus propios deseos y placeres sexuales. Aquí es iluminador tomar los estudios recientes de Mariana Palumbo (2018) en torno a las TICs y los juegos de seducción son evidencia de ello. Como bien sostiene la autora, la sociabilidad virtual es el ámbito donde más interaccionan las personas en torno a su sexualidad, donde opera una selectividad y a su vez funcionan como puente para un encuentro posterior cara a cara. A su vez, Palumbo señala que para las personas que utilizan las redes en los juegos de seducción, y hacerlo de esta manera (en oposición al cara a cara) les resulta más cómodo.

De esta forma, es meritorio reflexionar de qué forma las jóvenes aprovechan las TICs, generando tácticas (De Certeau 1996), como el poder hablarle a alguien sin exponerse a una situación de toma de iniciativa en persona, o el abrir un margen de selección de posibles parejas sexuales y/o afectivas dependiendo si les gusta o no el perfil de Facebook. A su vez, existen maneras en las cuales las jóvenes atraen a usuarios con estados públicos de Facebook⁴¹ o de WhatsApp. Es así como la posición de las adolescentes en las redes adopta un rol menos pasivo.

⁴¹ Esta aplicación posee (hasta ahora) opciones para que el usuario seleccione si una publicación puede ser compartida a todo/as lo/as usuario/as de Facebook, si se compartirá con los usuarios a quienes se les aprobó la solicitud de Amistad, o a personas o grupos específicos.

Aquí el lugar de las amistades femeninas cobra cierta importancia. Según pude observar, la amistad entre las estudiantes aparece en distintas circunstancias como forma de escudarse frente a situaciones de exposición. Cuando visité a Florencia en su casa, comentó que ella solía defender a sus amigas en estas circunstancias. Una vez, contó, que un compañero de la escuela aprovechó una situación donde se estaba cantando la canción de cumpleaños a un estudiante en el horario de almuerzo, para tomar un video de los pechos de otra compañera, Ivana. Al ver lo que estaba sucediendo, le indicó a su compañero que borre ese archivo. Según justificó Florencia, eso se dio debido a que, en ese tiempo, ella era amiga de Ivana. Esto entra en relación con otras situaciones que he observado a lo largo del trabajo de campo. En uno de los talleres dictados en mayo del año 2017, leí en una de las mesas del aula una inscripción que alguien realizó con liquid paper que decía “*Alma puta, More p*”, y el resto de la frase estaba borrada. Luego de unas semanas, en otro de los talleres, Alma le dijo lo siguiente a Morena: “*hoy querían poner Morena puta, pero les dije que no y lo borré*”. Esto difiere de otra de las actitudes que tomó Alma con otras mujeres, como aquella ocasión en donde publicó en su muro una fotografía que le tomó a una vecina de su barrio- que no era amiga de ella- a quien se le transparentaba su ropa interior.

El vínculo de amistad y de confianza se torna, en ese sentido, como un factor que aporta al ocultamiento de la sexualidad de las jóvenes, y más puntualmente, abona a la prevención de ser expuestas en las redes. Como bien observé en otros ejemplos y como algunas adolescentes señalaron respecto a conocidas y amigas, a muchas jóvenes les gusta intercambiar con sus amantes, fotografías de sus cuerpos desnudos tomadas con el celular. Es así como la amistad les brinda una “protección” ante el posible escrache y abona al resguardo para que las jóvenes realicen prácticas sexuales (en este caso virtuales) gozosas. Este hecho se relaciona en cierto punto al concepto de Marcela Lagarde (2015) de *sororidad*. La autora señala que existe una alianza entre las mujeres, en determinadas acciones concretas, para hacer frente a aquellos fenómenos que las oprimen en tanto a su sexo-género. En este caso, las jóvenes protegen a sus amigas mujeres frente al escrache, algo que no realizan con sus amigos varones.

De todas formas, es preciso señalar que no se trata de un lazo que se establece únicamente por compartir la identidad de mujer. Como bien señaló Florencia en el primer ejemplo, ella protegió a Ivana porque *en ese momento* eran amigas. La amistad es otra de las condiciones para generar este tipo de “acciones sororas” que terminan siendo más bien, “acciones sororas selectas”, y probablemente existan, en otros ámbitos, otros tipos de

condicionamientos para acceder a esa protección (clase, etnia, barrio de pertenencia, vínculo familiar, etcétera).

Por otro lado, el uso del celular también puede ser una vía para compartir información sobre la sexualidad de las jóvenes, evitando que el resto se entere. Muchas de ellas suelen mostrarse los celulares para compartir con su amiga lo que determinado usuario le escribió y suelen sugerirse respuestas. Tal como sucedió con el ejemplo esbozado anteriormente, donde Natalia le mostraba el celular a Clara para que la preceptora ni yo lo viéramos, algo similar sucedía constantemente en los espacios escolares y hogares. Por ejemplo, Rocío, Alma y Florencia solían tener esta práctica de mostrarse conversaciones en el celular en los almuerzos y lo mismo sucedía entre Martina y Sofía (r.d.c. 6.9.16, y 31.3.17). El mostrarse el celular, podría inferirse, funciona como forma de comunicación selectiva, donde pueden “hablar” sobre sus relaciones sexo/afectivas sin que determinados actores, adultos, compañeros varones, familiares se enteren de su actividad sexual. Siguiendo esta línea, se puede leer con esta perspectiva la creación de Sol de un grupo de WhatsApp del taller denominado “Solo chicas” (r.d.c. 31.10.16). Aquí debo resaltar la importancia que dan las jóvenes a la ausencia de varones para poder hablar sobre su sexualidad.

En este sentido, infiero que, en contraposición al tipo de relación que mantienen con sus amigas mujeres, las jóvenes sitúan a sus compañeros varones en un grupo que denominaré como *anti-referentes*. Al hablar de *anti-referentes*, estoy haciendo alusión a aquellas personas con quienes las adolescentes intentan no hablar sobre su sexualidad a toda costa, pero se trata de un término que ampliaré en el próximo capítulo. Un ejemplo que aporta a la comprensión de este fenómeno, es la manera en que las chicas expulsan a sus pares varones del espacio de taller. Es preciso resaltar que estos encuentros se dieron en el espacio de la escuela en horarios extra curriculares y muchos de los chicos solían quedarse en las inmediaciones ya sea para jugar a la pelota o realizar otros talleres que se dan paralelamente. A veces, sus compañeros varones entraban a nuestro taller y se acercaban para comer las galletas o papas fritas que nos daba la escuela como tentempié para los encuentros. Otras, ingresaban sólo por curiosidad, realizando preguntas sobre qué es lo que estamos realizando en los encuentros. Por lo general, las chicas solían echarlos del aula de distintas formas (r.d.c. 6.9.16). En el caso de que los varones no acaten la orden, ellas dejaban de hablar sobre sus experiencias, cambiaban de tema, o hablaban sobre otros tópicos (r.d.c. 30.6.16).

A su vez, esa evasión de compartir la experiencia con un par varón puede ser difícil de llevar a cabo, dejando a la adolescente en un lugar incómodo y angustioso. Retomo aquí una

escena que, en uno de los almuerzos, me indicó haber vivenciado Julia, mientras se encontraba en el baño de los profesores que queda sobre el pasillo del fondo que va al patio -uno de los rincones menos frecuentados por los docentes, o que cuando buscan a un estudiante en particular se dirigen hacia allí-. La coordinadora relató que detrás de la puerta del baño había escuchado a uno estudiantes acosar con preguntas a Rocío en torno a la práctica sexual que mantenía con su novio (también estudiante de la escuela). Realizándole un interrogatorio sobre la hora en que tenía sexo con su pareja, la frecuencia, o cómo lo hacían (si “se movían mucho”), la joven, indicó Julia, no le respondía nada a su compañero y lo único que hacía era reírse de forma nerviosa (r.d.c. 4.10.16). Esto se vincula a uno de los temores señalados por Daiana en torno a que su novio le cuente al mejor amigo, el tipo de prácticas sexuales que mantenían:

“Daiana: lo que me importa es esto, mirá, si mi novio le tiene que contar a una persona, que esa persona no venga y me lo diga. Porque él le cuenta todo al amigo, su mejor amigo, y el mejor amigo viene y me lo cuenta después a mí, y, corte, no me gusta que haga eso: ‘es tu mejor amigo, es mejor quedarte callado’.

Belén: ¿Y por qué después va y te lo cuenta?

D: Porque... no sé por qué. Pero me cuenta...me dice que ‘tu novio me contó esto, esto, esto esto’. Osea, encima, me da vergüenza lo que yo hago con mi novio cuando estamos solos, y, corte, que mi novio le cuente a el mejor amigo y después que venga y me lo pregunte, corte me da vergüenza. Y no ...y eso. Con que se quede callado... que mi novio se lo cuente a cualquiera. Pero que se quede callado. Osea en el sentido que se quede callado y no venga y me lo pregunte a mí. Porque a mí me da vergüenza. Y más si sos un pibe y no te conozco.” (entrevista a Daiana, 13.12.2016, 15 años, 3ero)

En este caso, la joven señala que no le molesta del todo el hecho de que los varones sepan sobre su práctica sexual, sino que se dé una situación donde intercambien un diálogo en torno a la misma. A su vez, siguiendo la predicción demarcadas por Natalia detallada al principio del capítulo, se puede sospechar que estas situaciones de intimidación podrían no sólo tener que ver con una búsqueda de información, sino con una búsqueda sexual para con la joven. Resalto esto, no por el mero hecho de que sean situaciones incómodas para las chicas las ocasiones en las cuales un varón las seduzca, sino que se trata de circunstancias donde un adolescente que sabe de su vida sexual activa se acerca a ellas presuponiendo que ellas accederían. Es decir, que esa confrontación que genera el varón puede estar acarreado detrás un estigma de “puta”, que puede, desde el imaginario de los adolescentes, habilitar una situación de violencia o de tensión para la joven.

El único joven que se incorporó al taller sin intimidar a las jóvenes fue Daniel, uno de sus compañeros que todas, incluso las docentes, aseguran que es virgen. Daniel es un chico del mismo curso que la mayoría de las jóvenes que asisten al taller. A la vista tiene una apariencia similar al resto de sus compañeros. Utiliza remeras y camperas deportivas, jeans rasgados, algunos apretados, gorras con visera, anillos y aros en las orejas. Aspectos que no escapan a los arreglos corporales tan atendidos por el grupo de adolescentes, ya sean mujeres o varones. Su apariencia no sedujo a las chicas hasta los últimos días comprendidos en el trabajo de campo, cuando algunas como Natalia, Clara y Alma hablaban de su corte de pelo y el cambio que eso produjo-lo veían más lindo, y hablaban sobre lo atractivo de su trasero- (r.d.c. 6.7.17). La primera vez que escuché hablar de él fue cuando Sofía me contó en el camino a su casa que desde que Daniel volvió de Santiago del Estero, se sienta al lado de ella, la molesta, le habla por celular y le dice que es linda, haciendo caso omiso a las respuestas de rechazo que ella le da (r.d.c. 2.5.17). Pero fue la única vez que hablaron del adolescente en términos de experiencia sexo-afectiva.

El hecho de que Daniel haya sido aceptado en el espacio con tanta soltura por las jóvenes, me lleva a indagar sobre las representaciones sociales que se tiene en torno a la sexualidad de los adolescentes varones en relación a esto. Existen algunos ejemplos en mis registros de campo que permiten vislumbrar que no es un hecho aislado. En mi búsqueda para entrevistar a los varones, consulté en distintas instancias a algunas docentes y estudiantes, con quienes había establecido un vínculo, a qué varones pensaban que podría consultar. En una de las situaciones en las que lo hice, luego de la finalización de uno de los talleres donde empezó a participar Daniel, la coordinadora Julia me preguntó cómo marchaba mi investigación y aproveché para comentarle que me interesaría entrevistarle. Ella señaló que sospechaba que *“chicos como Daniel, que todavía no tuvieron relaciones y que están más con la cuestión de los dibujitos de los superhéroes, son más chicos”*. Sostenía que, en el caso de otros estudiantes que ya estuvieron en pareja, tienen otra apertura y *“otra postura”* (r.d.c. del 16.5.17). Y me recomendó entrevistar a otros jóvenes como la pareja de Florencia, de Daiana o de Rocío. Este comentario me llamó la atención y decidí volver a consultarlo con las jóvenes. Así lo hice aquella vez que fui a la casa de Florencia, donde apuntaron, tanto ella como Rocío, que no me sería de utilidad entrevistar a Daniel dado que presumían que era virgen, y que al entrevistarlo *“se puede poner nervioso”* (entrevista a Rocío, 11.6.17, 15 años, 4to año).

Otra situación que llevó a hacerme reflexionar al respecto se dio en una entrevista con Alma y Florencia. Alma contó entre risas que la primera vez que intentó tener relaciones con

una pareja, no pudieron hacerlo porque el pene del joven nunca se erectó. Según palabras de Alma: “no se le paró, estaba muerta”. Esto desató asombro y risas en Florencia. Los datos recabados dan cuenta de la forma en la que se configura la masculinidad entre las y los jóvenes, en relación a una idea de masculinidad activa, con vasta experiencia, en las representaciones de la sexualidad. Me refiero entonces a este tipo de masculinidad la que define a los pares varones-no vírgenes- como *anti-referentes* para las adolescentes.

Es preciso retomar en este punto a las teorizaciones realizadas por R. W. Connell, quien sostiene que la masculinidad, o la femineidad, no se refieren puntualmente a la descripción de una biología, sino a una forma de organizar las prácticas sociales (Connell 2005). Esto se enmarca en las relaciones sociales de género, obteniendo la masculinidad una mejor posición social que la femineidad (Connell 2005; 71). Pero aquello que más me interesa sobre el análisis de Connell es que no se trata de varones o mujeres posicionados en una escala social sino de prácticas. Es así como determinadas prácticas se acercarán o alejarán a la masculinidad. A su vez, la autora complejiza ese concepto de masculinidad, señalando que no se trata de una sola forma de practicarla: existe la masculinidad hegemónica y la masculinidad marginal (Connell 2005; 81). De esta forma, para las adolescentes, lo masculino se encuentra representado por una sexualidad activa, y experimentada. Aquello que se aleje a esa norma será considerado extraño, o más bien, lejano a “lo masculino”. Así, puedo inferir que la presencia de Daniel en el taller no se entendía como una amenaza para que las jóvenes sigan compartiendo sus experiencias y saberes sexuales, con la excepción de Sofía quien como señalé anteriormente había sido seducida por el joven.

Según puedo interpretar, las tácticas desplegadas por las jóvenes para ocultar su experiencia sexual, ubica a los pares varones como lo que denominé *anti-referentes*. Es decir, la figura de sus amigos y compañeros varones de su generación es excluida a la hora de compartir la experiencia sexual, lo cual les permite poder desplegar distintos accionares y posicionarse de forma activa en los juegos de seducción y conquista sexo-afectiva, como sucede con la espera, surtiendo los riesgos que implica el ejercicio de la práctica sexual femenina, puntualmente con la amenaza del “escrache”. Y aquí, las TICs y las amistades femeninas funcionan como herramientas y redes de apoyo para el resguardo de la misma entre sus pares adolescentes.

En el próximo capítulo analizaré otros tipos de *anti-referentes* que aparecen en el mundo adulto con el cual se relacionan las jóvenes, adentrándome en un análisis más vinculado a una

antropología de las instituciones, y como estas son permeadas por las representaciones en torno a la sexualidad.

Capítulo 3: Referentes y anti-referentes del mundo adulto

En este último capítulo daré cuenta del modo en que la sexualidad se encuentra tensionada constantemente por la mirada adultocéntrica⁴² que recae sobre las adolescentes y su sexualidad y sus primeras vivencias como personas “independientes”. Con este objetivo buscaré caracterizar el tipo de vínculo que las jóvenes establecen con los distintos adultos con quienes se relacionan, y las limitaciones o habilitaciones que encuentran para ello a lo largo de tres instituciones: la familia, el sistema educativo, y el sistema de salud.

Antes de adentrarnos en las vivencias de las jóvenes en los diversos contextos de estas instituciones, cabe aclarar la exposición de su sexualidad “en público” depende no sólo de la relación que mantiene cada adolescente con las personas con quien comparten sus experiencias, sino también del espacio donde lo hacen: la casa, la escuela, la calle, las plazas o el centro de salud. Con “espacio” haré referencia a aquellos lugares conformados no solo por espacialidades físicas, sino que, como bien indica la geógrafa Doreen Massey (2012), los lugares son productos de procesos y relaciones en constante formación. Entrando en los debates en torno al llamado proceso de “globalización”, la autora argumenta que los lugares no son ni estáticos, ni absolutos y se basan en las interrelaciones y las distintas experiencias que resultan de las mismas (Massey 2012).

Siguiendo esta línea, la sociabilidad de la propia sexualidad de los grupos de adolescentes es un parámetro fundamental para dar cuenta si un espacio posee mayor o menor cantidad de barreras sociales para que los y las adolescentes se desenvuelvan libremente. Y a su vez guarda relación con la apropiación que hacen, en mayor o menor medida, los mismos jóvenes de ese espacio.

El análisis que realicé intenta responder algunos interrogantes que fueron surgiendo a partir del trabajo de campo como, por ejemplo, detectar qué ámbitos son conformados por los jóvenes como lugares amigables para dar cuenta de sus deseos, experiencias y conflictos sexuales, o de qué manera sus valoraciones sobre la sexualidad influyen en esa elaboración de los espacios sociales en relación con los vínculos que los atraviesa. En ese sentido, y en consonancia con la figura del varón trabajada en el capítulo anterior, con quienes se sienten

⁴² Este concepto comprende a los vínculos sociales entre grupos etarios como relaciones de poder, donde el grupo adulto se posiciona por encima de los grupos de niñez, adolescencia, juventud y vejez (Chaves 2013).

inseguras de compartir su experiencia sexual, me referiré a aquellas personas que inhiben a las adolescentes a hablar sobre la propia práctica sexual, a sacarse dudas sobre la sexualidad en general, o que les genera temor que se *aggiornen* sobre su experiencia sexual, como “anti-referentes”.

La madre como la anti-referente más temida ●

Las personas más señaladas por las jóvenes, como aquellas con quienes hablan sobre sus relaciones sexuales, sus temores, curiosidades, deseos y problemas son las amigas mujeres, y en menor medida algunas coordinadoras y profesoras de la escuela. A éstas se opone la figura de los amigos y compañeros varones- ya desarrollada en el capítulo anterior-, por un lado, y la familia por otro lado, particularmente la de la madre. En cuanto al personal docente y de coordinación, la posibilidad de compartir información sobre su sexualidad se vuelve ambigua y depende de algunos factores que detallaré más adelante.

Exceptuando a las hermanas con edad similar a ellas, quienes forman parte del grupo que denominé como *anti-referentes* de las jóvenes son sus familiares. Aquí haré hincapié en la figura de la madre como la anti-referente más fuerte para las jóvenes, cuando de hablar sobre su experiencia sexo-afectiva se trata.

Para adentrarme al vínculo madre-hija y cómo es tensionado desde la experiencia sexual de las chicas, me centraré antes en la figura de la madre que circula entre el grupo social de las y los adolescentes. A comienzos de trabajo etnográfico, entre las recomendaciones y descripciones del grupo que realizó Adriana, se encontraba un resaltado sobre la sacralidad que los y las jóvenes asignan a la madre, y la forma en que una chica puede ser estigmatizada como “puta” por el conjunto de sus pares por haber mantenido relaciones sexuales, pero deja de serlo en el momento en el que contrae un embarazo (r.d.c. 9.6.16). Esto tiene que ver con el imaginario de madre como “sagrada” como bien indagaré más adelante. Según la docente, a raíz de algunos casos que pudo observar del estudiantado en cuestión, la maternidad en potencia hacía que el resto de sus compañeros se olvide de ese estigma, e incluso del acto sexual que mantuvo la joven, que devino en gestación. Esto llevó a preguntarme por el ideario que rodea el rol de madre, y si esa figura es separada del campo de las relaciones sexuales por parte de los actores sociales del campo.

Esta conformación de la figura *madre* tiene distintos tipos de connotaciones significativas. Por un lado, la madre de cada estudiante es objeto de insultos cuando se lo quiere molestar a alguno de ellos, principalmente, en el caso de los varones. Todos saben, por ejemplo, que la mamá de Daniel tiene el trasero más deseado del barrio, y hacen uso de esa información cuando buscan molestarlo (r.d.c. 4.5.17). También aparecen insultos a las madres en los inscriptos de las paredes y mesas de la escuela. Así quedaba ilustrado en la pared del aula de tercer año, donde en una ocasión, antes de que comience el taller pude leer un escrito que decía “los de 3ro somos todos putos” y abajo, escrito en otra tinta y grosor, otro escritor le respondía: “tu mamá es puta, puto” (r.d.c. 11.5.17). De esta forma podemos pensar en la figura materna como sacralizada, y cuando se la sexualiza, se la vuelve profana, ofendiendo a quien se vincula con ella como hijo/a. Al mismo tiempo, así como se puede des-sacralizar a una madre sexualizándola, el sentido inverso también puede operar en la imagen de una persona. Es decir, al ser adquirido el rol de madre, este “purifica” a quien lo obtiene. El caso de una de las estudiantes, Victoria, refleja lo descripto por Adriana, dado que en un principio la llamaban “puta” por haberse acostado con un chico con quien no tenía una relación sexo-afectiva formal, y luego de quedar embarazada se transformó en una persona adorada y cuidada por toda la comunidad estudiantil de la escuela (r.d.c 9.6.16).

A su vez, ha habido situaciones donde los jóvenes accionaron como agentes correctivos de la imagen sacra materna. Bajo la interpretación de los jóvenes, la mujer embarazada se encuentra- contrariamente a lo que sucede con la mayoría de las madres de las y los jóvenes del grupo⁴³- despegada de todo rol laboral. Según contó otra de las docentes, Gloria, quien ocupaba un rol de autoridad en ese entonces, una de las docentes había pasado una situación preocupante por ello. Esto sucedió, contó Gloria, en una de sus clases, cuando sus alumnos le preguntaron por su panza y ella respondió que esperaba un bebé. Inmediatamente los estudiantes le reprocharon que esté trabajando y le dijeron que le iban a “llenar la panza de piñas” si seguía viniendo (r.d.c. 9.6.16). Como bien señala Bataille (1987), la “cosa sacrada” implica siempre un sacrificio, una pérdida. Aquí, la maternidad pareciera tener una imagen victoriana y religiosa, que “sacrifica” su sexualidad y su circulación por el espacio público.

Cabe aclarar que a diferencia de lo planteado por Pantelides, Geldstein & Infesta Domínguez (1995), este grupo de adolescentes mujeres de sectores vulnerados y empobrecidos

⁴³ Nota de campo: si bien la mayoría se encuentra por fuera del mercado laboral formal, en general participan de cooperativas, o trabajan en servicios de limpieza, comedores, entre otros trabajos. Además son quienes se encargan de los cuidados y tareas del hogar.

no tienen como principal proyecto la formación de una familia. Si bien este es un proyecto que aparece en sus relatos, ubicaban sus estudios, carreras o trabajos antes de la maternidad en la propia línea de tiempo que proyectan sobre sus vidas. Aquí cabe aclarar que indagar en lo que dicen sobre la maternidad y lo que luego hacen en torno a ella no es foco antropológico y reflexivo en esta tesis. En términos etnográficos yo tomo estas representaciones vinculadas a la vida reproductiva-la cual en estos otros estudios suele aparecer que el primer proyecto para las chicas- para contrastar con la práctica de la búsqueda de métodos anticonceptivos, donde me propuse indagar en un aspecto que aparecía recurrentemente en el campo sobre como la figura de la madre operaba ahí. Principalmente, porque esa búsqueda, al ser descubierta, funcionaba como disparador para “habladurías” sobre su vida sexual activa, algo que sí es el foco de mi análisis antropológico.

A partir de la relevancia que fue adquiriendo la figura de la madre en el relato de las jóvenes en vinculación a su sexualidad, como bien detallaré luego, me propuse entrevistar a una de ellas. En esa tarea logré entrevistar a Delia, la madre/abuela⁴⁴ de Sofía, quien vivía “en el fondo⁴⁵” de uno de los barrios más empobrecidos del partido. Ella estaba a cargo de un hogar donde convivían las familias de sus 8 hijos/as, por lo cual se responsabilizaba de la crianza de sus 16 nietos, con la ayuda de una de sus hijas en las tareas de trabajo doméstico. Su marido trabajaba todo el día fuera de la casa, y lo mismo sucedía con la mayoría de los padres que habitaban el hogar. Cada familia tenía una pieza, y poseían un espacio común para compartir las comidas con todos los integrantes de la casa. Cuando llegamos al hogar de Sofía, nos recibió un chico de unos 13 años junto con dos bebés de aproximadamente dos años cada uno. Noté que todas las personas que se encontraban en la casa en ese momento- eran las 2 de la tarde- estaban expectantes y medio calladas, observándonos. Ni bien entramos pasamos, primero, por un espacio de recepción con pisos y paredes de cemento, y luego fuimos hacia donde estaba el espacio de comedor. Arriba de la mesa que estaba contra la pared, y al lado de la heladera, había un “altar” con una imagen de la virgen pegada a la pared y una foto de una beba que, según me explicó Delia, se trataba de la melliza de una de sus hijas que había fallecido.

En esa sala tuvimos la entrevista, en la cual Delia habló de la maternidad, entendiéndola siempre como una etapa directamente ligada a la situación del parto. Infiero esto dado que al

⁴⁴ Delia se considera responsable de sus hijas/os y nieta/os en general. En el caso de Sofía en particular, ella es su tutora legal más allá de ser “biológicamente” su abuela, y Sofía se referencia a ella como su mamá, al igual que lo hicieron distintos niños y niñas pequeñas que estaban aquel día de la entrevista, en su casa.

⁴⁵ Así suelen denominar los espacios más encarecidos de los asentamientos, que son aquellas casas donde poseen menor acceso a los recursos estatales, y que menos recursos económicos poseen a nivel familiar.

preguntarle qué le significó ser madre, empezó a hablar de sus experiencias del parto como respuesta. En ellas apareció una descripción de su cuerpo fuertemente asociada a la cuestión reproductiva. También me comentó que cuando le sacaron el útero por un carcinoma que le encontraron en el nacimiento de su último hijo, su cuerpo pasó a ser, para ella, defectuoso, vacío, y “flaquito” (en un sentido negativo). Es decir que, para Delia, su cuerpo exento de la función reproductiva, pasó a ser un cuerpo femenino abyecto. Este imaginario ha aparecido en otros estudios antropológicos donde la función reproductiva se encuentra fuertemente vinculada al ideario de mujer, al punto de que, al perder esa función, la persona puede incluso dejar de ser considerada mujer por la comunidad (Harris & Young 1979).

También es importante resaltar las situaciones de manoseo que expresa Delia al hablar de su maternidad. Ella sentía un “meter mano” constante por parte de los doctores, quienes hicieron la recomendación de la extracción del útero (algo a lo cual accedió sólo para dejar de ser intervenida por los médicos y volver a su casa luego de una internación de post-parto prolongada que tuvo). A su vez, en su relato apareció la figura del marido que es quien dio el consentimiento- algo que se solicitaba hasta que cambió, recientemente, la regulación sobre otras intervenciones como por ejemplo la ligadura de trompas⁴⁶- para que le retiren el órgano. A su vez, Delia detalla cómo en su juventud ella era pasada “de mano en mano” por su familia. Es decir que aparece en su imaginario un cuerpo definido como reproductivo, objetivado, sobre el cual le es difícil influenciar por sí misma, y muy sufrido. Esto entra en relación de alguna manera con el ideario de madre sacra, en cuanto al trato/“cuidado”/manipulación del mismo por parte de la figura masculina.

De esta manera, la figura de madre aparece aquí desdoblada en dos dimensiones: como imagen sacra, que “purifica” el pecado sexual femenino y aparece como “lo intocable” (y por eso es el principal objeto de burla para dañar a una persona); y como función natural, que define el cuerpo femenino en sí y que a su vez se encuentra aprovechada, controlada y dominada por lo masculino (Firestone 1976), es decir, la fuerza/violencia, el páter de familia, y la institución médica. Esto entra en vinculación por lo señalado por Pantelides et. al. (1995) al señalar que el hecho de ser la madre la encomendada de la crianza de las/os hijas/os, uno de los aspectos que arrastra la maternidad es el relegamiento de la mujer al ámbito privado, en oposición a la figura del padre que circula más por el ámbito público, con toda la desigualdad que esto implica.

⁴⁶ La ley 23.130 de Anticoncepción Quirúrgica fue aprobada en el año 2006, y Delia tuvo a sus hijas durante los 80'-90'.

A partir del relato de Delia donde se mostraba ajena a la propia manipulación de su cuerpo, surge el interrogante sobre la manera en la que puede estar proyectando su propia experiencia a sus hijas, al tener en cuenta la preocupación que otorga al cuidado reproductivo de las mismas. Existen investigaciones que respaldan esta idea, como lo es el de María Pozzio (2011), y su estudio sobre un grupo de mujeres madres de un barrio empobrecido del conurbano. La autora indica que las madres, quienes habían comenzado su maternidad en su adolescencia, lamentaban mucho haber sido madres de muy chicas, y remarcaban constantemente que se perdieron la adolescencia y que por eso no querían que les vuelva a pasar a sus hijas. El hecho de que sus hijas jóvenes vayan a comenzar a maternar a temprana edad, aparece como uno de los temores de Delia. Intentando explicarme recomendaciones que daba a sus hijas y nietas adolescentes señaló conversaciones que mantenía con Sofía: *“le dije: vos sí o sí tiene que salir sangre después que vamos a la salita el jueves, que es para que te cuides” (Delia, 2.5.17).*

Si bien como indica Pozzio, la maternidad es comprendida por las madres como “lo mejor y lo peor a la vez” (Pozzio 2011, pp. 55), me interesa detenerme en la dimensión negativa de esta representación. Esta preocupación que manifestó Delia, me llevó a conversar sobre el cuidado en las relaciones sexuales de las chicas. Allí, Delia habló sobre métodos de cuidado que les recomienda utilizar- incluso dijo llevarlas personalmente a los centros de salud cuando sus hijas comenzaban a menstruar- como dispositivo hormonal subdérmico, el dispositivo intrauterino, las “inyecciones” (suministros de hormonas de forma intravenosa, para prevenir la ovulación), pero sin nombrar el preservativo, ni detallar recomendaciones que les haya dado ligadas a la autonomía o el placer.

Así, se podría inferir que, para Delia, el cuidado de la mujer en sus relaciones sexuales tiene que ver más con prevenir el embarazo y no tanto con las infecciones que podría contraer o las formas de evitar situaciones poco placenteras. Aquí, por un lado aparece una figura de madre que, a diferencia del rol maternal tradicional se preocupa por el cuidado reproductivo de sus hijas, se involucra en él y no añora el embarazo de su hija sino todo lo contrario. Y, por otro lado, se puede observar como la “sexualidad plástica” de las jóvenes (Giddens 2012), que refiere a la desvinculación del sexo a la cuestión reproductiva, entra en tensión con las recomendaciones de la madre que presupone un desconocimiento de sus hijas respecto al cuidado anticonceptivo.

A su vez, a partir de la conversación que tuve con Delia, infiero que, como madre, se piensan a sí mismas como el mejor dispositivo anticonceptivo de sus hijas: *“Tuvo una bebé (una de sus hijas), la dejaron embarazada, quedó embarazada en Corrientes. Yo le mandé a*

que la acompañe a la abuela, le lleve, y ahí, cuando yo no estuve, quedó embarazada al toque” (entrevista a Delia 2.5.17). Como bien se puede observar en la cita, la libertad sexual afectiva de las mismas representa un desafío a ese dispositivo de control (Foucault 2005), y el tener una pareja no suele ser bien recibido por las madres. Esto fue señalado, a su vez, en distintas ocasiones por la mayoría de las jóvenes. Incluso, el tener novio puede traer también problemas hacia dentro de los hogares, como en el caso de Sofía. En uno de los almuerzos, Julia se mostraba muy preocupada a raíz de que la joven le había mostrado durante el recreo de la mañana que se había cortado toda la parte interna de la mitad de su brazo. Me comentó que sospechaba que ese episodio había tenido que ver con que su familia rechaza al novio de Sofía constantemente y que esto genera fuertes peleas entre ella y su abuela (r.d.c. 27.10.16).

Asimismo, la casa aparece como espacio posible de control para la mamá, en contraposición a “el afuera” (tanto físico como virtual: celular y redes sociales), mientras que, como mostraré más adelante, la independencia de la casa es un reclamo constante de las adolescentes. Este hecho tiene su base socio-histórica radicada en la construcción de distintos mecanismos de control que se propiciaron a partir del siglo XVIII en torno a la sexualidad de niños/as y adolescentes. Como bien señala Foucault (2007), en aquella época donde comenzó a teorizarse sobre la sexualidad- con el objetivo de ejercer un mayor control social sobre las prácticas- las familias adquirieron un rol de vigilancia cotidiana. Madres y padres adquirieron, en aquel momento histórico donde se comenzó a conformar la estructura familiar aún vigente en nuestra sociedad, un lugar de control hacia sus hijos/as, para evitar que conlleven prácticas sexuales. Para ejercer ese control, Delia ejercía cierta amenaza a quienes lo desafiaban:

“‘Voy a ir, voy a ir’ (decía imitando la voz de Sofía). Bueno si vos te vas donde vos querés, andá. Cuando te vayas vas a ver... no va a ser lo mismo que tu casa. No te vas a acostar y levantar a la hora que querés. Ni sabes si vas a tener comida, si vas a tener leche. Nadie te va a atender” (entrevista a Delia 2.5.17)

De esta manera, la amenaza de la desprotección y de la necesidad es parte del mecanismo de control de la sexualidad que tiene como referente mayor la figura de la Jefa de Hogar, entendiendo el control y la vigilancia de la sexualidad de sus hijas como forma de cuidado directamente vinculada a la prevención del embarazo y obviando las ITS, las situaciones de violencia y el placer.

Esto se vincula con algunos señalamientos que me hicieron distintas jóvenes de la escuela, respecto a las recomendaciones que las madres les dan sobre métodos anticonceptivos,

o los ofrecimientos que les otorgan de llevarlas al centro de salud para obtenerlos. Rocío, por ejemplo, señaló que la madre le dijo que ni bien desee tener relaciones sexuales, la llevaría al centro de salud *“para que me cuide”* (entrevista a Rocío, 9.1.17, 15 años, 4to año). Con Sofía pasó algo similar, dado que siempre que le preguntaba por los métodos anticonceptivos señalaba que su madre le insistía con que se cuide, ofreciéndose para llevarla ella misma al consultorio médico para controlar su salud reproductiva. Incluso, afirmó que la madre le recomendó ir al centro de salud para empezar a utilizar métodos anticonceptivos por más de que ella le aclaraba que no estaba manteniendo relaciones sexuales en ese momento: *“Corte, yo le decía (a su madre), ‘pero si nosotros (ella y su novio) nunca lo hacemos’, ¿viste? Antes que él (su novio) me traiga el tema ese. ‘Si nosotros nunca lo hacemos’, corte, ‘no, tranqui, no...’. ‘Pero igual, para prevenir...’ decía (la madre), entonces...”* (entrevista a Sofía, 4.3.17, 15 años, 4to año). En el caso de Daiana, aseguró que la madre le *“dio la confianza”* para que mantenga relaciones sexuales siempre y cuando no quede embarazada: *“me dijo que si yo llego a venir embarazada me iba a partir la cabeza”* (entrevista a Daiana, 13.12.16, 15 años, 3er año). En este último caso, la madre aprobaba que su hija tenga relaciones sexuales, amedrentando a la joven para que prevenga embarazos, sin intervenir de personalmente en la forma de hacerlo. Aquí no aparece encarnando ella el propio dispositivo de control anticonceptivo, pero la joven percibe en la relación con su madre un lazo/pacto que puede resquebrajarse ante su actividad sexual. Es decir, que la práctica sexual de las jóvenes tensiona ese lazo con la madre en algún punto.

Así, pude percibir que, para las adolescentes, la presencia de la madre en los cuidados sobre sus hijas en torno a su sexualidad entra en tensión con el deseo de las adolescentes de desligar a su madre de aquella actividad que llevan a cabo en torno a la misma. Este aspecto cobra importancia para analizar las prácticas del grupo de adolescentes, si tenemos en cuenta la reflexión teórica de Mario Margulis (2001) en torno al lugar que ocupa la cultura en las prácticas anticonceptivas de los sectores más empobrecidos. Aquello que el autor apuntala en su obra es que la provisión de información sobre, y/o acceso a, los métodos anticonceptivos para estos sectores más vulnerados socioeconómicamente no es lo único que determina el efectivo cuidado en sus prácticas sexuales. En esa encrucijada, el factor cultural opera fuertemente y es fundamental comprender de qué manera lo hace en cada grupo socio-histórico en concreto.

Es por eso que me resulta fundamental analizar cómo, a pesar del reconocimiento de las madres sobre sus hijas como personas que poseen cuerpos reproductivos activos (y no tanto deseantes), y el rol que adquieren como responsables en la prevención del embarazo, aparece entre las jóvenes un temor a que sus madres se enteren que tuvieron o mantiene prácticas

sexuales. Aquí cabe traer el estudio etnográfico de Kristi Anne Stolen (2004) y su análisis de cómo las madres de aquella comunidad rural de la provincia de Santa Fe, adoptaban en rol de protectoras de la sexualidad de sus hijas, pero con un sentido distinto: el objetivo constaba en preservar vírgenes a sus hijas para no manchar su imagen ante la sociedad. En el caso de Delia, su objetivo constaba en que sus hijas no queden embarazadas. Sin embargo, por más apertura que muestren las madres, quienes las perciben como sexualmente activas, las jóvenes temen que sus madres lo confirmen. En el caso de Rocío, si bien la madre puso a disposición su acompañamiento para cuando comenzara a tener sexo, la joven afirmó en la misma entrevista que nunca se animó a contárselo (entrevista a Rocío, 9.1.17, 15 años, 4to año).

En el caso de Clara, también compartía ese temor, pero por experiencias ya vividas. Ella era una de las adolescentes más tímidas del curso, y criticaba su apariencia constantemente. Era una joven menuda, de estatura mediana, estaba esperando poder realizarse unos arreglos en su dentadura, y tenía el pelo mullido, marrón, enrulado y frisado, hasta la cintura. En una de las actividades realizadas en el taller, donde cada una debía nombrar al menos dos cualidades propias, Clara no indicó ninguna y se sorprendió cuando, en el paso siguiente donde la persona que estaba al lado debía nombrar una cualidad, se halagó su pelo. Cabe resaltar que en la escuela todas las jóvenes se arreglan y maquillan para ir asistir, pero ella comenzó a realizarlo recién pasando los 15 años, algo que pude percibir de forma muy marcada. En la entrevista que le realicé, la estudiante me comentó que ya no se quería besar más con nadie de la escuela dado que anteriormente, cuando lo hizo con uno de los chicos, su hermano- quien trabajaba en la misma institución educativa-, se enteró y acudió a la peor fuente. Habría que ver si esto continuó siendo así luego de haber cumplido los 15, algo que sucedió a finales del campo, donde pude detectar que Clara había cambiado su forma de vestir y peinarse abruptamente. En los últimos meses ella comenzó a usar maquillaje diariamente, a subir con mayor frecuencia autofotos posando a las redes (en soledad y acompañada por amigas/os), y a utilizar distintos peinados. Aquí es importante tener en cuenta aquello señalado en la introducción en torno a la edad cultural, para comprender como opera en la sexualidad de las jóvenes, en conjunto con la edad jurídica de los 18 años.

Rocío indicó en la primera entrevista que le realicé, que muchas de sus amigas ya habían tenido sexo a sus 14 años, pero que ella deseaba esperar un poco más. Cuando le pregunté cuál sería la edad ideal para poder hacerlo, indicó que los 15 años es una edad donde ya, en lo particular y en lo general, le parecía bien que mantengan prácticas sexuales. En cuanto al umbral de los 18 años, suele ser el límite que culmina con la estigmatización de las jóvenes sobre la

práctica sexual en cuanto al aspecto etario. Algo que evitaría, al menos en ese sentido, tener que ocultarse de su entorno para llevarla a cabo. Alma lo señaló detalladamente aquella vez que fuimos a la plaza junto a Florencia, quien acordaba con sus argumentaciones en torno a esto:

“Yo: ¿porque a los 18 sería una buena edad?”

Alma: Porque sos más grande. ¿Entendés? como que...no sé, sabes más manejarte. Y como que...sabes que está bien. Hacerlo. Como que es tu edad. Y ahora como que sos chica y como que está mal lo que estás haciendo. Tenés que ir ocultándote para hacerlo. ¿me entendés? y cuando ya sos más grande como que no... es normal.” (entrevista a Alma, 11.2.17)

Por lo tanto, si bien los 15 años aparecen como un margen que, al cruzarlo, sexualiza a las adolescentes mujeres, se trata de una sexualización todavía no del todo correcta y controlada por las familias y el mundo adulto. Algo que al cumplir la mayoría de edad se desvanecería. Esto se relaciona con el umbral que señala Eugenia Zicavo (2008) en cuanto a la maternidad en las adolescentes, considerando esta “función social” como aquel aspecto que culmina con aquel período libre de responsabilidades que define a la adolescencia en sí misma. La autora concluye, a partir de un estudio realizado a un grupo de adolescentes de sectores empobrecidos, que, si bien se consideran los 15 años como una edad temprana para ser madre, los 18 años son señalados como edades ya adecuadas para maternar. Es interesante que se trate del mismo umbral que señalan las jóvenes como ambiguo para identificarse como “aptas” para llevar a cabo prácticas sexuales. Aquí es pertinente tener en cuenta algunas cuestiones vinculadas a la menstruación, considerando que los 15 años es una edad en la cual la mayoría de las adolescentes ya han tenido su menstruación. El hecho de que sea un umbral etario vinculado a la menstruación tiene una carga social que se asocia a la comprensión del cuerpo femenino como cuerpo sexuado, algo que implica una carga socio-cultural de “lo femenino” a esos cuerpos. Es decir, que aquí opera el imaginario en torno a la menstruación entendido como proceso socio-biológico a partir del cual se construye la femineidad, ligada a la cuestión reproductiva (Douglas 1973; Gómez 2006). En ese sentido, se sexualizan sus cuerpos, algo que pude observar con las jóvenes de la escuela, y que fue particularmente reflejado en el cambio de actitud de Clara, que describí anteriormente, al cumplir sus 15 años.

Para las adolescentes estas representaciones de la edad entran en relación con la vinculación de la familia, y en particular de las madres, como anti-referentes. Florencia argumentó en la entrevista que el motivo de su reticencia a hablar sobre sus prácticas sexuales con su madre tenía que ver con su edad: *“como que soy muy chica para hablar (sobre sus relaciones sexuales con su familia)” (entrevista a Florencia 11.2.17)*. También señaló que

presentaba temor a las consecuencias que podrían desencadenarse luego de que su madre se enterara con quién fue que tuvo su primera relación. Según Florencia, la madre no tenía aprecio por ese joven dado que lo consideraba una mala influencia. Existe una similitud entre la madre de Florencia y el caso de Delia, quien imagina a los hombres del círculo de amistades de sus hijas como peligro inminente para ellas si se relacionaban con ellos. Estos peligros eran relacionados por la madre al consumo de drogas y alcohol, o la concreción de actos delictivos como el robo. Aquí cabe retomar los estudios de María Pozzio (2011), quien identifica un aspecto en común entre sus informantes en cuanto a las representaciones sobre sus hijos adolescentes. Por un lado, señala que el orgullo de las mujeres tenía que ver fuertemente con el cuidado de sus hijos. El mismo constaba en “que ‘no anden en la calle’, que no se droguen, y en el caso de las hijas mujeres, que estén en la casa y que ayuden a sus madres en las tareas del hogar y el cuidado de los hijos más pequeños” (Pozzio 2011, pp. 61). Por otro lado, la autora infiere que, para las madres, la adolescencia es percibida como una edad de riesgo en sí, peligro que empieza a aparecérselas cuando alguno de sus hijos se acerca a esa etapa etaria. En ese sentido el dispositivo de control desplegado por las madres, tiene cierto vínculo con alejar ese peligro y acercarlas al hogar.

Siguiendo esta línea, no resulta tan llamativo que Delia haya situado ese peligro en las afueras de la casa, puntualmente en “la esquina”. “La esquina” o “vereda”, no tenía que ver tanto con un punto geográfico de las calles de los barrios donde habitaban, sino con un sitio donde se encuentran los jóvenes, en la calle del barrio, a disfrutar momentos de ocio. De esta forma, la casa se contrapone al afuera peligroso- constantemente demandado por las jóvenes-, conformándose para las madres como un refugio donde pueden ejercer su control. Martín Boy (2015) analiza ciertas apreciaciones morales que excluyen a ciertos sujetos de determinados espacios públicos y como estas los limitan y encierran en otros. Si bien los hogares de las jóvenes no son necesariamente “otros espacios públicos”, pude observar cómo, a partir de parámetros morales que las madres tienen sobre la sexualidad adolescente, excluyen a las chicas de espacios públicos como las calles del barrio, y limitan su circulación al perímetro de su casa. A veces se les permite salir a locales bailables, bajo tutela de algún primo o hermano como sucedía con Rocío. Pero más allá de las actividades extracurriculares de la escuela, partidos de fútbol, o fiestas de 15, las jóvenes de la escuela no solían frecuentar otros espacios- recitales, boliches o fiestas que realizan en el barrio-, más allá de que lo reclaman constantemente. Alma, por ejemplo, sostenía que no la dejaban ir a una fiesta que organizaban adolescentes de su *barrio* “*porque siempre termina a los tiros*” (entrevista a Alma, 11.2.17). Los espacios que detecté

que solían transitar para encontrarse con otros pares eran las murgas, que son ambientes heterogéneos (también participan familiares, o personas de edades variadas), y lo hacen de forma regulada. Sofía, por ejemplo, señalaba que la madre no la dejaba ir a la murga si no era en su compañía (entrevista Sofía 4.3.17, 15 años, 4to año). Podríamos pensar ese “afuera de la casa” (las murgas, la esquina, la fiesta del barrio) como esos “espacios otros” que Foucault (1984) denominó *heterotopías*, dado que son, como bien indica el autor, espacios donde se dan y se habilita socialmente a que se den- encuentros/acciones entendidas como desviadas a las normas. Es en esos espacios donde las jóvenes pueden desviarse de las normativas de la madre, donde se dan encuentros sexuales en lo concreto, o en potencia. Existe entonces una espacialidad ligada al control de la madre sobre sus hijas, y esto limita la movilidad de las jóvenes y por ende su práctica sexual. El transitar por fuera de la casa brinda una libertad a las jóvenes y este hecho es regulado por sus madres en tanto pueden realizarlo. Por ejemplificar un caso extremo, en uno de los talleres, Alma describió su casa y contó que su madre le había colocado un candado a la ventana de su cuarto para que ella no se escape, a raíz de haber desobedecido las órdenes de su madre en ocasiones donde le había prohibido salir con sus amigas (r.d.c. 20.10.16). Delia había advertido en la conversación que tuvimos en la casa de Sofía que una de sus hijas realizaba exactamente lo mismo: “*A la mamá (de Sofía) le gusta ser libre (y sonrío buscando complicidad en mí). De chica, a los trece años, se me escapaba por la ventana. ¡Tremenda era!*” (Delia, 2.5.17). Lejos de buscar realizar un análisis valorativo sobre las acciones de las madres o de las hijas adolescentes, recupero estos datos de campo para comprender las limitaciones que encuentran las jóvenes en torno al desenvolvimiento de su práctica sexual y los accionares que a partir de allí realizan.

Aquí es oportuno retomar el concepto de *cazadoras furtivas* del segundo capítulo, en relación a cómo las jóvenes emplean tácticas- en términos De Certausianos-, adquiriendo mayores márgenes de acción sin tratarse de acciones de resistencia, y realizándolo dentro de los marcos socio estructurales en los cuales se encuentran subsumidas, para comprender los contextos en los cuales ellas realizan su práctica sexual, y cómo actúan para sortear el control familiar. Gran parte de las experiencias sexuales que dijeron haber vivenciado las jóvenes se dieron, aparentemente, de forma espontánea. Tanto Rocío, Alma y Florencia se referían a su primera relación sexual como algo que sucedió en el momento. Por ejemplo, la manera en la cual Rocío describió esa primera relación sexual con su ex-novio, a quien conoció en la escuela, y vivía con su padre quien solía dejarlo solo por largas horas, ilustra la espontaneidad del acto:

“B: ¿cómo surgió?”

R: sí, como que...siempre íbamos a la casa. Y yo, la primera vez que yo fui- no, no fue la primera vez, ya había ido- pero fui... y pasó.” (Entrevista a Rocío, 9.1.17, 15 años, 4to año)

Circunstancias como estas fueron manifestadas por otras chicas, como es el caso de Alma, quien intentando explicarme la manera en la cual llegó a tener relaciones sexuales con un amigo, indicó que ella por lo general lo hacía “*cuando pintaba*”, y que en ese caso se dio en una ocasión donde estaban en la plaza, y se les ocurrió ir a la casa del joven, “*él no me dijo nada...pasó*” (Entrevista a Alma, 11.2.17, 15 años, 3er año). Por su parte, también Florencia se refirió a su primer experiencia sexual como una situación que se dio espontáneamente: “*estábamos en la casa y... pasó*” (Entrevista a Florencia, 11.2.17, 14 años, 4to año).

Si bien las experiencias señaladas se dieron en los hogares de sus respectivas parejas sexuales, las jóvenes relataron prácticas tanto propias como ajenas que se dieron en otros espacios. Florencia, por ejemplo, me contó a modo de chisme, aquella vez que fuimos con Alma a la plaza, que en una fiesta de quince a la cual había asistido, una joven tuvo sexo con otro chico en el baño del salón. La espontaneidad del acto también se dio en aquella situación que detalló Daiana donde se besó con un desconocido que le gritó cosas al pasar con la moto. Ella describió el desencadenamiento de los hechos de la siguiente manera:

“D: Entonces yo lo llamé y vino y fue, bueno, listo.

B: ¿ahí cómo fue? empezaron a hablar...

D: No, y me dijo si le daba un beso, “sí”, y listo. Un beso.” (Entrevista a Daiana, 13.12.16, 15 años, 3ero)

Otra de las situaciones relatadas por Daiana que denotan momentos donde la práctica sexual suele darse de manera táctica (De Certeau 1996), - en circunstancias que habilitan a que sucedan pero que no fueron premeditadas- es aquella que contó sobre una amiga adolescente suya a quien le surgió tener su primera relación sexual con su novio “*se bajó los pantalones, ¡y listo!*” (Entrevista a Daiana, 13.12.16, 15 años, 3ero).

Esta manera de describir la forma en la que se dan las situaciones donde tienen prácticas erótico-sexuales me lleva a reflexionar sobre cómo las jóvenes surten los distintos limitantes que se encuentran a la hora de tener relaciones. Infiero que esto entra en relación con los factores limitantes que vengo analizando a lo largo de la tesina, como la conformación socio-cultural de la edad, el control de las familias- y en principal el de las madres-, o el rol que ocupa socialmente la sexualidad femenina. Entiendo que estos aspectos acotan las posibilidades situacionales de

las adolescentes para mantener relaciones sexuales y se infiltran en los imaginarios sociales de la propia sexualidad, permeados por aquello que Chaves conceptualiza como adultocentrismo. La autora explica que este tipo de relación de poder, se trata de una modalidad de comprensión de las relaciones etarias que no son propias de aquel grupo dominante, sino que es transversal a todas, y toda la comunidad aporta su consenso para que se sostenga ese tipo de vínculo desigual. Así, no se trata de una regla dictada por las madres que es acatada/obedecida por las jóvenes, sino que se posiciona en el imaginario social de la población adolescente de una forma más compleja.

A su vez, otro ámbito que desafiaba ese dispositivo de control maternal era el virtual. Ya señalamos en el capítulo anterior la manera en la cual las jóvenes conocían gente a partir de las redes. En la conversación que tuve con Delia aquella vez que fui a la casa de Sofía, hablando de los peligros que atraviesan las jóvenes hoy en día la jefa de hogar señalaba a las redes como un punto donde su control no podía inmiscuirse:

“Porque ‘hoy en día, las joden a las pibas’, le digo. Los varones dicen: ‘te quiero a vos’, ‘te amo a vos’... ¿qué te ama? si mañana está con la otra... o al rato te mandan mensaje, te ponen un encuestado⁴⁷, te mandan... todo eso que hay ahora en Facebook y toda esa cosa ¡es un quilombo!...y yo no estoy acostumbrada. Ni a Facebook ni a nada” (entrevista a Delia 2.5.17).

El hecho de que la hija de Delia esté todo el tiempo usando el celular, en Facebook y WhatsApp, la incómoda. De esta manera, las jóvenes tienen la posibilidad de desafiar el control adulto-familiar, a partir del uso del celular y las redes sociales, herramientas por excelencia para los juegos de seducción de lo/as adolescentes.

A su vez, y volviendo al señalamiento de las jóvenes sobre sus madres como anti-referentes, en una ocasión Florencia recurrió a mí por el espacio de consejería al cual pertenecía en ese momento, a raíz de su sospecha y temor de estar embarazada, la mayor preocupación que tenía en esa situación era que su madre se entere de esa sospecha (r.d.c. 22.11.16). El primer contacto en torno a su solicitud fue por mensaje de WhatsApp un día anterior al día de la semana en el que se dictaban los talleres. Me preguntó si podría llevarle un test de embarazo a la escuela y le comenté que los test estaban en el espacio de consejería que se encontraba a dos cuadras de la misma. Entonces acordamos que iríamos luego del taller al espacio. Por lo general, en la

⁴⁷ Ver en Capítulo 2 el posteo de Alma donde sugiere que los usuarios que la sigan respondan con una opción a su pregunta.

escuela ella siempre estaba sonriendo y haciendo chistes todo el tiempo, pero al día siguiente, cuando fui allí para dar el taller como todas las semanas, noté que estaba más callada de lo normal. Cuando terminó el taller, le pregunté si estaba lista para ir a la consejería, y fuimos a buscar a su novio que estaba jugando con otros compañeros. Salimos los tres a la calle, su pareja volvió a juntarse con otros amigos, y cuando la joven le insistió, el chico no respondía a su insistencia. Luego de unos minutos el novio le dijo “no, no, yo te espero acá” y se sentó en la vereda. La joven lo miró fijo por unos segundos, y luego cerró las pestañas, tomó aire, las abrió y me pidió que vayamos.

Al llegar al espacio, nos sentamos, le expliqué la dinámica de consulta, le pregunté si el test era para ella, y asintió. Me indicó que estaba con una infección urinaria, que hace dos meses que no toma pastillas anticonceptivas, que algunas veces no se cuidó y que le vino la menstruación dos veces en un mes. Su miedo era principalmente, según indicó, tener que ir a realizarse una ecografía con la mamá y que esta vea que ella estaba embarazada. “*Mi mamá no puede saber*”, me remarcó. A su vez, cuando le pregunté el motivo por el cual había dejado de tomar las pastillas me dijo que fue porque su mamá se las encontró. En cuanto a la posibilidad de que el test diera positivo indicó que desearía no tenerlo. Seguidamente le informé los motivos por los cuales en su caso es legal, y relaté brevemente las distintas formas seguras de interrumpir el embarazo, siguiendo el procedimiento protocolar del espacio. Realicé hincapié en la recomendación de realizarlo acompañada por un seguimiento médico adecuado, y que podíamos derivarla a un centro de salud que garantice su derecho⁴⁸. En cuanto al acompañamiento, ella resaltó que no podría hacerlo su madre y le pregunté si le podría contar con su coordinadora. Acordando con ello indicó que hasta podría ser quien la acompañe a la consulta médica. Cuando le indiqué el domicilio del centro me dijo que le preocupaban las distancias ya que la mamá sabía sus horarios y se daría cuenta, si llegaba tarde a su casa, que estuvo en otro lado. Cuando terminamos quise darle material con información, pero la folletería la tenía una compañera que estaba dando unas capacitaciones en ese mismo edificio. A la salida nos encontramos con mi compañera en planta baja y le consulté a Florencia si podría esperarme

⁴⁸ El art. 86 del código penal de la nación establece que el aborto no es punible en 3 casos, algo que fue certificado a partir del “Fallo F.A.L.” (2012): en casos donde está en riesgo la vida de la mujer, en casos donde el embarazo fue producto de una violación, y en casos donde se arriesga la salud de la mujer (entendida desde los tratados internacionales con la OMS de forma integral-física, psíquica y social- y no como una mera falta de enfermedad). A su vez refiero al derecho a la información y otros derechos sexuales y reproductivos vigentes enmarcados en, además del Código Penal y los tratados internacionales, las siguientes leyes: 25.673 de salud sexual y procreación responsable, 26130 de anticoncepción quirúrgica, 25485 de prevención, asistencia y erradicación de la violencia contra las mujeres, 25.929 sobre derechos de la mujer en relación con el embarazo y parto, 26.061 de protección integral de los Derechos de las Niñas, Niños y Adolescentes, 26.529 sobre derechos del paciente, y la Resolución 3146/2012 del Ministerio de Salud Provincial del Protocolo de Atención Integral de los Abortos No Punible.

unos minutos para buscarla, pero estaba con mucha prisa de volver, ya que no se dio cuenta que había pasado media hora. Recordé lo que dijo sobre el control de sus horarios de su madre y nos despedimos.

De este ejemplo se destacan dos cuestiones importantes a indagar reflexivamente en este grupo de adolescentes, que tiene que ver con la influencia de la figura de anti-referente madre/familia en otros ámbitos por los cuales circulan. Es decir, que permite analizar, como lo haré en el próximo apartado, la manera en la que la omnipresencia de la madre, como fantasma disciplinador, juega en las representaciones de las jóvenes en torno a otros mundos adultos con los cuales se relacionan por fuera de su hogar: el centro de salud y la escuela.

La escuela como semillero de referentes aliadas •

Por un lado, la figura de anti-referente de la madre, aparece como vemos en el caso de Florencia, como barrera para que las jóvenes se acerquen a los centros de salud. Si bien la edad -algo que señalamos anteriormente como factor que pesa sobre la sexualidad de las jóvenes- puede llegar a influir en la autonomía de las chicas a la hora de asistir a un centro de salud para obtener información e intervención en su salud sexual y su salud reproductiva⁴⁹, la omnipresencia de la madre aparece como una barrera más para el acceso a estos derechos.

Aquí creo preciso traer nuevamente los estudios de Pozzio, dado que la autora analiza la manera en la que las instituciones de salud destacan la figura de la madre como principal destinataria e interlocutora de las políticas de salud. En ese sentido, Pozzio destaca cómo la figura de la madre se encuentra presente en los centros de salud de manera prioritaria, ya sea desde la señalética, la comunicación, o los tratos (Pozzio 2011; 31). Es decir que los centros de salud suelen tener como eje central la figura anti-referente que suele ser traída más frecuentemente por las jóvenes en sus relatos en torno a su sexualidad.

A su vez, en el caso de Florencia este hecho puso en riesgo su salud, no sólo por el peligro que suele prestarse en jóvenes-y más cuando provienen de sectores empobrecidos

⁴⁹ Cabe recordar que el Código Civil y Comercial de nuestro país establece que las y los adolescentes de 13 a 16 años tienen aptitud para decidir por sí mismos sobre la realización o no de todas las prácticas y tratamientos, con la excepción de aquellos que pudieran implicar riesgo grave para su salud o su vida. Y quienes sean mayores de 16 años, ya poseen capacidad plena para la toma de decisiones sobre el cuidado del propio cuerpo. Incluso, en aquellos casos de adolescentes menores a 13 años, quien decide sobre su capacidad y el acompañamiento que precisa es el profesional de la salud, pero siempre debe tener en cuenta la voluntad de la niña/niño.

(Checa 2002)- que recurren a un aborto clandestino en el caso de estar embarazadas, sino también por los dolores que tenía hace dos meses por una infección urinaria que nunca se había tratado. Entonces, la figura de la familia, y particularmente el de la madre, aparece como un peligro que las jóvenes perciben respecto a asistir al centro de salud, entendido como un espacio de dominio del mundo adulto. Las adolescentes sienten temor y vergüenza de acudir debido a que la gente que precisa ir o trabaja en ellos las conocen a ellas y a sus familiares. En ese sentido, sostienen que con sólo ser identificadas allí se puede disparar un conjunto de habladuría barrial y familiar sobre su persona, y, sobre todo, *aggiornar* a la antirreferente más nombrada, su madre, sobre su experiencia sexual. Respecto a este tema es importante retomar los estudios sobre las esferas públicas y privadas de Michelle Rosaldo (1979), quien explica cómo lo femenino es relegado a las esferas privadas, mientras lo masculino prevalece en las esferas públicas. La autora indica que este hecho tiene que ver con un resaltado cultural constante de estos roles que adoptan lo femenino y lo masculino en los distintos espacios e instituciones sociales, y no con una determinación natural de los mismos. En este caso, la sociedad a la cual pertenecen las jóvenes asigna un correctivo al hecho de que circulen por espacios públicos como los centros de salud, basado en el chisme en torno a sus prácticas sexuales que son estigmatizadas. Recordemos también el señalamiento de Pozzio sobre el “orgullo de madre” que aparece cuando las jóvenes se desenvuelven mayormente en el ámbito doméstico, lejos de las calles y espacios públicos. De esta forma, si bien las instituciones de salud suelen ser hostiles y desgastantes para los sectores empobrecidos en general (Lipsky 1999), a estos espacios institucionales de salud se les suma una barrera más a su acceso, dirigido puntualmente al grupo de las adolescentes, que tiene que ver con factores socio-culturales.

Entonces, este tipo de temores, alimentados por la moralización adultocéntrica y sexista que he ido demostrando que se ejerce hacia la sexualidad de las chicas, se extienden al punto de obstaculizar el acceso de las jóvenes a los centros de salud. Estos lugares son representados por las adolescentes como ámbitos donde una vecina, familiar o conocida de familiar puede encontrarlas solicitando métodos y divulgar entredichos sobre su sexualidad, opinando evaluativamente sobre sus acciones, y difundiendo información cargada de valoraciones sobre sus prácticas, que indefectiblemente llegarían a oídos de su madre. Aquí cabe retomar a Massey (2012), quien señala que la experiencia de los actores, sobre la cual se basa la conformación de los lugares, se encuentra mediada por una “geometría del poder” que excede las opresiones que trae el sistema capitalista. Es decir, que existen determinadas relaciones de poder que limitan

la movilidad de ciertos sujetos/as hacia determinados lugares, y que no dependen únicamente de las relaciones en torno al capital (Massey 2012; 114).

Esto se ejemplifica muy bien en un comentario que realizó Alma cuando, en una conversación que tuvimos sobre su posibilidad de conseguir métodos anticonceptivos, sostuvo que no se animaba a acercarse al centro de salud cercano para obtenerlos por temor a que los conocidos de su madre que trabajaban allí se lo cuenten:

“Belén: ¿vos tenés algún centro de salud cerca de tu casa?”

Alma: Sí, pero yo no voy por ahí..

B.: No vas nunca?

A.: No, porque sé que ellos la conocen a mi mamá y tengo miedo que la buchoneen.

B.: ¿Y otra salita que no sea esa?

A.: No, no conozco...”

(entrevista a Alma, 11.2.17)

El centro de salud, o “salita”, son instituciones que fueron pensadas como desprendimientos de los hospitales (de hecho, todos dependen de un área programática de algún hospital cercano) para brindar una atención primaria de salud que se acerque a los barrios y favorezca el acceso de estas poblaciones más vulneradas a los recursos de salud estatales. En este caso, el relato de Alma retrata una situación frecuente en las adolescentes: conocen el centro de salud, saben que allí se brindan anticonceptivos e información sobre su salud reproductiva y derechos sexuales, pero su acceso queda restringido ante el temor de que su madre pueda inferir que mantiene relaciones sexuales a través de su acercamiento a la salita.

A partir de estos ejemplos, y otros que se asemejaban, pude delinear en términos teóricos una geometría del poder (Massey 2012) que no permite a las jóvenes acceder libremente a los centros de salud, no sólo por su condición de estudiante (que pondría en tensión la relación escuela-familia, como fue señalado en la introducción), sino también por una condición etaria, que las sitúa como mujeres demasiado jóvenes para tener relaciones sexuales, y por el temor vinculado a la anti-referente madre. Aparecer en la salita del barrio puede significar un despliegue de habladurías sobre su persona que las jóvenes no desean tolerar, al punto de preferir no acceder al cuidado de su salud. De esta forma, la familia puede jugar fuertemente como factor por el cual las chicas dejan de acceder a métodos anticonceptivos.

A su vez, pude identificar que, para las adolescentes, el primer peligro que se les aparece en torno al embarazo gira en torno a la posibilidad de que sus madres se enteren sobre su

práctica sexual activa, antes que la preocupación que les despierta el hecho de tener que interrumpir sus estudios y otras prácticas cotidianas por una maternidad consecuente. Algo similar sucede en cuanto al uso de los métodos anticonceptivos y las barreras culturales con las que se topan.

A veces las jóvenes no deseaban cargar con preservativos por miedo a que algún familiar viera que los cargaba, como en el caso de Daiana que en una de las ocasiones que llevé preservativos al taller me indicó que no podría llevarse ninguno a su casa. Esto me generó curiosidad, dado que habíamos estado hablando la importancia de no depender de la pareja sexual varón para que opere como proveedor del método en la relación sexual. Entonces le pregunté el motivo por el cual no podría hacerlo y señaló que si se llevaba los preservativos sus hermanos pequeños (de entre dos y ocho años) que suelen revisarle sus cosas en el cuarto, se lo encontrarían y jugarían por toda la casa con ellos (r.d.c. 11.5.17). Esto, supuse, la dejaría expuesta para con el resto de los miembros de la familia.

Otras veces seleccionaban las inyecciones como método anticonceptivo dado que las exponía menos frente a los integrantes de su hogar. Esto lo señaló Laura en uno de los talleres donde realizamos una dinámica lúdica para dar información sobre la diversidad de métodos anticonceptivos, de la cual, cabe señalar, las jóvenes poseían mucha información al respecto (4.5.17). En el caso de Florencia relatado anteriormente, puede observarse como ella dejó de tomar sus pastillas diarias cuando la madre se las encontró entre su ropa, al desnudarse para una consulta médica. Y esto, a su vez, le generó posteriormente el temor de realizar una consulta con el ginecólogo por miedo a que, en el supuesto caso (aún no se había realizado el test de embarazo) que esté embarazada, su madre se entere. Aquí, percibí que el mayor temor de la joven estaba basado precisamente en el hecho de que la madre se entere que había tenido relaciones sexuales. Si bien no es un tema a desarrollar en mi tesis es preciso rescatar aquí aquellos estudios que muestran que la concepción en torno a la maternidad a edades tempranas no tiene la misma repercusión cultural en los sectores empobrecidos respecto a aquellos más favorecidos socioeconómicamente. Este tema ha sido ampliamente desarrollado por otros estudios socio-antropológicos que detectaron una valoración positiva a la maternidad que chocaban con aquellos occidentales y de clase media/alta (Adaszko 2005; Urresti 2003; Marcus 2006). Pero, de todas formas, aquí me interesa marcar el lugar prioritario que asignan las adolescentes a la madre como anti-referente.

Otro de los aspectos significativos para el campo, que se puede desprender también del relato de Florencia cuando solicitó el test de embarazo, es el hecho de que ella haya accedido a contarle lo que le pasaba a su coordinadora y solicite su acompañamiento para acercarse al centro de salud. Esto es, el resguardo que las jóvenes encuentran en las escuelas para poder hablar de su sexualidad y compartir experiencias, disconformidades, problemas e inquietudes en torno a la misma.

Este eje del capítulo deviene, a su vez, de mi lugar en el campo, ocupado y reubicado por los distintos actores como “profe de taller”. Como bien detallé en la introducción, mi entrada al campo se dio de forma indirecta, donde, para evitar los posibles rechazos de los adultos de efectuar un estudio de esta índole con las jóvenes, mi *coming out* como antropóloga se dio luego de dos meses. De esta forma, las jóvenes codificaban mi presencia como “la profe”, incluso en aquellas instancias donde ya les había explicitado mi tarea como investigadora. A su vez, mi lugar como profesora no se trataba de un rol docente tradicional: por un lado, era en todo caso profesora de un taller que permite dinámicas más desestructuradas y genera un vínculo docente-estudiante bien distinto al de una clase tipo; por otro lado, los contenidos tratados en el espacio también desafiaban las lógicas curriculares rutinarias de la escuela, al menos hasta ese entonces. Y esos contenidos eran casualmente temas relacionados a la sexualidad, algo que prestaba para que las jóvenes se vinculen hacia mí en un sentido distinto al cual lo hacían con otras/os docentes. Desde ya, y como bien indiqué en la introducción, en el ejercicio mismo de proximidad etnográfica se construye con determinados actores del campo un lazo con cierta confianza que permite un acceso a la intimidad de los mismos (Herzfeld 1997). Pero pude identificar que este otro de los factores que se ponía en juego en ese confiar y contar intimidades, vinculado a mi rol como “profe”.

El caso de Florencia es un ejemplo de ello, donde su mensaje de WhatsApp a las once de la noche me hizo reflexionar en torno al lugar que puede ocupar un/una docente en la vida de las jóvenes. Lugar que a raíz de algunas situaciones que llegué a conocer, no se da para todo el plantel docente en general, pero sí es propiciado en algunos vínculos específicos.

Este aspecto cobra importancia al entender los espacios escolares al igual que lo hace Guadalupe Molina en *Género y Sexualidades entre estudiantes secundarios. Un estudio etnográfico en escuelas cordobesas*, como “lugar de ensayo” de la conformación de las identidades. La autora explica que las y los adolescentes aprovechan escapar de la presión familiar en la escuela, apropiándose de ella, y llegan a extrañarla- algo que también pude apreciar en mi campo etnográfico. En ese sentido, la autora describe el ámbito escolar como

lugar central para la educación en torno a temáticas de género y sexualidad dado que es un espacio donde se expresa la sociabilidad juvenil entre la interacción entre docentes y estudiantes, y que se articula y es interdependiente con el afuera donde transitan las y los jóvenes (Molina 2013, 177). A su vez señala que en estos espacios las y los estudiantes suelen establecer su impronta, creando “nuevas escenas” a las cuales docentes, autoridades, y coordinadores deben responder de forma improvisada y creativa (Molina 2013; 30).

Siguiendo estas lecturas, pude repensar la institución educativa a la que concurren, como un espacio que, con cierta ambigüedad, se la considera como un lugar donde poder hablar libremente de su sexualidad, dado que abarca tanto a referentes como anti-referentes adultos (y jóvenes también, como ya he desarrollado en el capítulo anterior). Las jóvenes hablan de su sexualidad con distintos actores adultos de la escuela, en su mayoría del plantel femenino: profesoras, coordinadoras, y autoridades, quienes suelen figurar como referentes de sexualidad para las chicas, y que poseen una sensibilidad en torno a la desigualdad de género y violencia hacia las mujeres. Aquí cabe resaltar que figuras como la vicedirectora propiciaba eventos en fechas de agenda feminista, como lo es el 8 de marzo, el 3 de junio, o el 23 de noviembre, para organizar actividades (recopiladas en mi trabajo de campo) como lo fueron una concentración en la calle peatonal del municipio con pancartas, una visita a centros de salud para entregar mensajes que escribían las jóvenes en torno a la violencia hacia las mujeres, o la conformación de cartulinas-mural para pegar en las paredes de la escuela, respectivamente. De esta forma, infiero que las adolescentes acuden para hablar de su sexualidad con aquellas que perciben que no las juzgarían ante determinados actos, hablando sobre estos temas en presencia de ellas con naturalidad, sin temor a que las escuchen. Este hecho lo pude observar tanto por parte de la observación participante en los talleres, como también desde los relatos de las chicas y los relatos del plantel docente y no docente de la escuela.

Luego de los primeros talleres, docentes y no docentes solían acercarse a nosotras para señalarnos aspectos del grupo que les parecía importante que sepamos. En una ocasión una de las autoridades de la escuela se quedó hablando con nosotras en la vereda de la puerta de la escuela, cuando ya no había mucha movilidad de estudiantes. Comentó con gran preocupación que una adolescente de la escuela se había acercado a ella para decirle que no menstruaba hace semanas y que no entendía el motivo, debido a que tuvo relaciones sexuales a principio de mes y consideraba que en ese período no le hacía falta cuidarse (r.d.c. 7.7.16). Algo similar había ocurrido la semana anterior con Julia, quien además de contarnos su preocupación en torno a una charla que tuvo con una de las estudiantes, buscaba que la ayudemos con alguna solución.

Una estudiante le solicitó que la acompañe al ginecólogo, pero no quería contárselo a la madre, y esto que ponía a la coordinadora “entre la espada y la pared” porque no quería ser cómplice de un ocultamiento a la familia, pero tampoco deseaba que la joven deje de realizarse los controles necesarios (4.10.16). A su vez, no quería acompañarla porque aseguraba que de esa forma generaría una dependencia en la estudiante, e impediría que la misma desarrolle cierta autonomía en torno a la búsqueda de sus propios recursos.

Aquí es preciso retomar aquello que señalé en la introducción en torno al vínculo que posee la escuela con las familias de los estudiantes. Los y las coordinadoras suelen acompañar a los estudiantes en diversas ocasiones a las instituciones de salud, en ocasiones en las cuales se presenta algún daño a su salud durante la cursada, y sus madres/padres o adultos a cargo no pueden hacerlo: por motivos odontológicos, heridas, aparición de temperaturas altas, entre otras. A su vez, la escuela construye vínculos con las autoridades y personal profesional de las salitas, ya sea para derivación por cuestiones de salud o para realizar alguna actividad en conjunto. Esta intervención escolar en torno a la salud de los jóvenes ha aparecido en estudios etnográficos previos, como por ejemplo en el de Pozzio, quien halló que muchas de las mujeres que asisten al centro de salud llegan derivadas por parte de los gabinetes de las escuelas de sus hijxs (Pozzio 2011). De todas formas, al tratarse de problemas de salud vinculadas a la sexualidad, aparece una complejidad que no pude observar con otras afecciones por la cual un joven debiera acceder al centro.

Infiero que esto tiene que ver con dos factores relacionados a los vínculos de confianza que establece la escuela para con su estudiantado y para con la familia de los adolescentes asisten a la institución. Por un lado, si la escuela comunicase a la familia el motivo por el cual la adolescente asistió al centro de salud, se estaría perdiendo la confianza con las estudiantes. Como bien relató Julia en una ocasión donde luego de almorzar nos quedamos hablando en la cocina, las estudiantes suelen acercarse a ella y no a otras coordinadoras a partir de los vínculos de confianza que van entretejiendo en la cotidianeidad. Resaltaba que, por ejemplo, una estudiante se había acercado a ella aterrorizada, a raíz de la respuesta que le dio otra docente a quien había acudido para solicitar ayuda. Esto se dio luego de que la estudiante le cuente a la docente que no menstruaba hace rato y temía estar embarazada, y la profesora le conteste que llamaría a su familia para que lo resuelvan entre todos, causando una enorme angustia y temor a la joven (4.10.16).

Por otro lado, si la coordinadora no comunicase a la familia el motivo preciso por el cual acompañó a la joven al centro de salud, se presenta el temor de que al hacerlo se está

poniendo en riesgo ese vínculo de confianza que existe, a partir de una fuerte construcción del mismo por parte de la escuela, entre las familias y la institución.

Otro aspecto que me hizo reflexionar en torno a la vinculación de confianza de las jóvenes con las profesoras y coordinadoras es el hecho de que suelen interpelarlas. Con esto me refiero a que no sólo se acercaban para plantear dudas en torno a su sexualidad, experiencia sexual o cuestiones corporales o médicas vinculadas a ella sino también para discutir sobre cuestiones relacionadas a estos temas, acordar, desacordar, y bromear respecto a la propia experiencia de las docentes. Por ejemplo, en uno de los talleres que realizamos las chicas nos preguntaron a las “profes” si habíamos sido infieles, agregando el siguiente comentario: “*ésta seguro es alta atorranta*” (r.d.c. 6.9.16). También cuestionaban la sexualidad de las docentes como sucedió con la profesora de física, un día que se sumó al taller. Cuando la docente comentó que a ella le gustan las chicas, la joven con quien estaba hablando le reprochó que estaba mintiendo porque sabía que tenía novio (r.d.c 13.6.16).

Como bien sostuve anteriormente, las jóvenes tampoco se resguardaban para hablar sobre la propia experiencia cuando las presentes éramos docentes o compañeras de curso. Como bien trabajé en el capítulo anterior, el resguardo de esta información es sumamente importante para las adolescentes, e infiero que bajar la guardia en ese sentido es una muestra de confianza. En los talleres se daban situaciones donde las estudiantes relataban sus experiencias. Aquí cobra otro significado los comentarios de Rocío señalados en el primer capítulo, donde estableció sus preferencias de placer en torno al miembro de su pareja sexual (r.d.c. 13.10.16), o cuando relató las encrucijadas de una infidelidad que cometió con un ex novio (r.d.c. 6.9.16), estando presentes la coordinadora, profesora, y talleristas. Lo mismo sucedió con Sofía, cuando contó el ultimátum que le había hecho a su novio para que tengan relaciones sexuales. Aquí me refiero a las docentes como referentes y no sólo al espacio de taller, dado que también relataban experiencias por fuera del mismo. Ya he descrito distintos momentos etnográficos donde esto sucedía, o también en situaciones de entrevista. Por ejemplo, Florencia confesó en la charla que tuvimos con Alma en la plaza, que le practicaron sexo oral resaltando que era un hecho que ni su más íntima confidente sabía (r.d.c. 11.2.17), contándolo en mi presencia, es decir, con “la profe” allí. También, debo señalar aquí, aquellas ocasiones ya detalladas donde las mismas profesoras se acercaban por confidencialidades que le habían contado las estudiantes y no sabían cómo accionar.

De esta forma puedo concluir que el mundo adulto se presenta para las jóvenes de manera desdoblada en cuanto a su sexualidad. En cuanto a la familia, se presenta como anti-

referente- teniendo a la madre como principal figura-, siendo este un impedimento para las jóvenes para circular libremente en distintos ámbitos, como lo es el centro de salud. Pero al indagar en la institución educativa, la idea del mundo adulto como anti-referente para hablar sobre la propia experiencia sexual, se torna ambigua. La relación que entablan con determinadas profesoras, que están comprometidas socialmente con las problemáticas del barrio en general y de las adolescentes en particular, es de suma confianza. De esta manera, la escuela aparece como un ámbito donde las jóvenes, si bien lo realizan de forma selectiva, hablan con adultas sobre las prácticas sexuales y las propias inquietudes que tienen al respecto. Es decir, que la Escuela aparece aquí como un espacio propicio y seguro para las adolescentes, para indagar en temas vinculados a la sexualidad y esto está relacionado al tipo de compromiso social, en torno a las problemáticas que atraviesan las adolescentes, que tienen las y los docentes que la conforman y construyen como institución.

Conclusiones

Los resultados del proceso de investigación y escritura analítica de la presente tesina se centran en algunas dimensiones en torno al tema de la sexualidad adolescente; Tema que, como mencioné en la introducción, ha sido poco abordado desde una perspectiva despojada de cierto adultocentrismo. Es por ello que en este trabajo se focalizó y priorizó darles voz a las jóvenes y hacer hermenéutica de esos testimonios con teorías vinculadas a los estudios sobre sexualidades y feministas.

Uno de los primeros resultados de este estudio se evidencia en el primer capítulo, en el cual desarrollo, a partir de los testimonios recogidos en el trabajo de campo, las prácticas sexuales de las adolescentes y sus representaciones sociales que en principio responden cómodamente a lo que he denominado la sexualidad “hetero-cis-patriarcal”. Es decir, existe y se refuerzan las jerarquías sexuales que posiciona a las jóvenes mujeres en un lugar de subordinación frente a la experiencia sexual masculina. Sin embargo, entremezclado en las mismas narrativas aparecen “otras” prácticas que fui identificando en los intersticios y pliegues de esa sexualidad hegemónica.

Esas situaciones enunciadas por las jóvenes las identifiqué como prácticas de agenciamiento y que en términos de De Certeau les otorga cierto accionar como *cazadoras furtivas*, es decir, capitalizan la “negativa”, la capacidad femenina exclusiva de poner el freno y el manejo del cariño. Es en estas circunstancias que las chicas dan sus pulseadas y consiguen victorias, pero, al mismo tiempo, también “derrotas”. Quiero decir que si bien no rompen ni estallan aquel marco hegemónico de la sexualidad, existen movimientos y acciones que evidencian sus propias búsquedas de placer y poder.

Asimismo, también identifiqué que entre las representaciones sociales y las prácticas sexuales de las jóvenes existe muchas veces coherencia y coincidencias, pero, en muchas otras, existen también desencuentros y solapamientos. La actividad sexual de las adolescentes en estudio es activa porque es regular y gestionan, por un lado, los grados de compromiso afectivo y, por otro lado, otras formas corporales de obtener placer distintas a las hegemónicas. También aparecieron fuertemente tensiones con el proyecto de casamiento, maternidad y proyectos a futuro. Las relaciones abiertas, tal como son entendidas por el mundo adulto, son muchas veces

cuestionadas y no aceptadas, pero identifiqué algunos casos donde ese tipo de vínculo se dialoga y contractúa.

Otro de los hallazgos está relacionado a que si bien las parejas sexo-afectivas de las adolescentes por lo general son varones y las prácticas son heterosexuales, he encontrado en los testimonios, de manera difusa y tímida, algunas experiencias lésbicas que no se paran en una identidad sexual lesbiana. Con ello, he comprendido que esta generación de jóvenes experimenta su deseo sexual otorgándole mayor flexibilidad a su sexualidad sin asumir identificaciones políticas.

En el segundo capítulo, despliego las “tácticas” que las jóvenes actúan para disipar y/o enfrentar situaciones tales como el “escrache” en las redes o en los juegos de seducción al “hacer esperar” o “limitar cariño” como formas de decir no a una situación que no entra dentro de su deseo. Ha sido muy importante identificar las prácticas del “hacer esperar” en los juegos de seducción para evitar el “escrache” y estigma de “puta” en la comunidad de las/os adolescentes.

Por otro lado, las TICs, a diferencia de lo que los estudios con perspectiva adultocentrista develan como riesgosas para las jóvenes mujeres si no existe un control por los posibles engaños por parte de varones adultos, he identificado en mi trabajo de campo que les permite a ellas poseer una herramienta para evitar el cara a cara, poder tomar la iniciativa y adoptar selectividad en los juegos de seducción. A su vez, la percepción del riesgo aparece aquí en otro sitio distinto al que plantea el mundo adulto, siendo el “escrache” el máximo factor de peligro. Estos significados adjudicados por la comunidad adolescente complejizan conceptualmente la idea de riesgo, motivo por el cual sugiero entender el peligro como categoría etnográfica para indagar en las lógicas propias del mundo adolescente. Asimismo, las TICs funcionan como “escudo” virtual para evitar el acoso de sus pares varones o comentarios sexistas sobre las cosas que ellas cuentan y para compartir información con sus amigas, tal como se desarrolló en el capítulo 2, conformando redes de apoyo para el resguardo mutuo.

En el tercer capítulo, desarrollé la idea de *anti-referente* para las jóvenes en torno a su sexualidad. Las madres protagonizan estas figuras, ya que son definidas por las adolescentes como el sujeto disciplinador omnipresente y por lo tanto son con quienes menos comparten y dialogan sobre sus experiencias sexuales. También parte de los motivos por los cuales evitan el “escrache”, consta en el temor a que sus madres se enteren sobre su vida sexual. Asimismo,

esta figura opera también de manera negativa sobre la representación de determinados lugares por donde circulan las adolescentes, tales como los centros de salud y la escuela.

Sin embargo, en el caso de la escuela, si bien suele aparecerse de la misma forma con algunos docentes, esa presencia no es percibida como dada. Dependiendo del tipo de vínculo que entablen con docentes, coordinadoras y autoridades (y el tipo de perfil que tengan esas integrantes de la institución educativa a la que concurren), las chicas encuentran en la escuela un espacio para poder hablar libremente de su sexualidad con referentes adultos. De esta forma, la escuela aparece como uno de los ámbitos de la esfera pública que las jóvenes “sexualizan”, es decir, donde las jóvenes sitúan el tratamiento de cuestiones íntimas, no sólo entre ellas, sino también con actores escolares que cumplen un rol fundamental propiciando el diálogo de confianza, desprejuiciado, y reconocido como recurrencia a la hora de precisar información u otro tipo de asistencia en torno a su vida sexual.

De esta manera, interpreté que la escuela juega una función distinta sobre la sexualidad de las adolescentes: a diferencia de encarnar el panóptico en los términos que lo ha planteado Miche Foucault, asume otro rol como institución, dado por las mismas adolescentes. Este último punto me ha despertado preguntas de investigación relacionadas con este nuevo estatus que adquiere la institución educativa y la posibilidad de que hayan mutado de panóptico a heterotopía. Es decir, en cuanto a los dispositivos de control en torno a la sexualidad de las adolescentes, la escuela aparece como un espacio donde pueden, en cierta forma, correrse de las normas adultocéntricas al contactar a docentes referentes.

Por último, quisiera destacar que esta tesina también ha tenido la humilde intención de aportar datos para la elaboración de políticas públicas en salud sexual, reproductiva y no reproductiva, así como de derechos para las y los adolescentes. Un punto a destacar es la descentralización de la información, ponerla a disposición por los diferentes lugares que las y los adolescentes transitan y circulan. Según mi punto de vista, es indispensable trabajar en proyectos tales como las consejerías barriales, en escuelas, en la universidad además del sistema sanitario. De esta manera, aseguramos que las y los adolescentes lleguen y accedan a espacios de información y se evita el miedo que les provoca pensar a que sus familiares podrían enterarse de sus consultas, particularmente las madres; como demostró esta tesis.

Por otro lado, también quisiera destacar que la aplicación de la ley de educación sexual integral debería pensarse en una primera instancia, y observando las particularidades de los grupos de adolescentes, por separado entre mujeres y varones, ya que como esta tesina ha demostrado para las jóvenes compartir estos espacios de reflexión con sus pares varones no sólo las inhibe sino que las pone en un lugar de mucha exposición donde la información que

circula puede trascender esos espacios y ser utilizada siendo acosadas u hostigadas. Puntualmente cuando se trata de instancias de aplicación de la ley que implican el intercambio de experiencias.

Queda pendiente seguir indagando sobre las prácticas sexuales disidentes y cómo eso va jugando en la construcción de las subjetividades como así también en sus identidades. Algunas preguntas que el campo suscitó giran en torno a ¿cómo se comportarían las y los jóvenes frente a compañeros/as que se identifican como gays y lesbianas o travestis de manera explícita? ¿cómo se comportaría la institución educativa frente a estas identidades sexuales y/o personas que decidan transicionar a esta edad?

Asimismo, estas preguntas deberían responderse desde una perspectiva que le de voz a las y los adolescentes, que identifique fenomenológicamente como viven sus mundos de vida en sus cuerpos, deseos y sexualidades. Sin dejar abandonar la reflexión y la crítica frente a las experiencias de la adolescencia, pero identificando en sus testimonios y modos de vida las capacidades agenciales que despliegan para provocar torsiones dentro de un sistema que les sigue ofreciendo desigualdades de género, sexuales y de clase social.

▪ *Bibliografía citada*

- Adaszko, A. (2005). Perspectivas socio-antropológicas sobre la adolescencia, la juventud y el embarazo. En M. Gogna, *Embarazo y maternidad en la adolescencia. Estereotipos, evidencias y propuestas para políticas públicas* (págs. 33-65). Buenos Aires: CEDES-UNICEF.
- Alegre, V. (2017, octubre 17). *De qué hablamos cuando hablamos de amor trans*. Retrieved from Agencia Presentes: <http://agenciapresentes.org/2017/10/17/hablamos-cuando-hablamos-amor-trans/>
- Bataille, G. (1987). La noción de gasto. En G. Bataille, *La parte maldita*. Barcelona: Editorial Icaria.
- Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones Pascalianas*. Barcelona: Anagrama.
- Boy, M. (2015). Travestis y vecinos de la “zona roja” de Palermo: distancias y cercanías en conflicto. Ciudad de Buenos Aires, 1998-2012. *Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud Y Sociedad, N° 21.*, 175–196.
- Boy, M., Marentes, M., & Palumbo, M. (2017). (Des)espero porque amo: escenas de espera y amor romántico en jóvenes heterosexuales. En M. Pecheny, & M. Palumbo, *Esperar y hacer esperar. Escenas y experiencias en salud, dinero y amor* (págs. 217-246). Buenos Aires: TeseoPress.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Buenos Aires: Paidós.
- Calandrón, S. (2014). *Género y sexualidad en la Policía Bonaerense*. UNSAM Edita: Buenos Aires.
- Chaves, M. (2013). Culturas juveniles en la tapa del diario: tensiones entre el margen y el centro de la hoja. En M. Chaves, & E. Fidalgo Zeballos, *Políticas de infancia y juventud: producir sujetos, construir Estado, disputar sentidos* (págs. 111 - 137). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Checa, Susana. (2006). *Realidades y coyunturas del aborto : entre el derecho y la necesidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Clifford, J. (1988). Sobre la autoridad etnográfica. En J. Clifford, *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Connell, R. W. (2005). *Masculinities*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.
- Csordas, T. J. (2011). “Modos somáticos de atención”. En S. Citro, *Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos*. (págs. 83-104). Buenos Aires: Biblos.

- Da Matta, R. (1999). El oficio del etnólogo o como tener 'Anthropological Blues'. En M. Boivin, & A. Rosato, *Constructores de Otredad* (págs. 172-178). Buenos Aires: Antropofagia.
- De Certeau, M. (1996 (1980)). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. D.F. México.: Universidad Iberoamericana.
- Douglas, M. (1973 (1966)). *Pureza y Peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI de España.
- Elias, N., & Scotson, J. (2000). *Os estabelecidos e os outsiders: sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.
- Fals Borda, O. (2013). Ciencia, compromiso y cambio social. *Colección pensamiento latinoamericano*, Buenos Aires.
- Fígari, C. (2008). Heterosexualidades masculinas flexibles. En M. Pecheny, & et. al., *Todo sexo es político. Estudios sobre sexualidades en Argentina* (págs. 97-122). Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Firestone, S. (1976 (1973)). *La dialéctica del sexo. En defensa de la revolución feminista*. Barcelona: Kairós.
- Foucault, M. (1984 (1967)). De los espacios otros. *Architecture, Mouvement, Continuité*, n 5.
- Foucault, M. (2005). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2007). *Los anormales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014 (1976)). *Historia de la sexualidad. Vol 1. La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Fuller, N. (1995). En torno a la polaridad marianismo-machismo. En L. Arango, M. León, & M. Viveros, *Género e identidad: ensayos sobre lo masculino y lo femenino*. Bogotá: Ediciones Uniandes. (págs. 241-264). Bogotá: Ediciones Unidades.
- Giddens, A. (2012 (1992)). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Godelier, M. (2004 (1989)). Poder y Lenguaje. Reflexiones sobre los paradigmas y las paradojas de la legitimidad de las relaciones de dominación y de opresión. En M. Boivin, A. Rosato, & V. Arribas, *Constructores de Otredad. Una introducción a la Antropología Social y Cultural*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Gómez, M. (2006). Representaciones y prácticas en torno a la menstruación y la menarca entre mujeres toba: entre la salud de las mujeres y la construcción social del género femenino. *Papeles de Trabajo, número 14, CICEAS*, 9-51.
- Gorelik, A. (2015). Terra incógnita. Para una comprensión del Gran Buenos Aires como Gran Buenos Aires. En J. M. Palacio, *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Vol. VI. El Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: EDHASA/UNIPE.
- Guber, R. (2001). *La Etnografía. Método, Campo y Reflexividad*. Buenos Aires: Norma.

- Hammersley, M., & Atkinson, P. (1994). *Etnografía Métodos de Investigación*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Harris, O., & Young, K. (1979). *Antropología y Feminismo*. Barcelona: Anagrama.
- Herzfeld, M. (1997). *Cultural Intimacy. Social Politics in the nation state*. New York: Routledge.
- Hine, C. (2004). *Etnografía Virtual*. Barcelona: UOC.
- INDEC, Min. Salud de la Nación, Sec. de Promoción y Programas Sanitarios, Dir. Provinciales de Estadística. (2013). *Encuesta Nacional sobre Salud Sexual y Reproductiva 2013*. Buenos Aires. Obtenido de https://www.indec.gob.ar/ftp/cuadros/sociedad/enssyr_2013.pdf
- Irigaray, L. (2007). *Espéculo de la otra mujer*. Madrid: Akal.
- Jackson, M. (2011). Conocimiento del cuerpo. En S. Citro, *Cuerpos Plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (págs. 59-82). Buenos Aires: Biblos.
- Jonasdottir, A. G. (1993). *El poder del amor ¿Le importa el sexo a la Democracia?* Madrid: Cátedra.
- Jones, D. (2010). *Sexualidades Adolescentes. Amor, placer, y control en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Ciccus.
- Lagarde, M. (2015). *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Lamas, M. (2017). *El fulgor de la noche. El comercio sexual en las calles de la Ciudad de México*. Ciudad de México: Océano.
- Linne, J. (2014). Dos generaciones de nativos digitales. *Intercom – RBCC*, v.37, 203-221.
- Lins Ribeiro, G. (2004). Prefácio. En C. Vítora, R. G. Oliven, M. E. Maciel, & A. P. Oro, *Antropologia e ética: O debate atual no Brasil* (págs. 9-12). Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Lins Ribeiro, G. (2004). Prefácio. En C. e. Vítora, *Antropologia e ética: O debate atual no Brasil* (págs. 9-12). Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Lipsky, M. (1999). La burocrada en el nivel callejero: la función crítica de los burócratas en el nivel callejero. En J. M. Shafritz, & A. Hyde, C. *Clásicos de la administración pública* (pág. 780). México: Colegio Nacional de Ciencia Políticas y Administración Pública, Universidad Autónoma de Campeche y Fondo de Cultura Económica.
- Lonzi, C. (1981(1972)). *Escupamos sobre Hegel*. Barcelona: Anagrama.
- Mahmood, S. (2008). Teoría Feminista y el agente dócil: algunas reflexiones sobre el renacimiento. En S. Navas, & H. Castillo, *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los Márgenes*. Madrid: Cátedra.

- Malinowski, B. (1986). *Los argonautas del pacífico occidental: Un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Editorial Planeta- Agostini.
- Marcus, J. (2006). Ser madre en los sectores populares: una aproximación al sentido que las mujeres le otorgan a la maternidad. *Revista Argentina de Sociología, Año 4, N° 7*, 100-119.
- Margulis, M. (2001). Incidencia de factores culturales en las prácticas anticonceptivas de los sectores populares. *IV Jornadas Nacionales de Debate Interdisciplinario en Salud y Población* (pág. 6). Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Margulis, M., & et. al. (2003). *Juventud, cultura, sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblios.
- Margulis, M., & Urresti, M. (1998). La construcción social de la condición de juventud. En H. L. Cubides, *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Massey, D. (2012). Un sentido global del lugar. En D. Massey, *Un sentido global de lugar*. Barcelona: Icaria.
- Mauss, M. (1979). Ensayo sobre los dones. Razón y forma del cambio en las sociedades primitivas. En M. Mauss, *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Mead, M. (1973 (1935)). *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*. Barcelona: Laia.
- Mead, M. (1993 (1928)). *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós.
- Millett, K. (2010). *Política Sexual*. Madrid: Cátedra.
- Molina, G. (2013). *Género y sexualidades entre estudiantes secundarios. Un estudio etnográfico en escuelas cordobesas*. Buenos Aires: Miño & Dávila.
- Moore, A. (2006). Gender Role Beliefs at Sexual Debut: Qualitative Evidence from Two Brazilian Cities. *International Family Planning Perspectives* 32, 45-51.
- MSAL-UNICEF. (2016). *Situación de salud de los y las adolescentes en la Argentina*. Argentina: Ministerio de Salud de la Nación y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- Osborne, R. (2009). *Apuntes sobre violencia de género*. Barcelona: Bellaterra.
- Palumbo, M. (2018). *Solos y solas: búsquedas de encuentros eróticos y afectivos entre mujeres y varones heterosexuales (Área Metropolitana de Buenos Aires, 2015-2017)*. Buenos Aires: Tesina doctoral sin publicar, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales.
- Pantelides, E., Geldstein, R., & Infesta Domínguez, G. (1995). Imágenes de género y conducta reproductiva en la adolescencia. *Cuaderno del CENEP N°51*.
- Plummer, K. (1995). *Telling Sexual Stories. Power, Change and Social Words*. Londres: Routledge.

- Pozzio, M. (2011). *Madres, mujeres y amantes: usos y sentidos de género en la gestión cotidiana de las políticas de salud*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Preciado, B. (2011 (2000)). *Manifiesto contrasexual*. Barcelona: Anagrama.
- Ramos, A. R. (2004). A difícil questão do consentimento informado. En C. e. Vítora, *Antropologia e ética: O debate atual no Brasil* (págs. 91-96). Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Rappaport, J. (2018). Más allá de la observación participante: la etnografía colaborativa como innovación teórica. En X. L. al., *Prácticas otras de conocimiento(s). Entre crisis, entre guerras. Tomo I* (págs. 323-352). México: Cooperativa Editorial RETOS, Taller Editorial La Casa del Mago, CLACSO.
- Rosaldo, M. Z. (1979). Mujer, cultura y sociedad: una visión teórica. En O. Harris, & K. Young, *Antropología y Feminismo* (págs. 153-180). Barcelona: Anagrama.
- Rubin, G. (1984). Thinking sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality. En C. Vance, *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality* (págs. 267-319). Boston : Routledge & Kegan Paul.
- Sibilia, P. (2017). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Stolen, K. A. (2004). *La decencia de la desigualdad. Género y poder en el campo argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Urresti, M. (2003). La dimensión cultural del embarazo y la maternidad adolescente. En M. Margulis, *Juventud, Cultura, Sexualidad. La dimensión cultural en la afectividad y la sexualidad de los jóvenes de Buenos Aires* (págs. 241-259). Buenos Aires: Biblos.
- Vance, Carole. (1984). *Pleasure and danger. Exploring female sexuality*. USA: Routledge & Kegan Paul.
- Vítora, C., Oliven, R., Maciel, M., & Oro, A. (2004). *Antropologia e ética: O debate atual no Brasil*. Niterói: Editora da Universidade Federal Fluminense.
- Viñuales, O. (2006). *Identidades lésbicas*. Barcelona: Bellaterra.
- Wittig, M. (2006 (1978)). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid : Egales.
- Zicavo, E. (2008). Aspectos culturales del embarazo y maternidad adolescente en los sectores populares: identidades, prácticas, representaciones. *IX Congreso Argentino de Antropología Social*. Posadas: Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales - Universidad Nacional de Misiones.
- Ilustración carátula: *Papazian, Luciana; Langer, Mora; Kullock, Jazmín.*

• *Apéndice I*

Tabla de registros de campo

Registro de Campo	Fecha	Lugar	Actividad
1	3.6.2016	Escuela-Sede Principal	Primer encuentro con coordinadores
2	9.6.2016	Escuela-Sede Principal	Primer encuentro de taller con las estudiantes
3	13.6.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
4	30.6.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
5	7.7.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo
6	11.8.2016	Escuela-Sede Principal	Encuentro con coordinadora y autoridades
7	19.8.2016	Escuela-Sede "Casita"	Baby Shower de Victoria
8	6.9.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
9	27.9.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
10	4.10.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo
11	13.10.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller/ acompañamiento hasta la estación de tren
12	20.10.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
13	27.10.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
14	31.10.2016	Internet	Creación del grupo de WhatsApp "sólo chicas" y chat virtual grupal
15	10.11.2016	Internet	Conversación con coordinadora
16	15.11.2016	Universidad del partido	Jornada de muestra de taller de teatro
17	22.11.2016	Escuela-Sede Principal/Espacio Consejería	Almuerzo/ encuentro de taller/ atención consejería
19	29.11.2016	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
20	30.11.2016	Escuela-Sede "Casita"	Celebración de fin de año

21	6.12.2016	Escuela-Sede Principal/Heladería	Almuerzo/entrevista a Clara
22	13.12.2016	Escuela-Sede Principal/ plaza cercana a la escuela	Almuerzo/ entrevista a Daiana
23	9.1.2017	Plaza barrio Rocío	Entrevista a Rocío
24	11.2.2017	Plaza barrio Alma	Charla con Alma y Florencia
25	2.3.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/Encuentro con coordinadora y autoridades
26	4.3.2017	Plaza barrio Sofía / Feria-Mercado barrio Sofía	Paseo con Sofía/ entrevista a Sofía
27	31.3.2017	Espacio Consejería	Atención consejería
28	7.4.2017	Escuela-Sede Principal	Pasillo/ Encuentro con coordinadora y autoridades
29	19.4.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ Pasillo/ Encuentro con coordinadora
30	27.4.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
31	2.5.2017	Escuela-Sede Principal/Tren/Casa a Sofía	Almuerzo/ Camino hasta la casa de Sofía/Encuentro con la madre de Sofía
32	4.5.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
33	11.5.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
34	16.5.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/Pasillo
35	18.5.2017	Escuela-Sede Principal	Encuentro de taller
36	1.6.2017	Escuela-Sede Principal	Pasillo/ encuentro de taller
37	8.6.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
38	11.6.2017	Barrio Florencia y Rocío	Paseo por el barrio/compra en el almacén del barrio/ charla en casa de Florencia
39	15.6.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller/ pasillo
40	22.6.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
41	29.6.2017	Escuela-Sede Principal	Almuerzo/ encuentro de taller
42	6.7.2017	Escuela-Sede Principal/ Calle/ Sala edición de la Universidad	Almuerzo/ Práctica de filmación para cortometraje

▪ *Apéndice II*

Tabla de registros virtuales

Red Virtual	Usuario/a	Período registrado
Facebook	Alma	agosto 2016 - abril 2017
Facebook	Daniela (hermana Rocío)	septiembre 2016 - junio 2017
Facebook	Laura	marzo 2017
Facebook	Sofía	abril 2017
Facebook	Clara	diciembre 2016 - marzo 2017
Facebook	Rocío	julio 2016 - marzo 2017
Facebook	Gabriel (Novio Rocío)	julio 2016 - abril 2017
Facebook	Pablo	julio 2017
Facebook	Pancho	abril 2017
Facebook	Natalia	noviembre 2016 - diciembre 2016
WhatsApp	Florencia	noviembre 2016 - abril 2017
WhatsApp	Ivana	octubre 2016
WhatsApp	Sol	abril 2017
WhatsApp	Rocío	abril 2017 - julio 2017
WhatsApp	Grupo "sólo chicas!!!"	octubre 2016 - diciembre 2016

• **Apéndice III**

Tabla de entrevistas

Nombre/s ficticio/s	Fecha de entrevista	Edad/es	Año de cursada	Lugar de entrevista
Clara	6.12.2016	14	3ro	Heladería cercana a la escuela
Daiana	13.12.2016	15	3ro	Plaza cercana a la escuela
Rocío	9.1.2017	15	4to	Plaza de su barrio de residencia
Florencia y Alma	11.2.2017	14/15	4to/3ro	Plaza de su barrio de residencia
Sofía	4.3.2017	15	4to	Plaza de su barrio de residencia y Feria/Mercado
Delia	2.5.2017	53	-	Casa Sofía
Florencia y Rocío	11.6.2017	15/14	4to	Casa Florencia